

05

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

130 St. George Street
Toronto, Ontario M5S 1A5

416-978-2010
416-978-2011

416-978-2012
416-978-2013

416-978-2014
416-978-2015

416-978-2016
416-978-2017

416-978-2018
416-978-2019

416-978-2020
416-978-2021

416-978-2022
416-978-2023

416-978-2024
416-978-2025

416-978-2026
416-978-2027

416-978-2028
416-978-2029

416-978-2030
416-978-2031

416-978-2032
416-978-2033

416-978-2034
416-978-2035

416-978-2036
416-978-2037

416-978-2038
416-978-2039

416-978-2040
416-978-2041

416-978-2042
416-978-2043

416-978-2044
416-978-2045

416-978-2046
416-978-2047

416-978-2048
416-978-2049

416-978-2050
416-978-2051

416-978-2052
416-978-2053

BX 4705

.L51

v3

c.1

47191

V

9221

L



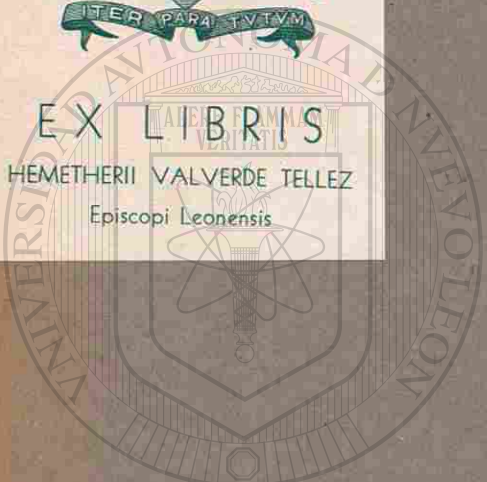
1080021340



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DESCUBRIMIENTO

DE LOS RESTOS

DEL VENERABLE PADRE LIZARDI S. J.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Descubrimiento

De los Restos del

Venerable P. Julián de Lizardi

(De la Compañía de Jesús)

Y su traslación de Tarija á Buenos Aires

(Con 24 ilustraciones)

Por el PRESBITERO

KENELM VAUGHAN

Con

La Vida del Mártir

por

F. Pedro Lozano, S. J.

«Manifiesto la Verdad, y no
ninguna cosa.» (Jon., xii, 0)

El Venerable P. Julián de Lizardi de la Compañía de Jesús, natural de Asteazú, en Guipúzcoa, murió en 17 de Mayo de 1735 asaceteado por los Indios del Ingre en la Misión de los Chiriguanos, á los 38 años de su edad.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Leizaola

BARCELONA

LIBRERÍA DE SUBIRANA

16, CALLE DE LA PUERTAFERRISA



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitar

45767

V
922
L

Bx4705
.L51
v3

DECLARACIÓN DEL AUTOR

De conformidad con lo dispuesto por Urbano VIII, declaramos que no entendemos dar á las narraciones de este libro otra autoridad y fe que la humana hasta que la Santa Sede no se pronuncie sobre ellas.

A pesar de que aún no se haya introducido la causa de su Beatificación, llamamos Venerable á Julián de Lizardi, manteniendo el título que le ha dado la tradición de 1711.

KENELM VAUGHAN.

Buenos Aires, Abril 20 de 1901.



FONDO ENESTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Coni. Hermanos. Perú 684

DEDICADO

CON ALTO RESPETO Y SIN PERMISO

AL

ILMO. S^º OBISPO DE VITORIA

Á LA

EXMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUIPÚZCOA

AL

EXMO. CABILDO ECLESIAÍSTICO Y CIVIL

DE ASTEAZÚ

AL

RMO. S^º P. PROVINCIAL (S.J.) DE CASTILLA

QUE

ESTÁN TRABAJANDO CON GRAN EMPEÑO EN PRO DE

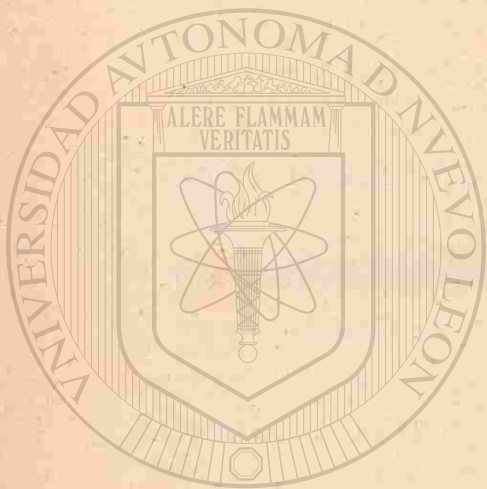
LA BEATIFICACIÓN

DEL

INVICTO HÉROE MÁRTIR

QUE MOTIVA ESTAS POBRES PÁGINAS

009221



PREFACIO

Tengo en vista solamente un objeto al publicar esta sencilla pero detallada historia del descubrimiento de los restos del Venerable P. Julián de Lizardi. Y este objeto es desvanecer completamente, por medio de documentos oficiales, y declaraciones de testigos oculares, cualquiera sombra de duda que pueda surgir en la mente de algunas personas sobre la identidad de dichos restos, y hacer del hecho de su hallazgo una cosa cierta é innegable — certidumbre indispensable para que alguna vez se puedan venerar sus reliquias sobre nuestros altares, en caso de declararse su Beatificación.

En una palabra, deseo que este librito sirva como un archivo de testimonios sobre la vera-

cidad de los restos descubiertos, y por los cuales se pueden formar un juicio cierto sobre su identidad.

“ Asi desde aqui empezaremos la narración pues para prefacio basta lo dicho. Porque sería poca cordura el extenderse antes de la historia, y ceñirse después en la misma historia ” (1).

Mayo 17 de 1901.

(1) II Mac. II, 33.

EL AUTOR.

DESCUBRIMIENTO

DE LOS RESTOS

DEL VENERABLE PADRE LIZARDI S. J.

CAPÍTULO I

MI LLEGADA Á TARIJA. — EL CHU-CHU. — EL LIBRO CARCOMIDO POR LA POLILLA

Dice el Eclesiastes : “ Hay tiempo oportuno para todas las cosas. Hay tiempo para callarse y tiempo para hablar ” (1), y creo que ya ha venido para mí el tiempo para hablar y dar cuenta exacta con mi pluma, de la manera providencial del descubrimiento del santo cuerpo del Venerable Julián de Lizardi — de las luchas prolongadas que tuve que sostener para obtener y llevarlo conmigo — y de los admirables incidentes asociados con su traslación desde la Villa de Tarija á la ciudad de Buenos Aires.

Lo creo oportuno en primer lugar, porque los iniciadores de los pasos para conseguir su Beatificación, están deseando una relación detallada de todos estos hechos y pormenores relativos á este inclito

(1) III, 1, 7.

cidad de los restos descubiertos, y por los cuales se pueden formar un juicio cierto sobre su identidad.

“ Asi desde aqui empezaremos la narración pues para prefacio basta lo dicho. Porque sería poca cordura el extenderse antes de la historia, y ceñirse después en la misma historia ” (1).

Mayo 17 de 1901.

(1) II Mac. II, 33.

EL AUTOR.

DESCUBRIMIENTO

DE LOS RESTOS

DEL VENERABLE PADRE LIZARDI S. J.

CAPÍTULO I

MI LLEGADA Á TARIJA. — EL CHU-CHU. — EL LIBRO CARCOMIDO POR LA POLILLA

Dice el Eclesiastes : “ Hay tiempo oportuno para todas las cosas. Hay tiempo para callarse y tiempo para hablar ” (1), y creo que ya ha venido para mí el tiempo para hablar y dar cuenta exacta con mi pluma, de la manera providencial del descubrimiento del santo cuerpo del Venerable Julián de Lizardi — de las luchas prolongadas que tuve que sostener para obtener y llevarlo conmigo — y de los admirables incidentes asociados con su traslación desde la Villa de Tarija á la ciudad de Buenos Aires.

Lo creo oportuno en primer lugar, porque los iniciadores de los pasos para conseguir su Beatificación, están deseando una relación detallada de todos estos hechos y pormenores relativos á este inclito

(1) III, 1, 7.

Mártir; y en segundo lugar, porque si no doy á conocer ahora lo que sé sobre este asunto, " vendrá la noche cuando nadie podrá obrar " (1), y quedará sepultado conmigo en el olvido lo que conviene que sea público para gloria de Dios.

Principiaré, entonces, mi sencillo relato diciendo que en el año de 1875 hice un viaje á Sud-América, atravesando el corazón de este gran Continente, con el objeto de propagar la lectura de las Santas Escrituras por medio de ediciones económicas y al alcance de todo el mundo. Al llegar á Camatequi, en Bolivia, pequeño pueblo situado á orillas de uno de los afluentes del Pilcomayo, en un valle profundo, caí enfermo de fiebre intermitente que se llama en lengua quichua el " chu-chu " — mal común en aquellas regiones húmedas y calientes, donde raro es el viajero que escapa sano, si no tiene, como allá dicen, " espuelas ligeras para salir de prisa ".

Preso de la enfermedad, me hice la más enérgica violencia para seguir mi viaje siempre en mula, y alcancé á llegar al siguiente día al valle de Tarija, fértil y rico, que debe haber sido en los tiempos primitivos un gran lago como el Titicaca. á juzgar

(1) SAN JUAN, IX, 4.

por los huesos petrificados de mastodontes



Colegio apostólico de los Misioneros franciscanos de Tarija

que se encuentran allí. En la población de Tarija (1), y apretándome la fiebre, y solo

(1) La villa de Tarija fué fundada en 1574 por Luis de Fuentes, distinguido caballero español, natural de la ciudad de Sevilla.

y sin relaciones me dirigí al colegio Franciscano de *Propaganda Fide*.

Al entrar, la primera cosa que llamó mi atención y excitó mi devoción, fué una imagen de Jesús Nazareno en la Portería, que es obra de Cuzco, delante de la cual una lámpara arde siempre.

El Padre Guardián, fray Alejandro Román, me recibió con suma bondad, me instaló en su enfermería y me cuidó como si fuese un miembro de la comunidad, su amigo antiguo. Con razón los Tarijeños tienen una gran veneración y aprecio por esos misioneros franciscanos, que se les considera como ángeles del cielo, calificando á su convento "La Reliquia de su pueblo", porque fué el único que sobrevivió á las tempestades de la revolución. "Sus tareas apostólicas", escribe Monseñor Eyzaguirre, "tendrán eternamente un lugar muy distinguido en la historia de la civilización de los pueblos de América".

Después de una ó dos semanas de enfermedad y á fin de distraer los ocios de mi convalecencia me dirigí á la biblioteca del convento, rica en obras clásicas científicas y literarias, y tomé entre sus cinco ó seis mil volúmenes, un librito con tapas de pergamino y carcomido por la polilla. Al

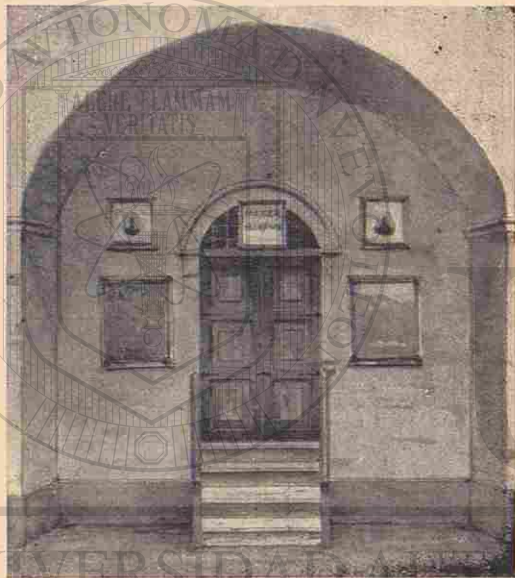
abrirlo ví que era una relación de la vida y virtudes del venerable Mártir Julián de



Imagen de Jesús Nazareno que se venera en la portería del Colegio apostólico de Misioneros franciscanos de Tarija

Lizardi, escrita por el Padre Pedro Lozano, y publicada en Salamanca, España, el año 1741.

No era indudablemente la casualidad la que puso en mis manos la vida de este gran Mártir vascongado, digno discípulo,



Biblioteca del Colegio apostólico de Misioneros franciscanos de Tarija en la que hallé la vida del V. P. Julián de Lizardi, que dió ocasión al hallazgo de su cuerpo.

por su celo, de San Francisco Javier, y émulo de San Sebastián por la manera como fué martirizado, y ofreciendo, por su inocencia, cierto parecido con San Luis

Gonzaga, pues nunca perdió la gracia bautismal(1); porque, como se verá en el siguiente capítulo, ese librito estaba llamado á ser el guía del descubrimiento de sus preciosos restos.

CAPÍTULO II

EN LA CRIPTA. — LA VIEJA TABLITA. — EXCAVACIONES. — DESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS DEL MÁRTIR.

Llevé con la más íntima fruición esta vida del venerable Julián de Lizardi á mi cuarto, devorándola con voracidad. Y, leyéndola, pronto aprendí con grata sorpresa que los venerados restos de este inclito atleta de la fe fueron encerrados en una caja y traídos de las montañas de Concepción, donde fué bárbaramente asaeteado por los indios chiriguano del partido de Ingre, y conducidos á la ciudad de Tarija y sepultado al lado del Evangelio, en la Iglesia de San Bernardo de la Compañía de Jesús, ahora Matriz de la ciudad.

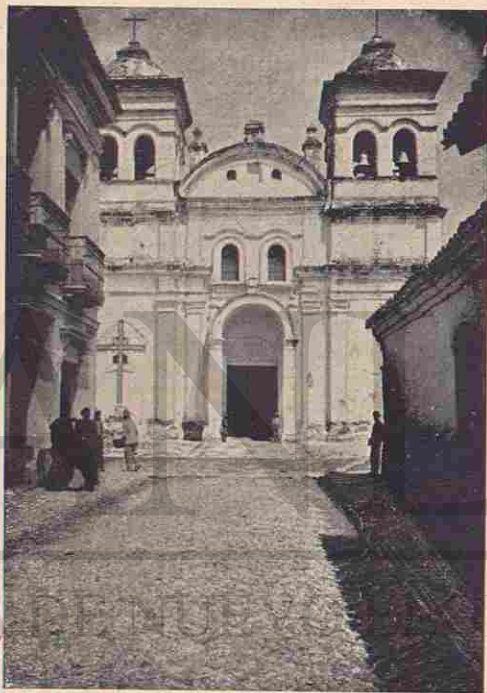
Al preguntar al Padre Guardián si co-

(1) Véase capítulos xxiii y xxviii de su *Vida*.

nocía el lugar dónde estaba su cuerpo, me contestó que lo ignoraba y que ni había oído siquiera de él. Hice la misma pregunta al señor cura, don Jose Félix Castrillo, y al Prefecto, don Sebastián Cainzo, y á varias otras personas, pero todas me dieron la misma repuesta. Entonces declaré mi intención de no salir de Tarija hasta encontrarlo y empecé á buscar con afán el tesoro escondido por todas partes. Me dirigí entonces á la Iglesia Matriz á fin de buscar primeramente los restos del Mártir en el Santuario, al lado del Evangelio, pues el Padre Lozano, en el capitulo xxv de la *Vida del Mártir* dice que "se depositó al lado del Evangelio, debajo de la credencia del Altar Mayor, en lugar separado". Pero no encontrándolos allí, recorrí entonces todos los departamentos y rincones de la Iglesia, y luego la sacristía; pero tampoco pude encontrar indicio alguno que me fijase derrotero y rumbo. Al fin me decidí á visitar un subterráneo que tiene la Iglesia y á mi indicación, don Rufino Tejerina, antiguo y fiel sacristán, levantó con barretas la puerta de la cripta, y bajamos allí alumbrándonos con velas.

Un penoso espectáculo se presentó á nuestros ojos. Las tumbas de los viejos

misioneros estaban abiertas, y sus huesos esparcidos sin orden ni respeto.



Iglesia Matriz de Tarija (antigua Iglesia del Colegio de la Compañía), en la cual se halló el santo cuerpo

Esto se explica; probablemente, durante las guerras de la Independencia el populacho, creyendo encontrar tesoros, profanó

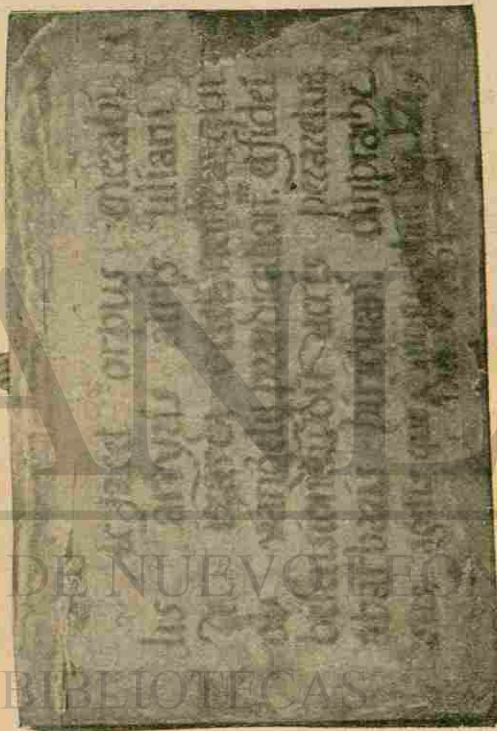
el sitio, y no se cuidó de volver las piedras á su lugar que quedaron de esta suerte diseminadas y hechas pedazos. Penetrando más al interior, ví debajo del Altar Mayor un montón de escombros, entre los cuales descubrí una tablita, muy carcomida y vieja. Sacándola y examinándola se lee en letras toscamente labradas esta inscripción :

“HIC JACET CORPUS VENERABILIS MARTYRIS PATRIS JULIANI DE LIZARDI, SOCIETATIS NOSTRE QUI OB EVANGELII PREDICATIONEM ET FIDEI DEFENSIONEM DUM SACRIS OPERARETUR A BARBARIS CHIRIGUANIS COMPREHENSUS SAGITTISQUE CONFOSUS, ORBIT DIE 17 MAII ANNI 1735”.

Esta tablita está en mi poder, habiéndomela regalado el señor Cura Aguilar en 1900.

Subí victorioso con esta tablita, pues era la llave del descubrimiento, y corrí á la casa del señor Cura, diciéndole que estaba seguro de entregarle el cuerpo del Mártir; pero que era necesario hablar primeramente con la persona más anciana y caracterizada del pueblo. Pronto llegó á la sacristía el señor don Eusebio Lema, caballero muy honorable, que tres veces había ocupado el puesto de Presidente del Consejo Municipal.

Le pregunté si había visto en su niñez dicha tablita, á lo que, mirándola con insistencia me contestó, que hacía años la había



La vieja tablita que sirvió como llave del descubrimiento del cuerpo del Mártir

visto colgada en el muro, é indicóme con la mano el lugar á que se refería, que era precisamente encima de la puerta de entrada

al Santuario; y preguntándole por qué y con qué objeto la habían bajado, me contestó que para refaccionar y blanquear las paredes, no habiéndola vuelto á poner por

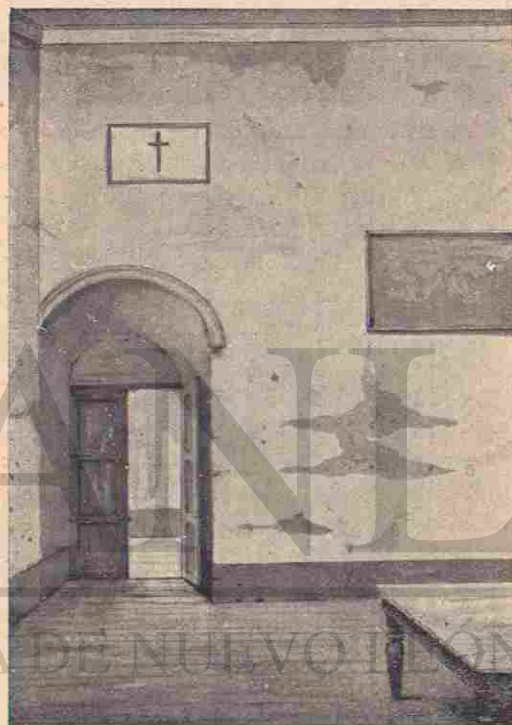


Don Eusebio Lema que dió razón del punto en que se hallaba suspendida la tablita con cuyo indicio fué posible hallar el santo cuerpo.

olvido. Sus palabras me hicieron suponer naturalmente que los restos del Mártir que buscaba estaban allí conservados.

También supe que algunas de las Igle-

gias bolivianas apartadas de los centros no



Sacristía de la Iglesia Matriz de Tarija, donde se hallaba depositado el cuerpo del V. P. Lizardi en el punto de la pared señalado con una cruz.

solamente han sido edificadas como Templos, sino también como fortalezas para defenderse de los ataques de los salvajes, y

que sus murallas dobles suelen tener la anchura suficiente para admitir en su centro escaleras secretas en comunicación con las torres, donde los españoles podían defenderse con más seguridad y éxito.

Volviéndome entonces al señor Cura, le afirmé que ya me parecía tener la seguridad de mi hallazgo. Le pedí al efecto algunos peones, escaleras y palanquetas.

“¡Palanquetas!” — exclamó el señor Cura. — ¿Usted quiere hacer caer mi Iglesia? — “No tenga miedo, señor Cura,” — le contesté.

Vinieron los peones como yo los había pedido, y pusieron manos á los trabajos de excavación. Abrieron en la pared un boquete de dos metros más ó menos, y dieron con una gran cavidad. Escondido en ella había un cajón que medía tres pies y cinco pulgadas de largo por dos pies de hondo y dos pies de anchura.

Bajamos el cajón con mucho cuidado; lo examiné con esmero delante del prefecto de Tarija, don Sebastián Cainzo y del señor cura, don José Félix Castrillo (1), fray

(1) En paz descansa ahora; del lado de la Epístola del Altar Mayor en la Iglesia de Tarija, existe una lápida dedicada á su memoria que dice: “José Félix Castrillo, Cura y Vicario que fué de esta Iglesia Matri”,

Alejandro Román, guardián del Convento



Doctor Sebastian Cainzo, Gobernador de la Provincia de Tarija, que asistió al acto de abrir la caja que contenía el cuerpo del V. P. Julián de Lizardi.

de San Francisco y demás autoridades eclesiásticas y civiles del pueblo, que al

murió el 17 de octubre de 1880, de 66 años de edad, después de haber llenado sus deberes de buen pastor”.

rumor de lo que pasaba habían acudido presurosas á la sacristía.

El cajón estaba relativamente en buen estado de conservación, y correspondía en todos sus pormenores al descrito en el libro por el Padre Lozano. Era de cedro, cubierto con bayeta roja, rodeado con cinta de seda, clavado con tachuelas de bronce, y asegurado con lacre, sellado con el escudo de los hijos de San Ignacio.

Llamé al carpintero de la Villa, don Francisco Lescano, quien rompiendo los sellos y destornillándolo lo abrió en seguida, y la primera cosa que apareció fué una rama de palma — símbolo del martirio! — Entonces, al sacar los huesos, encontré sobre la rodilla derecha un pedazo de cuero de buey, que, como la tradición cuenta, el Padre Julián llevaba en vida como cilicio y fué sepultado con él, de donde deduje lógicamente la consecuencia de que aquel era el mismo cuerpo que con tanto afán buscaba.

No satisfecho aún, saqué después todos los huesos, y me encontré con una prueba más positiva y decisiva. Era un documento que contenía estas palabras en letras antiguas: "Este es el cuerpo del Venerable Padre Julián Lizardi, que murió á manos

de los indios Chiriguanos el día 17 de Mayo, el año de 1735" (1).

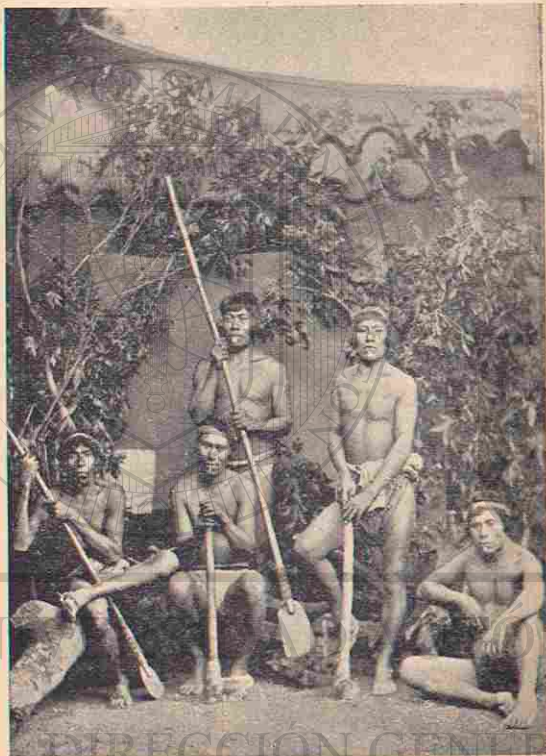


Francisco Lescano, carpintero que abrió la antigua caja de reliquias del V. P. Lizardi, é hizo la nueva caja en que se transportaron. ®

¡ No cabía duda sobre el resultado !
Grande fué el gozo de los Tarijeños ; se

(1) En 1900 obtuve este documento que va junto en la caja con el cuerpo del Mártir.

echaron las campanas á vuelo, y se hicie-



Indios Chiriguano actuales de la comarca donde residió la Tribu que dió muerte al P. Julián de Lizardi

ron grandes fiestas ; centenares de personas entraron á la sacristía para contemplar

por sus propios ojos el cuerpo del Mártir. Quisieron venerarlo con tal empeño, que el Cura párroco tuvo que cerrar las puertas de la Iglesia para impedir que la gente devota rindiese el culto que la Iglesia no permite sin previa Beatificación.

Quedando así manifiesto que el cuerpo hallado era el del Venerable Julián de Lizardi, el señor Cura lo depositó de nuevo en el hueco del muro del Santuario, poniendo encima, para indicar el lugar, este rótulo.

“Aquí descansa el cuerpo del Venerable Mártir Padre Lizardi, que habiendo sido prendido por los bárbaros Chiriguano al celebrar la Santa Misa y martirizado á flechazos, murió el día 17 de Mayo de 1735.”

CAPÍTULO III

EL DEDO ÍNDICE DEL MÁRTIR. — POR QUÉ DIOS PERMITIÓ FUESE DESCUBIERTO EL SANTO CUERPO. — EPISODIO CURIOSO. ®

A pesar de mis empeñosas gestiones para obtener la autorización de llevar el cuerpo del Mártir á Inglaterra, el señor Arzobispo de la Plata, Exmo doctor don Pedro de Puch y Solona, me autorizó

solamente para llevar conmigo una parte; escogí el dedo índice de la mano izquierda que tantas veces tuvo la dicha de sostener el Santísimo Sacramento en la Elevación de la Santa Misa. Esta reliquia ha sido el instrumento (así lo pienso yo al menos) de tres milagros ocurridos en San Sebastián, Sevilla y Jerez de la Frontera, en España.

Estos no son los primeros favores obtenidos por la intercesión de este intrépido Mártir, pues el Padre Lozano, en el capítulo xxxi de su *Vida*, cuenta varios favores que hizo á los devotos que á él se encomendaron.

Lo siguiente es la certificación auténtica de esta reliquia.

In Dei Nomine. Amen.

Yo el abajo firmado Vicario foráneo y Cura de esta Santa Iglesia Matriz de la ciudad de Tarija, en la República de Bolivia, certifico de haber extraído de lugar auténtico el dedo índice de la mano izquierda del Padre Julian Lizardi de la Compañía de Jesús, muerto por los bárbaros Chiriguanos, el año 1735, y de haberlo colocado, envuelto en algodón, en un cajoncito de hojalata, de forma oval, atado con una cinta de seda colorada, sellada con el sello del Convento de Misioneros Franciscanos de esta Ciudad, por no tenerlo

propio esta Iglesia Matriz, y de haberlo dado en dón al presbítero inglés don Kenelm Vaughan, que lo pidió con devotas instancias, y, en testimonio de verdad, firmo en dicha ciudad de Tarija, hoy 9 de Noviembre de 1875.

José Félix Castrillo,
Cura y Vicario Foráneo.

Palacio Arzobispal.

Sucre, Diciembre 11 de 1875.

Ratificamos en forma legal el certificado anterior dado por nuestro Vicario Foráneo y Cura de la Matriz de la ciudad de Tarija.

EL ARZOBISPO.

El suscripto, párroco de la Iglesia Matriz de la ciudad de Tarija en la República de Bolivia, y Vicario Foráneo del distrito, certifica: que la auténtica dada por el finado señor Cura y Vicario que fué José Félix Castrillo, debe hacer fe por cuanto está firmada de su puño y letra y con la rúbrica que ha usado siempre. Asimismo la ratificación del finado Ilustrísimo señor Arzobispo que fué de la Arquidiócesis de La Plata, Pedro Puch: es verdadera que debe hacer plena fe. Signo con el sello que ahora se tiene del despacho.

Tarija, Febrero 5 de 1900.

Ezequiel Aguilar.

(Hay un sello).

He aquí la oración que los fieles suelen decir para implorar su intercesión :

ORACIÓN AL VENERABLE JULIÁN DE LIZARDI

Oh bien aventurado Mártir, Julián de Lizardi, acudimos humildemente á vos, suplicándoos encarecidamente intercedais delante de nuestro Señor por la curación de... por quien os rogamos.

Implorad este favor del Divino Jesús. Él no lo rehusará á quien derramó su sangre y dió su vida por su amor.

Si obtenéis esta gracia de Nuestro Señor, prometemos trabajar por la promoción de la causa de vuestra Beatificación, para mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Amén.

Nuestro Señor Jesucristo dice que " nada hay encubierto que no se haya de descubrir ni oculto que no se haya de saber " (1).

Ahora bien, — ¿por qué permitió Dios que habiendo tantos otros misioneros (2) caído víctimas de las terribles flechas de los indios, sólo el cuerpo del Venerable Lizardi fuera descubierto? Había sin duda una razón y ésta no era efecto del acaso;

(1) S. Mateo, v, 26.

(2) Desde 1711 perecieron ocho Jesuitas á manos de los indios en la Provincia del Paraguay. (Cap. XIII de la *Vida*).

porque el Espíritu Santo dice, que " nada se hace en la tierra sin motivo " (1). Dios, tal vez, ha permitido el descubrimiento de ese cuerpo, para que la inocencia, que fué premiada con la palma del martirio sea glorificada un día por la Santa Iglesia, canonizándolo. Dios también, en su misericordia, acaso permitió que el Mártir saliera del lugar donde se hallaba escondido por tantos años, para estimular en el mundo el amor por el Santísimo Sacramento, al que, según su biógrafo, visitaba hasta nueve veces por días (vide capítulo IV de la *Vida*) y en cuya defensa derramó su sangre — para excitar más en nosotros la sed laudable de la lectura de la Sagrada Biblia, que solía tener siempre consigo como compañera divina; para fomentar el espíritu misionero entre los pobres bárbaros, y para comunicar á los hombres lo que el Cardenal Manning, de santa memoria, solía llamar el sexto sentido, tan raro en estos días de egoísmo: Amor por las almas (2).

Este feliz descubrimiento, creo, fué debido enteramente á oraciones fervorosas y persistentes, opinión que se funda en el siguiente curioso episodio :

(1) Job., v. 6.

(2) Véase capítulo VI de la *Vida del Venerable Lizardi*.

Algunos años después del descubrimiento, me hallaba en las Misiones del Africa del Sur, precisamente en los lugares que son ahora teatro de la guerra anglo-boer. Me encontré en un convento inglés de Durbán, puerto de Natal, con una religiosa española y preguntándole de qué parte de España era, me contestó :

— De Guipúzcoa; — y continuando la conversación agregó : — Esta Provincia ha dado muchos santos á la Iglesia de Dios, entre ellos San Ignacio de Loyola, San Martín de Loínoz, Beato Tomas de Zumarraga y Lazcano... Pero hay uno que fué Mártir y cuyo cuerpo se ha perdido! Hace 50 años, estamos pidiendo á Dios que sea descubierto. — ¿Cómo se llama el Mártir? — pregunté yo. — Julián de Lizardi, — me contestó.

— Dios ha escuchado y accedido á sus oraciones, le repliqué, porque he tenido la dicha de encontrar sus venerandos restos! " (1).

(1) El Presbítero don Blás Pradere, en un artículo sobre el Padre Lizardi, dirigido á *La Vasconia*, periódico de Buenos Aires dirigido por los señores don José R. de Uriarte y don Grandmontagne de Otaegui, dice :

" Abrigo la confianza de que pronto será un hecho la elevación del Mártir vasco al altísimo honor de los altares : 1º por sus actos heroicos de virtud y pruebas

CAPÍTULO IV

ENCUENTRO EN MÉJICO. — EXCURSIÓN Á AS-
TEAZÚ. — UN ÁRBOL VENERABLE. — CONFE-
RENCIA EN SAN SEBASTIÁN.

De América del Sud seguí á América del Norte, y de Tarija pasé á Méjico, la famosa tierra de Moctezuma. Un amigo mío me llevó un día á visitar á un caballero distinguido de la ciudad, el cual, sabiendo de donde venía, se entretuvo largo rato conmigo interesándose en la relación de mis viajes. En el curso de la conversación le conté cómo había descubierto el cuerpo del último misionero que murió por la fe entre los bárbaros Chiriguano, indios de Bolivia.

Noté que me escuchaba con mucha aten-

fehacientes de sus hechos sobrenaturales; 2º por el cruel martirio gustosamente padecido en defensa de Cristo; 3º por no adolecer de los lunares que obstan á la canonización; 4º por reunir al efecto mayores probabilidades, mucho mayores, que Carlomagno, Cristóbal Colón, y otros que, ó fueron promovidos á la excelsa dignidad de Santos, ó se persigue ese fin; 5º porque con el hallazgo de sus reliquias se allanan casi todas las dificultades que se oponían á la realización de los deseos de la católica Guipúzcoa en general y del suscribente en particular."

Algunos años después del descubrimiento, me hallaba en las Misiones del Africa del Sur, precisamente en los lugares que son ahora teatro de la guerra anglo-boer. Me encontré en un convento inglés de Durbán, puerto de Natal, con una religiosa española y preguntándole de qué parte de España era, me contestó :

— De Guipúzcoa; — y continuando la conversacion agregó : — Esta Provincia ha dado muchos santos á la Iglesia de Dios, entre ellos San Ignacio de Loyola, San Martín de Loínoz, Beato Tomas de Zumarraga y Lazcano... Pero hay uno que fué Mártir y cuyo cuerpo se ha perdido! Hace 50 años, estamos pidiendo á Dios que sea descubierto. — ¿Cómo se llama el Mártir? — pregunté yo. — Julián de Lizardi, — me contestó.

— Dios ha escuchado y accedido á sus oraciones, le repliqué, porque he tenido la dicha de encontrar sus venerandos restos! " (1).

(1) El Presbítero don Blás Pradere, en un artículo sobre el Padre Lizardi, dirigido á *La Vasconia*, periódico de Buenos Aires dirigido por los señores don José R. de Uriarte y don Grandmontagne de Otaegui, dice :

" Abrigo la confianza de que pronto será un hecho la elevación del Mártir vasco al altísimo honor de los altares : 1º por sus actos heroicos de virtud y pruebas

CAPÍTULO IV

ENCUENTRO EN MÉJICO. — EXCURSIÓN Á AS-
TEAZÚ. — UN ÁRBOL VENERABLE. — CONFE-
RENCIA EN SAN SEBASTIÁN.

De América del Sud seguí á América del Norte, y de Tarija pasé á Méjico, la famosa tierra de Moctezuma. Un amigo mío me llevó un día á visitar á un caballero distinguido de la ciudad, el cual, sabiendo de donde venía, se entretuvo largo rato conmigo interesándose en la relación de mis viajes. En el curso de la conversación le conté cómo había descubierto el cuerpo del último misionero que murió por la fe entre los bárbaros Chiriguano, indios de Bolivia.

Noté que me escuchaba con mucha aten-

fehacientes de sus hechos sobrenaturales; 2º por el cruel martirio gustosamente padecido en defensa de Cristo; 3º por no adolecer de los lunares que obstan á la canonización; 4º por reunir al efecto mayores probabilidades, mucho mayores, que Carlomagno, Cristóbal Colón, y otros que, ó fueron promovidos á la excelsa dignidad de Santos, ó se persigue ese fin; 5º porque con el hallazgo de sus reliquias se allanan casi todas las dificultades que se oponían á la realización de los deseos de la católica Guipúzcoa en general y del suscribente en particular."

ción preguntándome al fin cómo se llamaba el Mártir.

— Lizardi, le contesté.

— ¡Lizardi!... — exclamó él. — Este es mi apellido...

Y me mostró un antiguo retrato al óleo del Mártir que tenía colgado encima de su chimenea, y entrando á su dormitorio y volviendo inmediatamente me trajo una flecha y me dijo:

— “Esta es una de las flechas con que lo mataron... Es una reliquia preciosa para la familia, y la única que existe... Las otras flechas que se mandaron de Tarija á Loyola, en España, hace muchos años, desgraciadamente se perdieron”.

El mismo señor Lizardi me obsequió con una fotografía del Mártir, de la cual se ha sacado la copia que figura en la portada de este librito, y una carta para un pariente suyo en San Sebastián, doctor don Eduardo de Egaña, á quien me apresuré á visitar en Europa un año después.

Este señor fué muy amable y me hizo conocer muchos datos interesantes y documentos referentes al Mártir, dándome al mismo tiempo una carta para su mayordomo, que me facilitó la visita que hice después á su propiedad en las montañas de Asteazú.

De San Sebastián, me dirigí, pues, á Asteazú, para visitar y conocer el suelo y el hogar donde vió la vida esa luminosa antorcha de la fe destinada á ahuyentar las tinieblas del Gran Chaco, y que se llamó Julián de Lizardi.

Acompañáronme en esta excursión mis apreciados amigos don Diego Zabalo y don Bernardo Rezola, animado este último de un ferviente deseo de hacer una peregrinación á Asteazú, en acción de gracias, por un gran favor que había recibido por intercesión del gran Mártir vascongado.

En San Sebastián tomamos el tren que una hora después nos dejaba en la estación de Villabona, desde cuyo punto seguimos por una pintoresca carretera, que hacía revivir en nuestra mente las siempre lozanas pastorales bíblicas. Después de una hora transcurrida casi insensiblemente en recorrer esta amena carretera, llegamos á la muy noble, leal y devota villa de Asteazú, situada en la Provincia de Guipúzcoa, sobre la margen izquierda del pintoresco río Oría; posee 1500 habitantes y se halla comprendida en la jurisdicción de la Diócesis del digno Obispo de Vitoria, Ilmo. doctor don Ramón Fernández de Piérola (1).

(1) El Ilmo. señor Ramón Fernández de Piérola es

La parte de la Villa situada á la izquierda de la carretera, constituye lo que llaman el "Barrio Nuevo", que ocupa un risueño valle, encierra la mayoría de la población, y ostenta plazas y calles muy limpias. Pero nosotros doblamos á la derecha y por consiguiente nos dirigimos al "Barrio Vie-

uno de los más notables é ilustrados obispos de España. Nació en Oñano en el año 1829 y efectuó sus estudios en el Seminario de Pamplona. Después de graduarse Licenciado y Doctor en Teología, en Valencia, regresó á Pamplona donde fué nombrado Cura de San Lorenzo, en cuya carga prestó heroicos servicios durante la epidemia cólerica.

En 1869 cursó Derecho canónico en el Seminario de Toledo, á cuya terminación, el Ilmo. Arzobispo de la Isla de Santo Domingo, señor Monzón, lo nombró canónigo penitenciario de su Iglesia Metropolitana. Ejerció este cargo hasta el momento de trasladarse á España, donde en 1879, su religioso celo y talento recibió la consagración de Obispo de la Habana, en cuya isla tuvo el honor de conocerle, cuando me encontré allí con comisión de propagar las Sagradas Escrituras.

Nombrado Obispo de Avila, en 1887, regresó á la madre patria, en cuyo diócesis permaneció hasta 1890, en que fué designado para la de Vitoria, que continúa gobernando hasta hoy día con el tino y rectitud episcopal de los primeros apóstoles y con gran contentamiento de los muy católicos habitantes de las provincias vascoas.

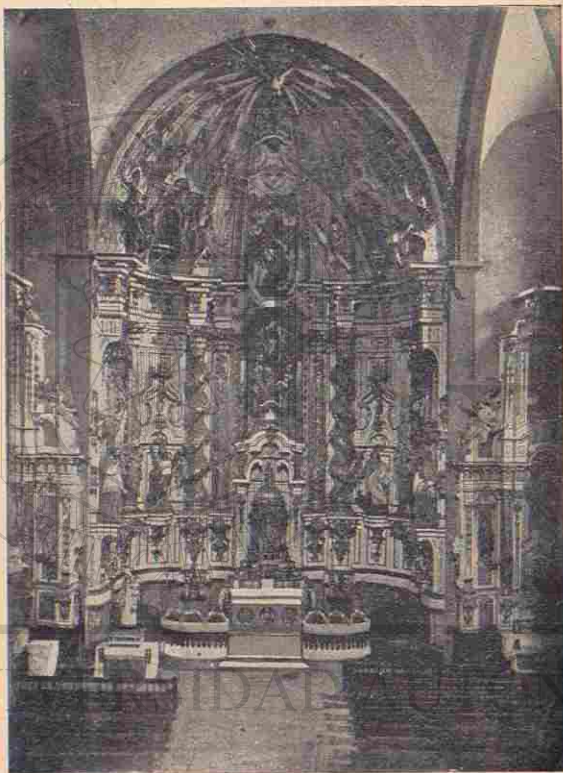
En tales manos, la causa de la Beatificación de nuestro Mártir tiene un seguro y celoso defensor.

jo", subiendo al efecto una empinada cuesta, en cuya cima se encuentran la Igle-



Ilmo. y Rmo. doctor don Ramón Fernández de Piérola,
obispo de Vitoria

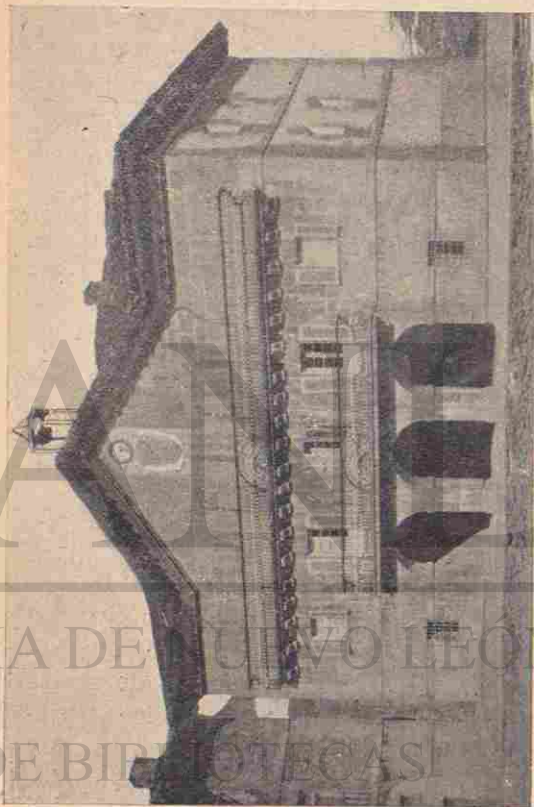
sia parroquial de San Pedro Apóstol y la casa habitación del Cura, que es una de las más cómodas de la Provincia de Guipúzcoa.



Altar mayor de la Iglesia de Astcazú donde el Mártir tantas veces oró delante del Santísimo Sacramento

El Cura Rector, don Tomás Eguibar, que es un verdadero apóstol, nos hizo visitar

la Iglesia y su Santuario, que tan precio-



Casa consistorial de Astcazú

sas ofrendas encierra, como se ve por la lámina, que acompañamos, y que debemos á la amabilidad del señor Severo

Irazu. En la sacristía nos exhibió el acta de bautismo del Padre Lizardi, cuya copia sacamos.

Terminada nuestra visita á la Iglesia parroquial, nos dirigimos á la antigua Casa Consistorial, en la que el distinguido caballero don José de Irazu, nos recibió con su genial cortesía, invitándonos á almorzar y



Escudo de armas de la villa de Asteazú

á recorrer el edificio, con cuyo motivo nos hizo ver, en la parte superior de la puerta de entrada, el notable escudo de armas ofrendado al Jefe de los Apóstoles y Príncipe de Mártires, y regalado á la muy devota villa por Alonso VIII, en el año 1203.

Este escudo presenta un campo, cuya parte superior ostenta cuatro llaves cruzadas y pareadas, y en la inferior, tres barras en las que se enrosca una serpiente;

corona este campo una Tiara de San Pedro, símbolo de la Iglesia militante.

Examinando el Diccionario de Heráldica por Piferrer veo con grata sorpresa que (exceptuada la villa de Reus, de la que el Papa fué dueño hasta el año 719 en que fué tomada por los moros) Asteazú es la única Villa de España que haya sido favorecida con los blasones del Pontificado.

Este singular hecho parézeme providencial y significativo, y destinado á infundirnos vivas esperanzas que el Santo Padre León XIII dirigirá una mirada especial de paternal amor sobre esa Villa Pontifical, si me es permitido llamarla así; y, oyendo nuestras súplicas, autorice cuanto antes la iniciación del proceso de la canonización de este inclino Mártir Asteazuno.

Después de haber tonificado el cuerpo, nos faltaba confortar igualmente el alma, á cuyo efecto nos dirigimos, acompañados del Cura Rector y del Alcalde, á los seculares montes que circundan la casa nativa del Héroe de estas pobres páginas. El camino que conduce á ella es áspero y frágil, costea el río Oría y tan pronto pasa entre elevadas llanuras sembradas de hortalizas y cereales, como tan pronto entre majestuosos bosques de avellanos, fresnos, robles y castaños, alternando, entre uno

y otro accidente del terreno, los modestos caseríos.

Por fin llegamos al anhelado sitio, al paterno hogar del Padre Lizardi, al sitio en que éste vino al mundo. No describiremos la impresión que nos produjo esa humilde y santa casa, que á pesar de sus años y de haberse incendiado dos veces, mantiénese incólume en su mayor parte, hospedando aún bajo su techo á una honrada familia de agricultores.

Próximo á la casa existe un castaño antiquísimo, cuyo tronco, carcomido por los años, — á semejanza del histórico naranjo existente en el Convento de San Francisco de La Rioja (República Argentina), que servía de oratorio y disciplina á San Francisco Solano, — fué el oratorio predilecto, durante su juventud, del Venerable Padre Lizardi.

Para resguardarlo de los deterioros ocasionados por el exceso de fervor de algunos peregrinos que empiezan á visitarlo, hice rodear el árbol con una barandilla de hierro.

Después de extasiarnos meditabundos en la contemplación de estos dichosos sitios que vieran criar y formar al futuro Mensajero de paz y salvación de las bravías Tribus del Chaco, nos despedimos, agradeciéndoles sus cortesías y atenciones, del señor Cura Rector y del señor Alcalde,

para regresar á nuestro punto de partida, San Sebastián.

Muy posible es que acontezca con Asteazú lo que con Ars; villa desconocida y de escasa importancia en sus primeros



Señor Cura Rector de la Iglesia-Matriz de Asteazú
don Tomas Eguibar

tiempos, llegó, con motivo de la declaración de santidad de su Cura Vianney y de la presencia de su sagrado cuerpo, á convertirse en centro de peregrinaciones y bendiciones para todo el mundo. Posible es, pues, que la poca conocida é insignifi-

cante villa de Asteazú llegue á ser con la Beatificación del Padre Lizardi y presencia de su santo cuerpo un punto de católicas romerías para todos los países y especialmente para España y la América latina á las que más estrechamente se ha unido en Cristo, por cuyo amor derramó su sangre.

En uno de mis viajes á San Sebastián, en 1898, di en el gran salón del Centro Católico una Conferencia pública (1) sobre el descu-

(1) *La Unión Católica* de Madrid en su número de septiembre 21 de 1896, habló de esta conferencia en los siguientes términos:

“El Centro Católico de esta ciudad, centro de instrucción, propaganda y recreo, se vistió ayer con sus mejores galas, como para participar de las glorias que el día de mañana se traducirán con hechos prácticos en interés y loor de la Iglesia Católica.

“El billete de invitación decía lo siguiente: “El viernes próximo, 18 de septiembre, á las 4 y media de la tarde, bajo los auspicios del Excelentísimo señor Duque de Sotomayor, mayordomo mayor de SS. MM; la señora Baronesa viuda de Satrustegui, y del Centro Católico, tendrá lugar en el salón del mismo, calle de Guetaria, número 15, una conferencia, que dará el Padre Kenelm Vaughan, sobre: 1º Su misión en España; 2º Importante hallazgo, y de gran interés para esta Provincia, realizado en su viaje de tres años desde Panamá á Buenos Aires”. Con tal anuncio, inútil es consignar que la concurrencia entre damas era distinguida y escogida, y también vimos entre los concurrentes á personalidades tan ilustres como el vicepresidente del Senado, señor Marqués de Pidal, tan entusiasta de des-

brimiento del cuerpo del Mártir. La flor de la sociedad española asistió, contándose entre otros, la Marquesa de Comillas, la Baronesa de Satrustegui, el Marqués de Pidal, Presidente del Senado, la Condesa V. de Egaña, Conde de Peñaflovida, Vizcondesa de Montserrat, don José Sotero

tas de esta índole; el Marqués de Casa-Irujo, Barón de Satrustegui, alcalde de esta ciudad, así como á los ilustrados Sacerdotes de fuera y de esta población.

“A la hora destinada, fueron á ocupar sus respectivos sitios en el escenario, el conferenciante, el señor don José Sotero de Echeverría, párroco de la Iglesia de San Vicente, tres reverendos padres Dominicos, un padre Franciscano, el sacerdote señor Garcarena y los individuos de la Junta directiva señores Egaña, Zubeldía, Zavalo, Aristeguieta y Brunet, que, debido á su actividad, celo y trabajos, se debe, en gran parte, el éxito tan grandioso de la conferencia dada ayer en el Centro Católico.

“El segundo punto de la conferencia del Padre Vaughan, se redujo á hacer una breve historia del descubrimiento, en su viaje por América, de los restos del Venerable P. Julian de Lizardi, de la inclita Compañía de Jesús, natural de Asteazú, pueblo de esta provincia, y que murió el 17 de mayo de 1735, asetaado por los indios del Ingre, en la misión de los Chiriguanos. El cadáver lo descubrió en Tarija (Bolivia), debiéndose á una singular coincidencia é investigaciones muy curiosas el descubrimiento de hallazgo tan preciado...

“En el fondo del escenario, y bajo dosel, se hallaba un cuadro al óleo del venerable Padre Lizardi, de me-

de Echeverría, Párroco de la Iglesia de San Vicente, don José Aristizábal, capellán del Palacio Real, Brunet, Zabalo, Echeverría, Ormazábal, Merry del Val, Irigoyen, Ibarra, Romero, Ochoa, Cavallero, Zubeldia, Aristeguieta, Mendizábal, Bianchi, Alcayaga, Lezasoan, Quintana, Miranda, Urru-

dio cuerpo, con seis flechas atravesadas que parecen brotar de su corazón á manera de rayos, y que es propiedad de la distinguida familia de don Eduardo Egaña, de esta ciudad, parientes del Padre Lizardi.

“Dió fin á los discursos, el pronunciado por el R. P. Ugarte, de la Orden de San Francisco, quien en concreto vascuence repitió la historia del hallazgo del cadáver del Padre Lizardi, dando á conocer que además de ser un elocuente orador, domina con excepcional habilidad y maestría la hermosa y primitiva lengua euskara.

“Todos salieron satisfechos de la conferencia; y al felicitar al Padre Vaughan y demás oradores que han tomado parte en esta fiesta, la consignamos extensiva á la junta directiva del Centro Católico, siempre tan propicia á los intereses de la causa de Dios, y hacemos fervientes votos para que el mayor éxito corone los trabajos del infatigable Padre Vaughan, y porque llegue muy pronto el día en que los corazones católicos de España se hallen dignamente representados en la capilla del Santísimo Sacramento en Londres.”

De *El Vascongado* de San Sebastián, 21 de septiembre de 1896:

“En la interesante conferencia que en los salones del Centro Católico dió hace pocos días el R. P. Vaughan, hermano del Cardenal Arzobispo de Inglaterra,

sola, etc. El Rey, que estaba á la sazón veraneando en San Sebastián, se hizo representar por el Duque de Sotomayor. El hecho notable del acto fué la presencia de cincuenta parientes del Mártir, que vinieron de Tolosa, Irún, Vergara y otros pueblos de Vizcaya á asistir á la conferencia. Entre ellos recuerdo á la Condesa V.

ocupóse del venerable mártir vascongado Julián de Lizardi, de la Compañía de Jesús. Al P. Vaughan cabe la honra de haber sido el descubridor del cuerpo de aquel hijo de San Ignacio, muerto en Ingre (Bolivia) aseteado por los indios, en 17 de mayo de 1735, á los 36 años de edad. Hallábase el P. Vaughan haciendo un viaje por la América del Sur, y en una población de Bolivia encontróse con un libro en el que se hablaba de la sepultura del P. Lizardi. Trabajó mucho por dar con la caja donde se encontraban los restos del mártir vascongado, hijo de Asteazu y pariente de la respetable familia de Egaña, logrando alcanzar el fin que perseguía. La noticia del descubrimiento del cuerpo del P. Lizardi cundió por la población en seguida, y la gente corrió á la Iglesia á postrarse ante aquellas venerables reliquias.

“El respetable sacerdote inglés dió en el curso de su conferencia, muy curiosas noticias sobre sus viajes; y dijo que pasando por el Natal (África), se encontró con monjas vascongadas, hijas de San Sebastián.”

“Usó también de la palabra el P. Ugarte, franciscano, pronunciando en muy castizo vascuence una elocuente oración, en la que hizo la biografía del Venerable Julián de Lizardi, enalteciendo en alto grado sus virtudes.”

de Egaña, doctor don Eduardo de Egaña, doctor don José Joaquín de Egaña, diputado, don Antonio de Egaña, doña Clementina Belaunzavan V. de Egaña.

Además existen varios parientes del Mártir en la Compañía de Jesús, como ser el P. Ramón Vinuesa S. F. Rector del Colegio y Convictorio de Gijón, el P. José Vinuesa operario y famoso Predicador en la Corona. También don Gabriel Lizardi, estudiante y varios sacerdotes pertenecientes á la familia de Egaña.

CAPITULO V

CARTA INÉDITA DEL MÁRTIR. — UN TIERNO INCIDENTE

En la Conferencia mencionada arriba, el secretario de este acto don D. Zabalo, leyó una muy edificante é inédita carta escrita en enero 18 de 1729 desde Buenos Aires por el Padre Lizardi al partir para Bolivia, dirigida á sus parientes en España, que se conserva en San Sebastián en poder del doctor don Eduardo de Egaña, pariente de este Venerable Mártir y cuyo texto dice así :

Hermana y señora mía :

Me he alegrado mucho de haber tenido noticia de vuestra merced, y del estado matrimonial que contrajo con nuestro primo don Manuel, según me han informado; á las órdenes de entrambos me sujeto descándoles todo bien en cuanto conduce á la salvación de las almas de vuestras mercedes que es el principal cuidado que todos debemos tener y como tengan vuestras mercedes ese cuidado de la salvación de sus almas y de todos aquellos que están á su cuidado, Nuestro Señor les favorecerá también con bienes temporales que necesitaren para pasar honradamente esta mísera vida. Tengan especial cuidado de no ofender á Nuestro Señor, porque el pecado nos acarrea todos los males temporales y eternos.

Procuren guardar fidelidad uno á otro haciendo bien á todos sus prójimos, siendo misericordiosos con los pobres y necesitados; crien en santo temor de Dios los hijos que su Majestad les diere, dándoles buen ejemplo, aficionándolos á la virtud y á todo género de devoción especialmente para con Jesús, Maria y José, por cuyo medio hemos de conseguir todos los bienes así espirituales como temporales y finalmente vivan de tal suerte que confiesen con las obras, que esta vida es temporal y caduca, que para uno se acaba con su muerte y después se sigue otra vida eterna, ó de pena en el infierno, ó de glorias en el Cielo, conforme viviéremos y muriéremos en esta vida. No se paguen de las vanidades de este mundo engañoso

porque nuestro enemigo procura nuestra eterna perdición; se acaba el mundo y con él todas las concupiscencias, todos sus deleites, todas sus riquezas y honras. Para defenderse de las tentaciones de nuestros enemigos, mundo, demonio y carne frecuenten, con devoción y pureza, los Santos Sacramentos de la confesión y comunión. Si algunos de los hijos se aficionase á tomar el estado religioso no le impidan, antes bien, le deben animar porque debe gozar el camino seguro del cielo y con especialidad si alguno quisiese ser hijo de nuestro glorioso Padre San Ignacio Loyola. Vivan siempre con la memoria en la muerte y de la cuenta que han de dar á Nuestro Señor para que así eviten toda culpa.

Yo me hallo muy consolado en esta santísima compañía de Jesús y particularmente en esta Santa Provincia del Paraguay donde deseo acabar mi vida empleada toda en la conversión de las almas y especialmente en la conversión de los indios infieles de que abundan tantas Provincias. Nuestro Señor les dé su divino conocimiento y á mí su santa gracia para derramar mi sangre y dar mi vida por su amor, que deseo de todo mi corazón y alma.

Aunque no he tenido carta de Vuestras Mercedes, pero por una que tuve de mi hermano querido y amado Martín de Soróa supe que nuestro buen padre ha pasado á mejor vida y según la cuenta vino á morir unos meses antes que yo celebrase la primera Misa que la tuve el día de San Andrés Apóstol, al cumplir yo 26 años de edad y viene á ser el año 1721. y he procurado y pro-

curo ofrecer por su alma muchas Misas, pues le debemos tanto yo con especialidad y encomiendo también á Nuestro Señor las almas de vuestras mercedes en mis oraciones y sacrificios para que consigan su último fin que es gozar á Dios Nuestro Señor en el cielo por toda la eternidad.

En la Compañía de Jesús hacemos renuncia de los bienes ó legítima que de nuestros padres nos toca y á mí me pareció mejor hacerla en la forma que está en el papel que va dentro de la de mi hermano Juan Bautista á quien le encargo comuniqué á vuestras mercedes el dicho papel y quisiera que en todos hubiera una paz y uniformidad grande para que así Nuestro Señor les llene de sus divinas bendiciones y les dé muchos años de vida como se lo suplico á su Majestad.

Buenos Aires, Enero 7 de 1729.

Besa la mano de vuestras mercedes su afecto capellan y menor hermano.

JULIÁN DE LIZARDI.

Mis señores hermanos, María Lorenza de Lizardi y don Manuel Embil.

Hubo en ella un detalle interesantísimo[®] y tierno. Doce niños de la misma familia del Mártir trajeron en cestas muchos gajos de aquel árbol que mencioné antes, y los repartieron entre los concurrentes como un recuerdo piadoso. Tan grande fué el interés despertado que la Diputa-

ción Provincial de Guipúzcoa, á principios de 1897, nombró una Comisión especial de caballeros para promover la causa de su Beatificación, compuesta de los señores Manuel Lizariturry, Luis de Echeverría, Eusebio Aranguren, José Machimbarrena y José Joaquín de Egaña, pariente del Mártir (1).

(1) *La Unión Católica* de Madrid de 1º de Noviembre de 1896, refiriéndose á este asunto dijo :

“ Los vascongados tienen con el hermano del Cardenal de Londres una deuda pendiente, deuda de gratitud, que redundará especialmente en el pueblo de Guipúzcoa.

“ En efecto, el haberse encontrado en América los restos del Venerable Padre Julián de Lizardi, de la Compañía de Jesús, gracias á los trabajos del Padre Vaughan, son conquistas católicas que en un pueblo religioso se traducen por el obsequio más generoso, máxime cuando se trata de un esclarecido hijo de San Ignacio de Loyola, patrón de esta Provincia.

“ Se trata ahora del proceso de Beatificación del Padre Lizardi, asunto en el que tomarán seguramente parte muy activa, no sólo su pueblo natal, la villa de Asteazú, sino la Diputación provincial, representando fielmente los sentimientos católicos de Guipúzcoa entera.

“ Será probable que con este fin se convoque á un gran *meeting* popular, que no dudamos producirá los efectos que se desean.

“ En efecto, la vida del Venerable Padre Lizardi es la de un Santo, y se habla de recientes milagros y gracias especiales concedidas por la intercesión del es-

CAPÍTULO VI

EL ACUERDO DE LA DIPUTACIÓN DE GUIPÚZCOA

Pocos meses después de la Conferencia en San Sebastián, don Eusebio Aranguren tuvo la atención de mandarme con una carta el siguiente acuerdo de la Diputación de Guipúzcoa relativo á este asunto :

La Excm^a. Diputación Provincial en sesión de 12 de Abril último elevó al acuerdo el siguiente dictamen :

Excm^a. Diputación Provincial de Guipúzcoa.

Excmo. Señor : Los Diputados que suscriben recibieron de V. E., en una de las sesiones del último período semestral, el encargo de emitir su parecer en orden á la súplica del Cabildo eclesiástico y del Ayuntamiento de Asteazú de que V. E. gestione é interponga su valioso influjo

clarecido jesuita que murió mártir de la Iglesia, y que todos confiamos que en breve sea venerado en los altares.

“ Guipúzcoa entera, que siempre ha profesado el amor y veneración debidos á la inclita Compañía de Jesús, no vacilará en poner los medios conducentes para que en breve pueda llamar Beato Padre Lizardi á su nuevo protector, que goza de Dios en el cielo.”

para conseguir que los venerandos restos del R. P. Julián de Lizardi, natural de aquella Villa, sean trasladados á esta Provincia y depositados en la Iglesia parroquial en que recibió el Bautismo y de que solicite la incoación del expediente de su Beatificación.

Altísima honra es, ciertamente, para Guipúzcoa ser cuna del venerable Padre Julián de Lizardi, ornamento de la inclita Compañía de Jesús, que, después de haber edificado con el ejemplo de sus heroicas virtudes, sufrido el martirio, siendo bárbaramente asactado por los Chiriguanos del partido de Ingre, los cuales le prendieron el 16 de Mayo de 1735 al tiempo que celebraba el incruento Sacrificio del altar y le dieron gloriosa muerte. V. E. está, pues, vivamente interesado en que se realice el levantado pensamiento del pueblo de Asteazú y desde luego debe aprobarlo á juicio de la Comisión que informa, acordando prestarle su ayuda moral y material. Pero antes de tomar acuerdos concretos sobre la manera de ejecutarle, parece indicado que se obtenga el beneplácito del Excmo. é Itmo. señor Obispo de la Diócesis y hasta que se le pida consejo en asunto de tal gravedad, y los que suscriben han creído deber proponer á V. E. lo siguiente: 1º La Diputación provincial acoge el laudable pensamiento de los cabildos eclesiástico y civil del pueblo de Asteazú y acuerda gestionar lo conveniente á la consecución de los dos objetos que expresan en su escrito de 2 de Noviembre próximo pasado; 2º La Comisión provincial dará conocimiento de este asunto al Excmo. é Itmo. señor

Obispo de Victoria, rogando se digne significarle cuáles son los medios que á su juicio deben adoptarse tanto para conseguir la entrega y traslación de los restos del R. P. Julián de Lizardi, que hoy reposan en la Iglesia de la Compañía del pueblo de Tarija, en Bolivia, como para promover ó iniciar el expediente de su Beatificación, marcando el procedimiento que cabe seguir en el asunto; 3º Que en vista de las indicaciones del Prelado, la misma Comisión provincial explore el parecer de la Compañía de Jesús, á la que perteneció el insigne Mártir guipuzcoano, dirigiéndose al Prepósito general ó al R. P. Provincial de Castilla, que tiene su residencia en Burgos; y 4º Que asimismo se adquieran las noticias que puede suministrar con referencia á este asunto el R. P. K. Vaughan, distinguido sacerdote inglés que descubrió el paradero de tesoro tan preciado y recorre actualmente los pueblos de esta Provincia desempeñando delicada misión que le ha conferido su hermano el eminentísimo Arzobispo de Westminster, Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Es cuanto los que suscriben han creído deber someter al superior criterio de V. E.

Dios guarde á V. E. muchos años. — San Sebastian, 12 de Abril de 1897. — Manuel Lizaritun. — Luis de Echeverria. — José Joaquin de Egaña. — Eusebio Araguren. — José Machimbarrena.

Habiendo comunicado el precedente acuerdo al Excmo. é Itmo. señor Obispo de la Diócesis, así como al R. P. Provincial de la Compañía de Jesús, se han servido contestar elogiando el pensamiento y ofreciendo su valioso concurso para la

realización del mismo; y debiendo ahora dirigirse esta Corporación al señor Obispo de la Diócesis en que radique el pueblo de Tarija, solicitando su permiso para trasladar los restos venerandos del Mártir guipuzcoano, á la vez que tengo el gusto de comunicar todo lo actuado en el asunto á Vuestra Reverencia, le ruego que se sirva facilitarme cuantos datos estime conducentes al objeto propuesto, y especialmente á qué diócesis pertenece el pueblo de Tarija, donde fueron hallados por Vuestra Reverencia los restos mortales del inclito P. Julián de Lizardi.

Dios guarde á Vuestra Reverencia muchos años.

San Sebastián, 12 de Julio de 1897.

El Vicepresidente,
EUSEBIO ARANGUREN.

El Secretario,
Ramón de Zubildía.

Reverendo P. K. Vaughan. — Barcelona.

En mi respuesta, que no tengo á mano, di al vice-Presidente las gracias por el honor de esa carta, y por haberme mandado la copia del acuerdo de la Diputación guipuzcoana.

Le aseguré que podía contar siempre con mis pobres esfuerzos para promover la Beatificación del Venerable Julián de Lizardi, teniendo yo por tal causa el más vivo interés.

Contestando su pregunta, dije que Tarija

está situada en la Arquidiócesis de la Plata en Bolivia, que la Sede estaba ocupada por el Exmo. é Ilmo. señor doctor don Miguel de los Santos Taborga; y además que el cuerpo del Venerable Julián de Lizardi fué descubierto en una caja de cedro escondida en la pared entre el Santuario y la sacristia de la Iglesia Matriz de Tarija.

Insinué también como muy conveniente comisionar al digno señor Cura Rector de Asteazú, don Tomás Eguibar, para ir personalmente á Bolivia y suplicar la entrega del santo cuerpo del Padre Lizardi, de otro modo sería en mi humilde opinión cuasi imposible de obtenerlo, teniendo los Tarijeños gran veneración por su Mártir.

Concluía mi carta prometiéndole, que en caso retornara de nuevo á Sud-América haría todo lo posible para conseguirlo.

El siguiente capítulo hará saber cómo la Providencia me proporcionó una ocasión inesperada de visitar Tarija y después de muchas luchas conseguir para España este codiciado tesoro.

CAPÍTULO VII

MI VUELTA Á TARIJA. — EL ARZOBISPO TABORGA ORDENA LA ENTREGA DEL CUERPO.
— LUCHA PARA HACERLA EFECTIVA. —
CARTA DE AGRADECIMIENTO.

En 1898 tuve la suerte de ser enviado por el Cardenal Arzobispo Vaughan al Nuevo Mundo con una misión especial. Esta misión era de invitar á todas las repúblicas sudamericanas á unir su óbolo con el de la madre-patria para construir en la nueva Catedral Metropolitana de Westminster, Londres, la Capilla Hispano-Americana del Santísimo Sacramento, destinada á la Adoración Perpetua, para que sirviera de especial vínculo de unión fraternal entre las razas latino-americana y anglo-sajona, por ser Nuestro Señor Jesucristo principio y eterna base de la unión de las naciones cristianas.

Mi primera visita fué á Buenos Aires, el Loadres de Sud-América, donde mi misión recibió una magnífica y generosa acogida. Después recorrí las capitales de muchas provincias argentinas con el mismo objeto. Al fin encontrándome al norte, en Jujuy, no lejos de Tarija, resolví hacer un viaje

hasta aquella ciudad á fin de conseguir si fuese posible el cuerpo del Padre Lizardi.

El resultado de mi empeño y la oposición que tuve que vencer para conseguir su entrega serán mejor conocidos por la siguiente carta que desde Tucumán dirigí al Presidente de la Diputación provincial de Guipúzcoa.

Al señor don Tomás Balbás, Presidente de la Diputación provincial de Guipúzcoa.

España.

Muy ilustre señor Presidente :

Tengo el honor de llevar á conocimiento de Usted lo que paso á describir.

Cuando estuve en San Sebastián, hacen dos años, más ó menos, la honorable Comisión nombrada por usted para promover la iniciación de la causa de la Beatificación del Venerable Julián de Lizardi, me encargó, en caso que tuviera que volver á Sud-América, de hacer los esfuerzos posibles para obtener y llevar de Tarija (Bolivia), los restos de este Mártir guipuzcoano, para colocarlos en la Iglesia de Asteazú, su país natal, en España.

Habiendo arribado á la República Argentina, y encontrándome en Jujuy, diez días distante de Tarija, me decidí pasar á esta ciudad.

Al efecto, alquilé tres mulas y emprendí el

viaje al través de aquellas ásperas montañas que tenía que pasar, no obstante que algunos amigos de la Argentina me aconsejaron de no emprenderlo por la época lluviosa actual y hallarse los ríos muy crecidos, lo que no deja de ocasionar serios peligros para el viajero.

Sin embargo, Dios me condujo á Tarija sano y salvo, después de doce días de penoso viaje. Inmediatamente me puse en relación con el párroco de la Iglesia Matriz, señor don Ezequiel Aguilar, manifestándole el objeto de mi misión.

Éste, á su vez, consultó al Excmo. señor Arzobispo de la Plata (Sucre), don Miguel de los Santos Taborga, remitiendo el siguiente despacho telegráfico:

“Encuéntrese padre Vaughan comisionado Diputación guipuzcoana (España) para llevar restos del Mártir Julián Lizardi. Pueblo quiere hacer quedar mayor parte. Autorízeme.”

El Arzobispo contestó: “Para canonización Padre Lizardi es preciso llevar restos. Entréguen-se comisionado, quedando para Tarija sólo un brazo”.

Cuando se supo en Tarija la orden telegráfica del Arzobispo, el pueblo se sublevó, oponiéndose á la entrega de los restos, y sólo permitía que se me entregara un brazo, quedando allí el cuerpo del Mártir. Para legalizar esta actitud se mandaron muchos partes telegráficos al Arzobispo pidiéndole una contraorden; pero él contestó con el silencio.

Al fin, después de doce días de contienda y re-

sistencia, y sabiendo el pueblo mi propósito de ir á Sucre para quejarme ante el señor Arzobispo de la resistencia que se oponía á su mandato, recién se me ha hecho entrega de los restos del Venerable Mártir con todas las formalidades necesarias.

Los restos fueron colocados en una caja de cedro con todo el cuidado posible y asegurada con lata, trabajada á propósito de modo que pudiera entrar en una de mis petacas de viaje.

Temiendo una segunda sublevación del pueblo, una mañana, bien temprano, cuando toda la población dormía, emprendí viaje de regreso á la ciudad de Jujuy, y de aquí á Tucumán.

Tengó, pues, como usted ve señor, esta preciosa reliquia en mi poder, y una vez terminados mis trabajos en Sud-América, me haré el honor de llevarla á España y entregarla en mano propia de la Comisión ó de usted.

No dudo que la presencia del cuerpo de este gran Mártir guipuzcoano servirá de un poderoso estímulo para que la Provincia que lo vió nacer trabaje con más empeño hasta conseguir la Beatificación de este inclito Mártir español, para gloria de Dios y de España.

Con los sentimientos de mi más fecundo respeto, soy de usted muy att. S. S. y capellán.

KENELM VAUGHAN.

Tucumán, Marzo 2 de 1900.

Presidencia de la Diputación Provincial de Guipúzcoa.

San Sebastián, 3 de Abril de 1900.

Señor don K. Vaughan.

Santiago de Chile.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida:

De gran consuelo han sido para mí y para todos mis compañeros de esta Corporación provincial las noticias que por su atenta carta de 2 de marzo último se ha servido usted comunicarnos acerca de la traslación de los restos venerables del mártir guipuzcoano Padre Julián de Lizardi.

Hemos visto con gran satisfacción el favorable resultado que ha obtenido usted gracias á sus perseverantes esfuerzos y á los sacrificios que ha hecho, venciendo la resistencia que los naturales de la ciudad de Tarija, poseedores de tan preciosas reliquias, han opuesto á la traslación, hallándose hoy éstas en poder de usted que se propone transportarlas consigo al regresar á esta Provincia para el mes de Julio ó Agosto próximo.

Sin la presencia personal de usted en el lugar donde reposaban los restos del Mártir, hubiera sido muy difícil, sino completamente imposible, la conducción de los mismos á su pueblo natal de Asteazú, en esta Provincia, según acuerdo adoptado por esta Diputación, puesto que las comunicaciones repetidas veces dirigidas al efecto por la mis-

ma á esos países de América, no habían dado, al menos hasta la fecha, ningún resultado.

Agradeciéndole, pues, en nombre de esta Corporación, cuanto ha hecho y se propone hacer en este asunto, y en espera de que con la protección de Dios, llegará á esta ciudad sano y salvo para la época que usted anuncia, siendo portador de los preciosos restos del Mártir guipuzcoano, me es muy grato ofrecerme de usted con el mayor respeto affmo. y S. S. Q. B. S. M.

TOMÁS BALBÁS.

A los hechos contenidos en esta carta tengo que añadir dos más.

En vista de mis apuros originados por el levantamiento del pueblo, que, impulsado por su ferviente devoción, se oponía al retiro del cuerpo de su Mártir, contrariando la disposición de la autoridad eclesiástica, el señor cura Aguilar envió el siguiente despacho telegráfico al señor Arzobispo de La Plata.

Sucre (Bolivia).

Se que ha dirigido reclamo representación Tarija, deseando tener mayor parte restos P. Lizardi. Si no tienen contestación procederé según su telegrama. Vaughan muy apurado.

El Vicario,

AGUILAR.

No habiendo recibido respuesta alguna, me entregó oficialmente, no obstante la



Exmo. y Rmo señor don Miguel de los Santos Taborga. Arzobispo de La Plata, que autorizó la entrega del cuerpo del V. P. Julián de Lizardi.

oposición del pueblo, el cuerpo del Mártir. Mi primer acto fué escribir en nombre de la Diputación Provincial de Guipúzcoa, al señor Arzobispo de La Plata, la siguiente

carta de profundo reconocimiento por haber donado á España el santo cuerpo de su inclito hijo Mártir.

Exmo. señor Arzobispo de La Plata, doctor don Miguel de los Santos Taborga.

Sucre.

Muy venerado Arzobispo:

En nombre de la Diputación Guipuzcoana y del señor Cura y del Ayuntamiento de Asteazú doy á V. E. las más expresivas gracias por la generosa entrega de los venerandos restos del Venerable Julián de Lizardi.

Será para mí una muy honrosa carga de la cual soy indigno, llevando los restos de este insigne Mártir Guipuzcoano á España, y entregándolo en nombre de V. E. al Presidente de la Diputación Provincial de Guipuzcoa para depositarlos en la Iglesia Parroquial de Asteazú — lugar natal del Mártir, donde fué bautizado. La presencia allá de los preciosos restos de este gran Mártir dará nuevo estímulo á la Provincia de Guipúzcoa para trabajar con más empeño para promover la causa de su Beatificación.

Siento muchísimo que el tiempo no me permita presentar personalmente mis gracias y mis homenajes afectuosos á V. E. que tuve el honor de conocer cuando V. E. era Canónigo de la Catedral de Sucre. Pero aprovecho de esta ocasión de renovar mi antigua amistad con V. E. y, pi-

diendo su bendición, de suscribirme el afectísimo
y humilde servidor y Capellan de V. E. que
B. S. A.

KENELM VAUGHAN.

Tarija, Febrero 5 de 1900.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO VIII

PREPARATIVOS PARA LA TRASLACIÓN DEL
CUERPO DEL MÁRTIR. — CERTIFICADO DEL
CURA. — SALVO-CONDUCTO. — LOS TESTIGOS.

Estos últimos capítulos darán cuenta de
la traslación de los restos mortales del
Venerable Julián de Lizardi, desde Tarija
hasta Buenos Aires, puntos que distan dos
mil millas el uno del otro.

Los incidentes ocurridos durante la parte
de este largo y azaroso viaje, hecho a lomo
de mula, en la estación de las tormentas,
cuando los ríos crecen y salen de madre,
pudieran interesar á los que promueven
la Beatificación de este ilustre Mártir.

Habiendo obtenido del pueblo de Tarija,
no obstante grandes dificultades y oposi-
ción, el cuerpo del insigne Mártir, em-
pezamos los preparativos para conducirlo
á la Península. Lo primero fué mandar

hacer una caja de cedro, que pudiéramos



Caja en que se transportaron en 1900 las reliquias del V. P. Lizardi,
con la petaca en que vino encerrada

acomodar en una petaca, á fin de poder
llevarla á mula. En seguida pasamos los
huesos del Mártir, del cajón relicario en

el cual los hallé 25 años há, á la nueva caja, forrada de zinc por dentro; soldamos ésta, la atornillamos, y el Cura de la Iglesia Matriz, don Ezequiel Aguilar, le puso oficialmente el sello de la parroquia. Todo lo cual se llevó á cabo en presencia del Alcalde, del Fiscal, del Médico y de los Municipales de dicha Ciudad. Fueron también testigos oculares de la entrega del cuerpo del Mártir, Fray Bernardino Turbessi O. F. M., Ex-Prefecto de las Misiones, Fray Cristóbal Chiantini O. F. M., Presbítero don M. Félix Antezana, don Juan Navajas, Presidente de "La Unión Católica", don Eusebio Lema, Vicepresidente, don José Rodolfo Ávila, Diputado Nacional, don Angel Castrillo, don Justo Ávila, don Severo Maris, don Manuel D. López, doctor Belisario Pacheco, don León Orsetti, don Juan Argentini y don Rufino Tejerina.

El señor Cura me presentó entonces un documento que testifica la identidad del cuerpo del Mártir que acababa de entregarme, cuyo contenido es el siguiente:

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Parroquia de San Bernardo.

Tarija, Febrero 5 de 1900.

El Prebistero Ezequiel Aguilar, Párroco de la Iglesia Matriz de la ciudad de Tarija, en la Repú-

blica de Bolivia, y Vicario Foráneo del distrito, etc., etc.

Certifica: Que el Presbítero Kenelm Vau-



Don Ezequiel Aguilar, Párroco de Tarija y Vicario Foráneo que entregó el cuerpo del V. P. Julián de Lizardi

ghan, de nacionalidad inglesa, comisionado por la Diputación de Guipúzcoa (España), lleva por disposición del Ilmo. señor Arzobispo de La Plata, los restos del Venerable Padre mártir Julián de Lizardi, de la Compañía de Jesús, que fue

muerto por los Chiriguano de las fronteras del departamento de Tarija el año mil setecientos treinta y cinco. Se trasladan los mencionados restos para la Provincia de Guipúzcoa. capital San Sebastián, donde ha de iniciarse el procedimiento de la Beatificación del Mártir.

Por tanto doy fe, y certifico como Párroco y Vicario, que el cajón de madera de forma cuadrada que contiene dichos restos va sellado con el sello del despacho de esta Vicaría Foránea.

Ezequiel Aguilar.

El Administrador de aduana de Tarija también me dió un salvo-conducto para la traslación de los restos del Mártir, el cual copio en seguida:

Señor Administrador de Aduana.

Pide se sirva usted concederle la guía que indica.

Juan Navajas, agente de aduana, ante usted con mis acostumbrados respetos me presento y digo: que se hace necesario se sirva darme guía libre para un bulto sin marca y sin número que contiene los restos mortales del que fué R. P. Julián de Lizardi, que conduce á España el señor Presbítero Kenelm Vaughan.

Juan Navajas.

Tarija, Febrero 3 de 1900.

Aduana Nacional.

Tarija, á 5 de Febrero de 1900.

Dese paso libre al bulto sin número y sin marca cuyo contenido se indica en el presente escrito.

Lino Romero,
Administrador.

Consulado Argentino de Bolivia.

Visto bueno para legalización de la firma del señor Romero, Administrador actual de esta aduana nacional, la que es verdadera y tiene la autoridad que expresa.

G. Schnorr,
Cónsul Argentino.

Tarija, Febrero 5 de 1900.

Derechos consulares bolivianos 2, recibidos.

G. Schnorr.

Este documento ha sido visado en el resguardo nacional de Yavi, y también en la Administración de rentas nacionales de Jujuy.

Resguardo Nacional.

Yavi, Febrero 9 de 1900.

Cumplido, y pase á su destino.

Venancio Cabana,
G. Nacional.

Administración de Rentas Nacionales.

Jujuy, Febrero 17 de 1900.

Pase á su destino.

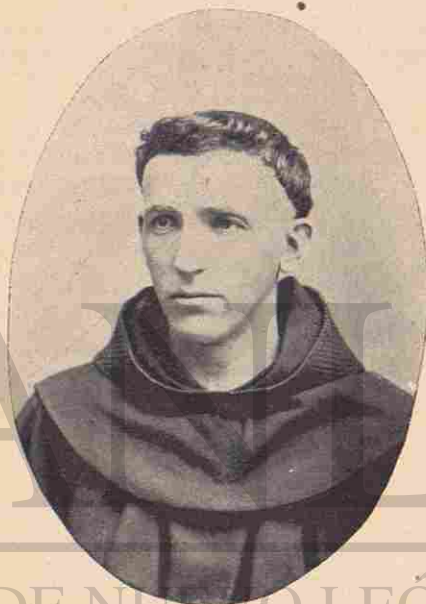
J. J. Bustamante.



Don Guillermo Cainzo, Gobernador de la Provincia de Tarija el año 1900, cuando fué cedido el cuerpo del V. P. Julián de Lizardi.

Llenados todos estos requisitos, nos despedimos, profundamente agradecidos, del Prefecto señor Cainzo y de las demás

autoridades eclesiásticas civiles de la muy querida villa de Tarija, y en último mo-



R. P. Fray Rafael Paoli, Guardián en 1900 del Colegio apostólico de Misioneros franciscanos en Tarija.

mento de nuestro muy querido huésped, el Padre Guardián Fray Rafael Paoli.

El día de nuestra partida, colocamos la caja que contenía los restos del Mártir en una petaca, especie de maleta hecha de

cuero vacuno seco, la aseguramos con cuerdas sobre una acémila, y, despidiéndonos de Tarija, emprendimos viaje.

CAPÍTULO IX

SALIDA OCULTA DE TARIJA. — RUMORES DE OTRA SUBLEVACIÓN. — SUCESO LAMENTABLE. — EL TRÍPODE. — “ EL MÁRTIR NO QUISO MOJARSE ”.

La mañana era hermosísima, y una brillante nube blanca y plateada apareció frente á nosotros en el horizonte, nube que nos acompañó hasta el fin de la jornada, como anunciándonos la protección del Cielo.

Nos pusimos en marcha al amanecer, antes que los Tarijeños se despertaran y comenzara el movimiento de la Ciudad. Salimos de ésta por calles poco frecuentadas, á fin de eludir el llamar la atención de los madrugadores, porque corría el rumor de que los indios, malgrado las órdenes telegráficas del Arzobispo de Chuquisaca, tenían la intención de hacer un esfuerzo supremo para impedir la traslación del cuerpo del Mártir.

Después de salir de la Ciudad, tomamos

el camino real y pronto nos desviamos á la derecha, empeñándonos en una profunda y solitaria quebrada, por la cual descendía un estruendoso torrente saltando y retumbando entre las aristas de las rocas. ¡Era una romántica cabalgata! De cuando en cuando encontrábamos algún abra fértil, cuyos terrenos, regados por las aguas perennes de los manantiales, ostentaban riqueza de alfalfa, maíz y otros cereales. Allí divisábamos ranchos contruidos de bambú, medio ocultos entre el espeso follaje de las palmeras, bananeros y otros árboles frutales, y veíamos á los indios labradores, cubiertos con sus ponchos de varios colores, sentados al redor del fogón preparando su frugal comida, antes de entregarse á sus faenas. Tres horas de amenísima marcha nos llevaron al fin de la quebrada, donde se alza una Capilla aislada al pie de una alta y escarpada montaña, la que tuvimos que escalar para poder tomar el camino principal. La senda que serpentea en el ascenso esta fragosa montaña, era á veces casi perpendicular y tan gastada y resbaladiza, que, á no haber estado nuestras mulas habituadas como cabras á trepar peñascos, habríamos corrido inevitablemente la suerte de Ícaro. Pero, gracias á su

habilidad, llegamos salvos al camino real de la sierra, el cual se desliza como una culebra por la Cordillera.

Después de atravesar el pintoresco valle de Tucamilla, sembrado de pequeñas chacras de indios, llegamos á la cresta de la primera cadena andina, donde se ha erigido una cruz de madera, la cual recuerda un lamentable suceso. El año pasado una devota señora Tarijeña, Núñez de nombre, se dirigió con sus dos hijos en peregrinación á la ciudad de Levi-Levi, á 20 leguas de distancia, para orar en el famoso Santuario de Nuestra Señora de la Candelaria. A su regreso, les sorprendió una terrible tormenta, al cruzar estas desiertas y agrestes serranías. La madre y su hijo mayor pudieron resistir la furia de la tempestad y arrastrarse durante la noche hasta Tarija. Deshechos, exhaustos por la fatiga de tan penosa lucha con los elementos, se entregaron al reposo. Al día siguiente, la madre vió con angustia que Miguel, su segundo hijo, joven de 19 años, no había vuelto. Inmediatamente fué con peones á buscarlo. Lo hallaron, sí, pero cadáver, en la cumbre de la sierra, con la mula muerta á sus pies. La cruz aludida indica el lugar donde sucumbió.

Desde la cresta de esa elevada serranía,

miramos hacia atrás, y se desplegó ante nuestra vista el magnífico panorama del valle de Tarija. Ese inmenso valle, encerrado entre los muros de las sierras, se supone haya sido en un tiempo el fondo de un gran lago; porque allí se encuentran restos de esos gigantescos monstruos antediluvianos denominados Mastodontes. Recuerdo haber entrado á una tienda en Tarija, y observado que el tripode sobre el cual trabajaba un zapatero consistía en un trozo de un enorme diente de esos animales fósiles. Esa vasta hoya se halla hoy convertida en un extenso jardín de vegetación semi-tropical, salpicado de activas villas y aldeas de indios. La grandeza y magnificencia del paraje desafia la descripción.

Rezada una oración por la víctima de la tormenta, descendimos, haciendo eses en rápido declive, por la cuesta de Semá. De súbito oímos á nuestra espalda algo como el ruido de un huracán; y, en efecto, vimos que una nube negra, henchida con los furiosos de la tempestad, se precipitaba sobre nosotros impelida furiosamente por el viento. Espoleamos nuestras mulas y apresuramos el paso, no obstante lo empujado de la senda. Llegamos con felicidad al Tambo, que está al pie de la sierra, mas

no bien habíamos descargado la acémila y depositado en la choza los preciosos restos del Mártir, cuando la tormenta se desencadenó con toda furia, acompañada de rayos y centellas, de horriblos truenos y de verdaderas descargas de granizo, que no tardaron en tender un manto nevado sobre los oscuros cerros de los alrededores. Prestigio, nuestro huésped indio, en su viva fe, atribuía el que hubiéramos escapado tan á tiempo de caer bajo el azote y la piedra de la tormenta á que traíamos con nosotros el cuerpo de Julián, el mártir. "Escapastéis — decía el indígena, — porque el Mártir no quiso mojarse". Al anoecer, los pobres indios arrieros, que habíamos pasado en el camino en Tucamilla, llegaron con sus mulas cargadas de sacos de maiz, rendidas por el cansancio, y ellos empaquetados hasta los huesos, tambaleándose y maltrechos á causa de los rigores de la tormenta. Los recibimos con bebidas calientes y ropas secas; más no nos fué dado consolarlos por la pérdida de una de sus mejores mulas, que no pudiendo hacer frente á los elementos, había caído muerta en el camino.

CAPÍTULO X

EL MÁRTIR RESTITUYÓ LA SALUD Á UN MORIBUNDO. — LA PAMPA DE TAXARA. — EN LA QUEBRADA HONDA. — LOS RESTOS PASAN LA FRONTERA DE BOLIVIA.

Al día siguiente amainó la tormenta y por fin se disipó, reapareciendo á nuestro frente la nube plateada, señal de que debíamos seguir viaje. Después de marchar algunas horas sobre el húmedo y esponjado pasto de la pampa, ascendimos á lo largo del río hasta llegar al solitario Tambo de la montaña de Chacayo. Aquí, Mariano, mi sirviente indio y mi guía, que se sentía mal desde que abandonamos á Tarija, cayó gravemente enfermo del corazón y de pulmonía, á causa del frío excesivo y de la rarefacción del aire. Tendido en el suelo de aquella desnuda y desolada choza, como un leño, sin poderse mover, respirando con dificultad y adolorido, me hizo temer mi fiel Mariano que allí tendría que cavarle su sepultura y enterrarlo bajo el suelo de aquel yermo salvaje. El dueño del Tambo, en su ansiedad por mi peón, se apresuró á ir en busca de un indio curandero, que vivía en una cueva de las inmediaciones

no bien habíamos descargado la acémila y depositado en la choza los preciosos restos del Mártir, cuando la tormenta se desencadenó con toda furia, acompañada de rayos y centellas, de horriblos truenos y de verdaderas descargas de granizo, que no tardaron en tender un manto nevado sobre los oscuros cerros de los alrededores. Prestigio, nuestro huésped indio, en su viva fe, atribuía el que hubiéramos escapado tan á tiempo de caer bajo el azote y la piedra de la tormenta á que traíamos con nosotros el cuerpo de Julián, el mártir. “Escapastéis — decía el indígena, — porque el Mártir no quiso mojarse”. Al anoecer, los pobres indios arrieros, que habíamos pasado en el camino en Tucamilla, llegaron con sus mulas cargadas de sacos de maiz, rendidas por el cansancio, y ellos empaquetados hasta los huesos, tambaleándose y maltrechos á causa de los rigores de la tormenta. Los recibimos con bebidas calientes y ropas secas; más no nos fué dado consolarlos por la pérdida de una de sus mejores mulas, que no pudiendo hacer frente á los elementos, había caído muerta en el camino.

CAPÍTULO X

EL MÁRTIR RESTITUYÓ LA SALUD Á UN MORIBUNDO. — LA PAMPA DE TAXARA. — EN LA QUEBRADA HONDA. — LOS RESTOS PASAN LA FRONTERA DE BOLIVIA.

Al día siguiente amainó la tormenta y por fin se disipó, reapareciendo á nuestro frente la nube plateada, señal de que debíamos seguir viaje. Después de marchar algunas horas sobre el húmedo y esponjado pasto de la pampa, ascendimos á lo largo del río hasta llegar al solitario Tambo de la montaña de Chacayo. Aquí, Mariano, mi sirviente indio y mi guía, que se sentía mal desde que abandonamos á Tarija, cayó gravemente enfermo del corazón y de pulmonía, á causa del frío excesivo y de la rarefacción del aire. Tendido en el suelo de aquella desnuda y desolada choza, como un leño, sin poderse mover, respirando con dificultad y adolorido, me hizo temer mi fiel Mariano que allí tendría que cavarle su sepultura y enterrarlo bajo el suelo de aquel yermo salvaje. El dueño del Tambo, en su ansiedad por mi peón, se apresuró á ir en busca de un indio curandero, que vivía en una cueva de las inmediaciones

como un hermitaño, y á quien se suponía dotado de ciencia médica. No tardó en llegar : era un individuo salvaje, desgredado y de pavoroso aspecto, cuya sombra hubiera bastado para espantar á cualquier paciente ordinario y echarlo al otro mundo. Aproximóse del enfermo y tomóle el pulso, con la solemnidad de un sabio, pero no pudo ordenarle ningún tratamiento, pues no traía consigo ningún remedio ni lo había en ese solitario paraje. Optamos finalmente por impetrar el auxilio del Venerable Julián, cuyos restos yacían al lado del moribundo Mariano, quien durmió profundamente esa noche, y, para asombro nuestro, despertó á la mañana siguiente tan completamente restablecido que pudimos continuar nuestro viaje (1).

(1) Algunos amigos míos se han mostrado un tanto "tardos de fe para creer" lo que dejo dicho, y á ellos me permito recordarles el versículo 24 del capítulo xiii del 4.^o Libro de *Los Reyes*, que dice : "Murió Eliseo y lo sepultaron. Y aquel mismo año vinieron los ladroncillos de Moab contra la tierra y unos que estaban enterrando á un hombre vieron á los ladroncillos y echaron el cadáver en el sepulcro de Eliseo y luego que aquél tocó los huesos de Eliseo resucitó el hombre y levantóse sobre sus pies".

¿Les bastará prueba más convincente de la virtud que poseen las reliquias de los santos y de la eficacia de su intercesión en el cielo?

Subimos y bajamos sierras durante algunas horas, hasta que penetramos en una de las mesetas más maravillosas del mundo : la Pampa de Taxara. Esta gran planicie se halla encerrada por grupos irregulares de cerros, algunos de cuyos picos están cubiertos de nieves perpétuas. La monotonía de la interminable llanura era á veces interrumpida por rodeos de hacienda ó por tropas de guanacos, los cuales al divisarnos disparaban como ciervos asustados hacia los cerros vecinos. Pasamos por un lago salado y por dos de agua dulce, que ocupan unas depresiones del llano y prestan cierto encanto al paisaje. Sobre sus límpidas superficies nadaban con gracia numerosos patos salvajes, y varias tribus de aves acuáticas, posadas sobre las peñas que surgen de las aguas, secaban sus alas y tomaban el sol pacíficamente y en plena seguridad, haciendo realmente resonar el aire con sus coros de gritos y de cantos.

Dejamos atrás la Pampa y comenzamos á ascender las Cordilleras, sobre cuya parte más elevada hay un montón de piedras sueltas, arrojadas allí por los indios que por allí viajan y que tienen la supersticiosa creencia de que llevándola una piedra y echándola sobre el referido montón no sufrirán fatiga.

El camino recorre por muchas leguas desfiladeros y quebradas de Cordillera, hasta que da con una senda casi perpendicular, cortada al borde de profundos precipicios, y la cual conduce á una garganta andina, llamada "Quebrada Honda". Aquí, Campero, un indio de la montaña, nos alojó por la noche en una vieja y dilapidada casa, "haciéndonos el agasajo" con maíz tostado, y dando ración de alfalfa á nuestras mulas. Edificóme con su viva fe y su piedad, que la salvaje soledad de los montes parecía haber fortalecido. Me urgía por resposos por sus parientes fallecidos. Durante la noche llovió copiosamente, pero al rayar el día reapareció la nube blanca de plata al frente: ensillamos nuestras mulas y costeamos el río Hondo, hasta un punto donde subimos una montaña escarpada, en la cual algunas majadas de lanudas ovejas se sustentaban comiendo la yerba corta que allí crece, y eran apacentadas por unos indiecitos mal vestidos. Seguimos hacia la izquierda por un agreste desfiladero, entre montañas, cuyo aire estaba perfumado por el delicioso aroma de la menta que hay allí en abundancia; y bajamos por una quebrada áspera y de mucho declive, la cual nos condujo á la vastísima llanura de Tincuya,

La cual, por espacio de unas diez leguas se halla cubierta de unos arbustos llamados Tola (1), que son muy resinosos y sirven á los indígenas como leña para hacer fuego. En medio de este bosque de Tola se levantan aquí y acullá árboles que son una especie de *cactus*, llamados cardones ó tunales silvestres, que no producen fruto y son muy espinosos y de escaso provecho; no obstante, su madera que es porosa, es usada en estado seco para soporte de las techumbres de las chozas; crecen hasta los 20 pies, y, á la distancia, parecen centinelas vigilando las tropas de llamas que vagan por este inmenso desierto. Las llamas son los animales favoritos del boliviano, quien las emplea como bestias de carga y á quien también proporcionan alimento. La gordura que se les saca es considerada exquisita.

Paramos en Salitre, triste punto donde sólo hay una oficina aduanera, que señala el límite del territorio Boliviano. Los em-

(1) *Tola* ó *Ccanilla* son los nombres indígenas con que se designan esta planta en diversas regiones de Bolivia. Su designación botánica, según el señor Carlos Thays, es *Dolichogyne lepidophylla* (Wedd.), y según Clements R. Markham (*Contributions towards a Grammar and Dictionary of Quichua*), *Baccharis Incarum* (Wedd.).

pleados de aduana miraron mi petaca con sospecha; pero, al leer el documento oficial que certificara su contenido, le pusieron esta nota: "cumplido y pase á su destino". Están siempre alertas para sorprender los contrabandos, que son muy comunes, sobre todo cuando hace mal tiempo; que los indígenas gracias á su conocimiento de los pasos cordilleranos, aprovechan para evadir con mayor facilidad la vigilancia de las autoridades fiscales.

CAPÍTULO XI

UN INCIDENTE DE LA VIDA DEL MÁRTIR EN YAVI. — EL PANTANO. — LA CIUDAD-JUGUETE. — FUENTE MILAGROSA. — UN DESCENDIENTE DEL INCA ALOJA LOS RESTOS DEL MÁRTIR.

La primera ciudad argentina á que llegamos fué la de Yavi, donde fui hospitalariamente recibido por doña María Aprecio, prima de mi amigo de otros tiempos, don Gregorio Pacheco, ex-Presidente de Bolivia. Lo único que interesa en Yavi, es la antigua Iglesia parroquial en razón de su belleza artística y de su riqueza interior, y también por relacionarse con un incidente de la vida del bendito Mártir.

Su biógrafo, el Padre Lozano, refiere que cuando el Padre Julián fué á Yavi, que entonces era una estancia perteneciente al Marqués del Valle de Tojo, el Provincial con quien viajaba cayó enfermo en casa de dicho magnate, y, en consecuencia, se vieron detenidos por diez días, que parecieron diez años á Julián, tal era su impaciencia por penetrar en la Sierra de su martirio. En efecto, tanta fué su contrariedad á causa de esta demora, que su biógrafo dice que parecía haber perdido algo de esa serenidad y alegría que le eran características. Pasó esos días, salvo las horas de comer y de descansar, de rodillas ante el Santísimo Sacramento, encomendando á Su Divina Majestad con gran fervor la conversión de los indios Chiriguano, — hecho que por obediencia tuvo que confesar, por cuanto un día el Provincial le preguntó, en presencia del Marqués del Valle, qué hacía tanto tiempo en la Iglesia. Con su natural ingenuidad replicó que estaba negociando el buen resultado de su próxima misión. Grande fué su alegría cuando el Provincial recobró su salud, cosa que fué atribuída más á sus oraciones que á las medicinas que tomaba (1).

(1) Véase en su *Vida*, capítulo xv.

La Iglesia fué construída hará 300 años por el Marqués de Campero. El bajo relieve tras del Altar Mayor, el Sagrario, el Púlpito, los ornamentos ricamente bordados, la Custodia de oro guarnecida de piedras preciosas, son todas exquisitas obras de arte. Reunido el oro que las adorna y puesto en la balanza, dicen que pesaría más de una arroba. La peculiaridad de esta Iglesia es que sus largas ventanas en lugar de cristales tienen piedras transparentes.

Después de hacer algún trabajo de misionero en Yavi, volvimos á emprender viaje, cabalgando por las faldas de los cerros hasta que descendimos á la árida Pampa de Barrios, donde tuvimos que atravesar un pantano de una legua de extensión, formado por los torrentes que se desprenden de las sierras adyacentes, cuyas aguas, no encontrando salida, se depositan en el bajo de la altiplanicie, y allí quedan para embarazo de los viajeros, hasta que el calor solar las evapora y los terrenos quedan secos. A mediodía descansamos sobre la orilla de un lago, recogimos Tola, hicimos fuego y nos fortalecimos con una frugal comida. En seguida ascendimos un cordón de cerros y llegamos á Cangrejo, donde nos proporcionó aloja-

miento Doroteo Flores, el Cacique de la comarca, lindo tipo de jefe indio. Cuando nos apeamos ya obscurecía; toda su familia estaba sentada alrededor de una gran fogata, descansando de las labores del día y calentándose á la lumbre, mientras vigilaba el caldero hirviente que contenía la sencilla cena. En cuanto vieron quién venía, se me acercaron, pidiéronme la bendición y responsos por sus difuntos.

Al rayar el alba partimos con nuestro precioso tesoro: teníamos por delante una larga y pesada jornada. Cruzando el río Cangrejo, marchamos al través de un desierto cansador, donde las tormentas son de tal violencia, que, hacia poco, un indio arriero con su tropa de ocho mulas había sido herido de muerte por un rayo. Horas de fatigoso ascenso nos costó el llegar á la Puna Brava, región elevada é inhabitable, que está á 12.000 pies sobre el nivel del mar y que la llaman Abra de las Cordilleras. Allí no se ve un cóndor, ni una hoja de pasto, ni siquiera una lagartija que atravesase la senda. Llamónos la atención un curioso espectáculo: la más alta y más solitaria de las tres áridas montañas que recorrimos se halla cubierta de pequeñas casuchas del tamaño justamente necesario como para ser habitadas por disminu-

tas lauchas. Estas casillas consisten en unas cuantas piedras chatas colocadas de cualquier modo, sin argamasa, como por manos de niños. En vano indagué de los indígenas: no pudieron darme una explicación satisfactoria de esta ciudad-juguete. Algunos sostienen que data de los tiempos paganos de los Incas, y que fué erigida en memoria de los espíritus de los muertos. Empero, poca ó ninguna luz pudieron arrojar sobre el origen de tan extrañas y disparatadas construcciones.

Hacia la tarde salimos de esta región siberiana y bajando ya por vertientes inhabitables y de precipitado declive, ya por quebradas, nos encontramos por fin ante un oasis, enclavado en medio de las montañas llamadas del Ojo de Agua. Aquí fué donde San Francisco Solano reprodujo el milagro de Moisés, pues según las tradiciones abrió la roca é hizo brotar un fresco manantial cuyas aguas fluyen hasta la fecha, para apagar la sed de los viajeros y fertilizar las tierras cercanas. Se hace alusión á ésta y á otras fuentes milagrosas de Solano en las lecciones que se leen en el Breviario en la octava de su fiesta. "*Solani precibus a terra arida fontes excitati quæ sunt adhuc perennes et salutare.*"

El dueño de este santificado lugar es

don Marcos Inca, quien pretende descender de los Incas del Perú. Sus bien cortadas facciones, su cabello largo y negro y sus modales refinados, bajo una capa de aspereza exterior, revelan sin duda al hombre de raza noble. Vive allí tan feliz como San Juan en el desierto, cuidando su rebaño de ovejas y cultivando maíz y alfalfa en manchones de tierra de regadío. En medio de su soledad y de su pobreza es más dichoso que sus regios antepasados; porque no posee riquezas terrenales, mas sí riquezas que no pasan: la riqueza de la fe cristiana. Con marcada reverencia recibió en su rancho el cuerpo del Mártir y con ahinco me pidió resposos por sus deudos, señal de tener viva fe en el orden sobrenatural de las cosas. La choza en que dormimos, tornando nuestras monturas en camas, estaba techada de paja y al través de esta goteó la lluvia durante la noche entera.

CAPÍTULO XII

EL GROTESCO SALÓN ESCOLAR. — EL MÁRTIR
 NOS PROTEJE EN UNA TERRIBLE TORMENTA.
 — LA NUBE BLANCA.

Al amanecer paró el aguacero y volvimos á ver la nube plateada en el horizonte. Anduvimos unas doce leguas por una agreste quebrada, lecho del río Humahuaca, cuyos rugientes y furiosos torrentes tuvimos que vadear con frecuencia, á riesgo de que nos arrebataran sus hondas y rápidas corrientes. Al ensancharse la quebrada, pasamos entre chacras ricas en maíz y pastos. La primera aldea que vimos fué la de La Cueva, donde existe una gran caverna excavada por la acción de la naturaleza, caverna que constituye el grotesco salón escolar del villorrio. Las puertas de la linda y vieja Iglesia parroquial estaban cerradas, y, por desgracia, así permanecen todo el año, hasta el día en que el Sacerdote de Humahuaca viene á celebrar la fiesta de la Patrona, la Candelaria.

Descansamos un rato en Negra Muerta, y, después de algunas horas de marcha, vimos que la noche que invariablemente

surgía á nuestro frente, desaparecía como un ángel. La obscuridad nos invadía; oímos rugir el trueno, y, á poco andar, estalló la tempestad sobre nuestras cabezas. Los relámpagos y las centellas cuyo fulgor nos encandilaba, el ruido de los truenos, que sonaban á manera de cañoneo de ejércitos, las descargas de granizo que caía como balas desde lo alto, blanqueando las sierras á nuestro rededor, eran un espectáculo que sólo se contempla desde el monte Sinaí y en estas regiones Andinas. Érase aquello el tiempo en que “entrará la fiera en su escondite, y en su cueva morará” (1). Mi primer impulso fué buscar, como los animales, donde guarecerme en algún rancho cercano; pero mi fiel guía me gritó: “No tenga miedo, sigamos, el santo Mártir está con nosotros”. Confiando, pues, en la protección del compañero Mártir, empujamos hacia adelante, como quien se lanza á la boca de un cañón; arrostrábamos la terrible tempestad, cuando de repente los densos nubarrones se dividieron en dos, inclinándose los más hacia la derecha, y los otros hacia la izquierda, quedando el camino claro y libre delante de nosotros y volviendo á reapa-

(1) Job, 37, 8.

recer la nube blanca y plateada. Tuvimos que cruzar y recruzar varias veces el gran río que casi no daba paso á causa de las recientes lluvias torrenciales, y por fin penetramos salvos y enjutos en la villa de Humahuaca, con asombro de nuestros amigos, que atribuyeron hubiéramos escapado á la furia de la tormenta merced á los ruegos del bendito Julián, que sin duda se compadeció de nosotros, como que tambien él habia experimentado en 1729 iguales tormentas durante su viaje al dirigirse á la tierra de su glorioso martirio. Debo advertir que viajábamos en la estación de las tempestades y que nubes cargadas de agua eran arrastradas por el viento y descargaban chaparrones á nuestro rededor; pero gracias, sin duda, al tesoro que llevábamos, las lluvias nos respetaron, y nos hallábamos seguros y en seco como en el Arca de Noé.

Humahuaca es la ciudad principal al norte de Jujuy. La Iglesia parroquial, en la que prediqué esa tarde, es una antigua construcción española. Las paredes interiores están cubiertas de antiguas pinturas, que representan la vida de nuestro Señor.

Al día siguiente recorrimos la quebrada del Río Grande, también llamada de San Francisco, cuyas aguas se hacian á cada

instante más difíciles de vadear, á causa de los torrentes tributarios que henchian su curso. Atravesamos varias aldeas de indios: San Roque, Quecalera y Usquia. Usquia se lleva la palma por lo pintoresca y lo feraz, pues riega su suelo el Río San Francisco haciéndolo muy productivo. En el centro de la aldea se alza la vieja Iglesia parroquial, que estuvo en una época á cargo de los hijos de Loyola. No queda ni vestigio de ellos, á no ser una estatua de su Fundador y un frente de altar artísticamente tallado, que han resistido los estragos del tiempo.

A mediodía estábamos en la Angostura, punto en el cual muchos arroyos, dispersos afluentes del Río Grande, convergen y se precipitan loca y estruendosamente por un angosto desfiladero de la sierra. El río se hace aquí tan hondo y correntoso, que, á menudo, los viajeros se ven forzados á esperar días antes de aventurarse á pasarlo. Lo cruzamos sin embargo con seguridad. Siguiendo el curso de este río, atravesamos una verdadera selva de cactus. Luego perdimos el camino á causa de los cambios que se operan en el lecho del río; mrs pronto recobramos ánimo el divisar la torre de la Iglesia de Tilcara, á cuya aldea llegamos al caer la tarde.

El Cura español recibió con señalada devoción los restos de su martirizado compatriota. Había sido mi intención partir al día siguiente: pero al amanecer me despertó mi peón con la ingrata nueva de que las mulas habían mordido y cortado el fiento que aseguraba la tranquera del corral, y disparado durante la noche hacia su querencia. Fué aquello quizá una circunstancia providencial, porque pude así ayudar al Cura á predicar, confesar y hacer algunos trabajos de misión. Puesto ya el sol consiguieron agarrar las mulas en las Tres Cruces y traerlas.

CAPÍTULO XIII

UN SACERDOTE PRECIPITADO AL ABISMO. — LA CUEVA DEL LEÓN. — SORICH ALOJA LOS RESTOS DEL MÁRTIR. — EL PASO DEL VOLCÁN. — LOS MONTES SALTARON DE GOZO. — LA PROTECCIÓN DEL MÁRTIR. — LLEGADA Á JUJUY. — ACCIÓN DE GRACIAS AL MÁRTIR. — SUS RESTOS SON DEPOSITADOS EN EL COLEGIO DEL SALVADOR EN BUENOS AIRES.

Para recuperar el tiempo perdido, nos pusimos en camino á la medianoche, á la luz de la luna. Al pasar por San Vicente,

— un grupo de chozas, — se nos vinieron en pos, ladrando, todos los perros de la aldea. Sin duda nos tomaron por bandidos en busca de botín, porque, salvo algún Sacerdote que acude al lecho de algún moribundo, nadie se atreve de noche, en la estación lluviosa, á recorrer las márgenes de aquel traicionero y tortuoso río. Hace algún tiempo, un Padre, que regresaba de una visita de enfermos, ignorando que el Río Grande hubiera cambiado su curso, siguió la acostumbrada senda de mula y fué precipitado al abismo. En el lugar del desastre se ha erigido un sencillo monumento á la memoria de ese abnegado apóstol.

Antes de salir el sol llegamos al Puerto de Pumamarca, donde visité á la señora de Sorich para obtener la llave de la Iglesia. En seguida, dejando á un costado el río San Francisco, marchamos media legua por una garganta de la montaña, por la cual se lanza sonoro y espumante, entre peñas y guijarros, un bullicioso torrente, hasta que llegamos á la pintoresca aldea, rodeada por cerros, y á la cual con toda propiedad se la denomina Pumamarca, es decir, "La cueva del León". Los cerros que cercan la aldea tienen un color cobrizo de variados matices, y se dice ha-

El Cura español recibió con señalada devoción los restos de su martirizado compatriota. Había sido mi intención partir al día siguiente: pero al amanecer me despertó mi peón con la ingrata nueva de que las mulas habían mordido y cortado el fiento que aseguraba la tranquera del corral, y disparado durante la noche hacia su querencia. Fué aquello quizá una circunstancia providencial, porque pude así ayudar al Cura á predicar, confesar y hacer algunos trabajos de misión. Puesto ya el sol consiguieron agarrar las mulas en las Tres Cruces y traerlas.

CAPÍTULO XIII

UN SACERDOTE PRECIPITADO AL ABISMO. — LA CUEVA DEL LEÓN. — SORICH ALOJA LOS RESTOS DEL MÁRTIR. — EL PASO DEL VOLCÁN. — LOS MONTES SALTARON DE GOZO. — LA PROTECCIÓN DEL MÁRTIR. — LLEGADA Á JUJUY. — ACCIÓN DE GRACIAS AL MÁRTIR. — SUS RESTOS SON DEPOSITADOS EN EL COLEGIO DEL SALVADOR EN BUENOS AIRES.

Para recuperar el tiempo perdido, nos pusimos en camino á la medianoche, á la luz de la luna. Al pasar por San Vicente,

— un grupo de chozas, — se nos vinieron en pos, ladrando, todos los perros de la aldea. Sin duda nos tomaron por bandidos en busca de botín, porque, salvo algún Sacerdote que acude al lecho de algún moribundo, nadie se atreve de noche, en la estación lluviosa, á recorrer las márgenes de aquel traicionero y tortuoso río. Hace algún tiempo, un Padre, que regresaba de una visita de enfermos, ignorando que el Río Grande hubiera cambiado su curso, siguió la acostumbrada senda de mula y fué precipitado al abismo. En el lugar del desastre se ha erigido un sencillo monumento á la memoria de ese abnegado apóstol.

Antes de salir el sol llegamos al Puerto de Pumamarca, donde visité á la señora de Sorich para obtener la llave de la Iglesia. En seguida, dejando á un costado el río San Francisco, marchamos media legua por una garganta de la montaña, por la cual se lanza sonoro y espumante, entre peñas y guijarros, un bullicioso torrente, hasta que llegamos á la pintoresca aldea, rodeada por cerros, y á la cual con toda propiedad se la denomina Pumamarca, es decir, "La cueva del León". Los cerros que cercan la aldea tienen un color cobrizo de variados matices, y se dice ha-

ber en ellos gran riqueza mineral. Después de celebrar la santa Misa, regresé al Puerto y devolví la llave de la desierta Iglesia á la señora de Sorich, quien tuvo la bondad de darnos de almorzar. La señora Ana Neil de Sorich es una católica norteamericana, que goza de fama por su generosa hospitalidad. Su esposo, que era altamente respetado en el país, murió hace poco, dejando seis hijos y una herencia de 80 leguas de campo. Después del desayuno seguimos hasta Tumbaya, donde hay otro manantial Solano.

Pasando Guayra, llegamos de noche al Tambo del Volcán. Allí pernoctamos en una gran ramada, cuyo suelo me pareció estar cubierto de trozos de madera, los cuales, inspeccionados de cerca, resultaron ser arrieros cansados, que, envueltos en sus ponchos, dormían profundamente.

Nos levantamos muy temprano, y nos encaminamos hacia el paso más peligroso del camino, mal denominado el "Paso del Volcán", porque no hay Vesuvio alguno en las inmediaciones, ni montes ardientes, ni son los cerros y lomas de ese paraje los *montes æterni* de la Escritura, por cuanto se componen, no de roca sempiterna, sino de tierra suelta, cascajo y

piedras. En invierno las nevazones y las heladas los resqueiebran, los grietan y les abren hendiduras por las cuales se filtran las aguas de los deshielos, penetrando hasta su base. El resultado es que, cuando vienen los recios y continuos aguaceros, aquellos cerros parecen disgregarse, disolverse, derretirse como cera, y los furiosos torrentes de las sierras arrastran centenares de miles de toneladas de barro, que depositan en el valle, no habiendo ningún gran río que pudiera descargarlo en el océano. Estos imponentes fenómenos de la denudación y de la erosión, son análogos á los que se producen en la región del Illimani y del río La Paz. Cúmplense así literalmente las palabras del Salmista: " Los montes como cera se deritieron á la vista del señor (1); los montes saltaron de gozo como corderos, y los collados como corderos de ovejas (2)". Cada año los aluviones barren y arrojan al valle enormes masas de fango, arena y piedras, que forman nuevos estratos y lo rellenan convirtiéndolo en meseta, realizándose así lo profetizado por el Profeta Isaías: " Todo valle será alzado, y

(1) Ps. 96. 5.

(2) Ps. 113. 14.

todo monte y collado será abatido" (1).

Cuando esas moles formidables, que descienden en estado casi líquido, se hallan recientemente depositadas en el valle, fórmase algo como un vasto tremedal.

El día antes de nuestra llegada, un famoso toro, perteneciente al dueño del Tambo, se escapó del corral, y, lanzándose en dirección á esos terrenos cenagosos, se hundió en ellos y no se le vió más. La mañana que atravesamos tan peligroso trayecto, cuya extensión es de media milla, nuestras mulas bufaban y temblaban de miedo, porque el piso apenas tenía la consistencia requerida para sostenerlas; pero, gracias al rebenque, á la espuela y á la protección del bendito Julián, cruzamos ese pantanoso Rubicón, y pudimos continuar nuestra marcha quebrada abajo. Los cerros de los alrededores empezaban á desplegar más vida y á presentar un aspecto arborescente. Pronto nos introdujimos en las selvas de quebracho, de cuya madera se envían anualmente millares de toneladas á los ingenios de azúcar, que la emplean como combustible, y son también transformados en durmientes para ferrocarriles, que los emplean con preferencia

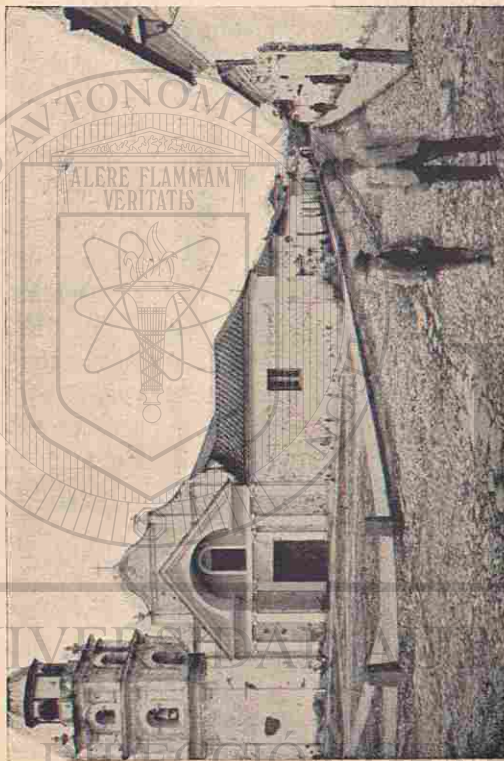
(1) Ps. 40. 4.

á cualquier otra madera. Me informaron que el quebracho colorado es preferido al blanco, porque es casi tan pesado y tan duro como el hierro; y dicen que sólo tiene un 30 por ciento menos de poder calorífico que la hulla. Pasamos por Los Sauces y por Yala, donde hay algunas tierras cultivadas y varias fuentes de aguas minerales. Yala está bellamente situada sobre las márgenes del río, entre arboledas. Allí se encuentra la estancia de San Pablo, propiedad del señor Obispo de Tucumán, doctor Padilla, quien á la sazón veraneaba en ella, y bondadosamente nos alojó esa noche en su casa. Cerca de las poblaciones del establecimiento está la Iglesia de San Pablo, construída por el Obispo cuando era simple sacerdote.

Á tres leguas de Yala, nos internamos en el pintoresco valle de Jujuy. Detuvimos en el Convento Franciscano, donde los Padres nos acompañaron á dar gracias al Venerable Julián por habernos tan manifiestamente protegido en los peligros á que están expuestos los que viajan en la estación de las lluvias por esas desiertas regiones.

Aquí tuve que despedirme de mi fiel guía y de sus excelentes mulas, pues el resto del viaje había que hacerlo siguiendo

la prosaica rutina de los trenes de ferro-



La Iglesia y el Colegio de los Padres franciscanos de Propaganda Fide en Jujuy

carril. Permanecí algunos días en Tucumán, ciudad en que el Padre Lizardi recibió las sagradas órdenes (1), y donde sus restos

(1) Véase su *Vida*, capítulo v.

fueron reverentemente recibidos por los



Llegada á Jujuy con los restos del V. P. Lizardi, conducidos por Mariano

Padres Franciscanos, y cuyos habitantes se agolparon en masa á rendir homenaje al ilustre Mártir que los visitara.

Al llegar á Buenos Aires, la petaca que contiene los preciosos restos del Venera-



Colegio del Salvador en Buenos Aires, donde se hallan depositados los restos del Mártir

ble Julián de Lizardi, fué confiada á los Padres Jesuitas, depositándola en su Colegio del Salvador, y allí continúa todavía,

en tránsito para llevarlos á España, al seno de su patria, de donde salió para regar con su sangre el suelo de América en honor de Jesucristo, que es el Eterno Inspirador de los grandes heroísmos y de los nobles sacrificios.

CAPÍTULO XIV

CALUMNIAS QUE PUDIERAN INDIRECTAMENTE AFECTAR AL MÁRTIR. — REFUTACIÓN DE ELLAS POR EL PADRE HERNÁNDEZ. — JUICIO DE DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO, SOBRE LAS ANTIGUAS MISIONES JESUÍTICAS DEL PARAGUAY, Y SUBSIGUIENTE DEFENSA DE ELLAS.

Este último capítulo será apologético y prólogo, por decir así, de la vida del Venerable Julián de Lizardi.

Como es sabido ya, antes de dirigirse éste á Bolivia en seguimiento de la palma de los mártires, colaboró con igual celo apostólico que San Francisco Javier en las famosas misiones jesuíticas del Paraguay (1). Esta colaboración lo hace parti-

(1) Véase capítulos VIII y XI de la *Vida del Venerable Lizardi*.

cipe de las calumnias acumuladas contra los antiguos Padres Jesuitas del Paraguay por aquello de que lo que se afirma de todos, se afirma de cada uno.

Calumnias que hace muy pocos años fueron nuevamente reiteradas bajo la forma de un Prólogo que figura al frente de una reciente edición madrileña de la excelente obra del Padre Techo que lleva el título de *Historia Provinciae Paraquariae Societatis Jesu*, y del cual es autor un joven de más talento que conciencia, que conocí personalmente en la Asunción hace poco tiempo (1), donde se había constituido en *advocatus diaboli* de tan injusta causa.

Todas las calumnias que sirvieron de fundamento para la expulsión de los Padres Jesuitas, este autor las reproduce, particularizándose en estigmatizar á tan valientes apóstoles de la Buena Nueva con el tan repugnante vicio de la avaricia, que tan enérgicamente condena el Eclesiástico (2), al decir que "no hay cosa más detestable que el avaro", y al que San Pablo califica como "raíz de todos los ma-

(1) Este desgraciado joven, que se llamaba don Blas Garay, falleció poco tiempo há de un modo trágico.

(2) Eclesiástico, 10, 9.

les" (1). No otra cosa quiere decir ese joven autor al achacar á los misioneros jesuíticos, sin excepción alguna, que se habían dedicado á los negocios cual vulgares comerciantes, haciéndolos aparecer no como á miembros de la Compañía de Jesús sino como á una compañía de mercaderes.

En su afán de formular cargos contra tan beneméritos obreros de la Religión, ¿qué imputación no les ha lanzado? No eran solamente mercaderes, sino que también, para hacer resaltar la sordidez de ellos, era menester que ocultaran en las entrañas de la tierra las considerables cantidades de dinero que cual "lobos robadores" arrancaban á los pobres indios guaraníes, á los que en pago trataban con "brutal crueldad". Pero esto no era suficiente, y he aquí que los tilda de conspiradores contra la autoridad de la madre patria con miras de independizar el Paraguay, á cuyo efecto excitaban á los indios á rebelarse.

Esas tiradas de su pluma, que á guisa de "espada afilada" enristra contra la Compañía de Jesús, son tan improcedentes cual las "flechas de pequeñuelos" del

(1) 1, Timoteo, 6, 10.

Psalmista (1), y por tanto, más que refutarlas merecerían una paternal azotaina. Pero el sabio y prudente Padre Pablo Hernández no ha pensado así, puesto que en vez de emplear la fusta ha considerado más prudente oponer á tan infames como cobardes ataques el sinnúmero de buenas razones que encierra su notable introducción á la *Obra inédita del Padre José Cardiel S. J., Declaración de la verdad* (2).

En esta "Introducción", que titula *Los enemigos de la historia*, el Padre Hernández demuestra, uno por uno, la inconsistencia de los cargos formulados por el joven Blas Garay, que no reconocía más fundamento que su odio satánico contra todo lo que fuera de la Compañía de Jesús.

Esta refutación del Padre Hernández ha venido muy oportunamente, pues desbarata una vez por todas la red de sofismas con que quiso envolver y comprometer el carácter intachable entre otros, del Padre Lizardi, allanando así el camino para iniciar la Beatificación de éste.

No obstante lo irrefutable é ilevantable de la defensa hecha por el Padre Hernández, con datos de indiscutible autenticidad

(1) Ps. 63,9.

(2) Editada en Buenos Aires en 1901.

histórica, y á fin de alejar la más mínima duda que pudieran haber dejado las inícuas inculpaciones de Blas Garay contra la Compañía de Jesús, no puedo sustraerme al deseo de citar á un autor cuya imparcialidad nadie pondrá en duda, dado su carácter, y cuya obra cayó por casualidad en mis manos, cuando estuve en el Paraguay.

Se titula dicha obra *Episodios de la vida privada, política y social en la República del Paraguay*, y es su autor don Ildefonso Antonio Bermejo, quien visitó el Paraguay en el año 1855 con el fin de efectuar estudios científicos. Revela en ella su indiscutible amor á la libertad, al juzgar la política del doctor Francia, al que clasifica de "tigre voluntariamente enjaulado en la propia tierra de que fué señor absoluto"; pero con todo, Bermejo fué muy amigo y de confianza del Presidente Carlos Antonio López, de manera que éste le prestó todo su apoyo para el mejor logro de sus investigaciones y estudios sobre las costumbres locales.

En ese instructivo y á la vez ameno libro, el señor Bermejo hace una digresión histórica en lo concerniente á las antiguas misiones jesuíticas del Paraguay, fruto de profundos estudios, pesquisas históricas

y viajes á las antiguas reducciones, hechos sin prevención de ningún género.

Al leer las impresiones de este autor, nadie, á no ser "el áspid sordo que tapa sus orejas", que tenga oídos para oír la verdad dejará de convencerse de la mala fe y falsedad de las invectivas lanzadas contra los Padres Jesuitas de las antiguas misiones del Paraguay: obras maravillosas de fe, de abnegación y ardiente celo por las almas.

Cedemos, pues, la palabra al referido autor Bermejo (1):

Los mejores edificios que existen en la Asunción, así como en todo el Paraguay, pertenecen á la época de los Jesuitas, y algunos que se ven en las Provincias por su grandeza y suntuosidad podrían figurar bien, no solamente en aquella capital, sino en cualquiera de América ó Europa. He de citar aquí dos, y será el primero el Templo y la misión de Jesús, que los Padres dejaron incompleta en el momento de su expulsión. La magnificencia de este edificio revela en el pensamiento de sus fundadores la grandeza que cautiva y embelena la imaginación de las almas contemplativas y generosas. Los que miran aquella majestuosa sucesión de pórticos, patios y columnas; los que admiran aquellos soberbios muros que retan des-

(1) Páginas 62 á 68 de sus *Episodios*, etc.

nudos y en pie las tormentas y los aluviones, y los que no paran de elogiar el primor y la maestría de las bóvedas y de los arcos que los sostienen, no ven simplemente lo material del edificio, ni admiran su armonía con las reglas del arte que lo dirigen, conducen su pensamiento hasta penetrar en el de sus autores y en el gran libro que le abren tanta diligencia empleada, tantos materiales acopiados y tantos estudios hechos con tanta meditacion para llevar á cima aquella obra, descubren indubitablemente el plan que se propusieron. Una gran poblacion, que aumentando cada día se agolpaba alrededor de la misión; una gran población, vuelvo á decir, que pedía á sus directores con el pan cotidiano la educacion y el trabajo; una gran sociedad fundada sobre cimientos cristianos y gobernada también por los principios cristianos; una sociedad, al cabo, en cuyo corazón ardía viva é inflamada la fe, me demuestra sin tropiezos ni vacilaciones cuál debía de ser el fin que se propusieron los Jesuitas al echar los cimientos de obras tan sublimes y agigantadas, y tan sorprendentes como la de Jesús.

Al lado de éste se me antoja poner el Templo y la misión de Santa Rosa, que, infinitamente inferior al de Jesús, se le alza por su grandeza y por sus ornamentos á todos los demás que se hallan en el Paraguay. El que haya visitado estos edificios y observado la solidez de su arquitectura, la belleza de su forma, la elegancia de sus adornos y la unidad admirable de su plan, y se vaya luego á los tiempos en que se fabricaron, recono-

cerá como muy adelantados en las artes á los hombres que los ejecutaron. Hoy, después que ha fenecido casi un siglo, cuando las artes han volado á la mayor maravilla, y cuando los adelantamientos en la mecánica, en la arquitectura y en la maquinaria permiten que se construyan obras que en un siglo atrás se hubiesen juzgado imposibles, en el Paraguay no se ha encontrado quien pudiera dirigir la construcción de un Templo sencillo. Y un siglo atrás había allí arquitectos tan diestros y habilidosos que ejecutaban obras como las de Jesús y Santa Rosa. Cuando el entendimiento reflexiona sobre verdades como éstas, conoce claramente ese choque continuado á que está sometida la especie humana en todos los países y bajo todos los climas de la tierra. Algunos hombres, empeñados en hacer el bien, empujan á los demás y aun á pesar suyo muchas veces, los obligan á marchar adelante en la moral, en las artes y en todo cuanto contribuye á su ventura; al paso que otros condenando la conducta noble y generosa de aquellos, trabajan por enclavar la barbarie sobre la civilización, y persiguiendo á los verdaderos bienhechores del género humano, desean que desaparezcan las más bellas obras que éstos legaron á la tierra. Contemplando los suntuosos restos del Jesús se comprende aquella verdad en toda su extensión. Sobre los muros han crecido árboles que los arruinan; las bóvedas rotas soportan infinitos arbustos; el pavimento destinado á servir de Templo á la Divinidad se ha transformado en espesa selva, y todo el trabajo de años dilatados ha perecido.

Los enemigos de la Compañía, que no pueden negar los servicios que á la religión y á la sociedad prestaron los Jesuitas del Paraguay, forjaron contra ellos grandes calumnias para despojarlos de la protección de los soberanos y del amor de los pueblos. Los Jesuitas que convirtieron aquella región no eran, según ellos, más que especuladores que se enriquecían con la substancia de los pueblos; no gobernaban á estos con leyes sancionadas por algún poder legítimo, sino que los tiranizaban á su antojo; predicaron algunas veces la rebelión y fueron sorprendidos alguna vez capitaneando rebeldes y con las armas en sus manos. Así hablan los que no consultaron ni leyeron la historia de la época que dice relación con aquellos hechos. Yo, que los he conocido en las fuentes más verídicas é imparciales, me hallo lejos de apoyarlos, y antes bien vivo convencido de que el triunfo de los calumniadores de los Jesuitas del Paraguay, que trabajaron por su extinción, causó la ruina moral y el completo retroceso de este país, digno de suerte más afortunada.

Entre las calumnias que forjaron contra los Jesuitas sus enemigos, una fué que trabajaban por emancipar al Paraguay, coronando un rey nacional tomado de la familia indígena que gobernaba las tribus al tiempo de la llegada de los españoles. En el suntuoso Templo de Jesús veían estos el palacio real; en los naturales organizados en milicia activa por cédula del rey de España, la fuerza que debía sostenerlos, y en los Padres de la Compañía los consejeros y ministros de la monarquía. La fábula del proyecto de constituir con el Para-

guay y con las misiones de Corrientes una monarquía, fué una de las imposturas que urdieron Pombal y el Conde Aranda para influir en el ánimo de monarcas débiles y arrastrarlos á obrar segun sus intenciones. Sólo en estos antecedentes deberé buscar el origen de aquellas invenciones.

Cuando se trata de conocer hasta qué punto son felices los pueblos, no solamente ha menester observar su situación presente y los elementos que se adunan para hacer esta más ó menos feliz, sino compararlos con otras que atravesaron esos mismos pueblos durante su vida social. Algunos han creído un hermoso episodio lo que se ha escrito sobre el gobierno de las misiones del Paraguay, que durante casi dos siglos estuvo administrado por los Padres de la Compañía.

Tan bella y unida se observó allí la causa cristiana, que sorprendia ser una sociedad formada, no ya de muchos individuos, sino de muchas familias y aun de muchos pueblos, que marchaban de una manera tan perfecta. Sólo al Cristianismo está reservado este poder, y yo pregunto: ¿Fué más feliz el Paraguay sometido al régimen de los Jesuitas, ó lo ha sido después, cuando proclamada su independencia se ha gobernado por leyes y mandatarios instituídos por él mismo? Vamos á verlo: los hechos lo dirán; yo referiré lo que he observado, la respuesta la deducirán mis lectores.

La expulsión de los Jesuitas fué el principio de una serie de calamidades, de contratiempos y de ruina para el Paraguay. Los que nada buscaban persiguiendo á los Jesuitas fuera de sus propios intereses, no lograron su objeto, porque

sus tesoros, que suponían acopiados en las arcas de los misioneros, no existían sino en ciertas imaginaciones exaltadas al mismo tiempo que crédulas. Los que veían para sus granjerías nuevas regiones que habían de darles ganancias maravillosas, se ahogaron en su propias esperanzas por el carácter de los indigenas que los obligó á alejarse de los pueblos y renunciar al trabajo y al comercio, cuando les faltó el evangélico estímulo de sus misioneros, y los hombres de la administración, en fin, que pensaron en sus criaturas, luego que hubo un país más que gobernar y nuevos empleos de que disponer en él, nada encontraron cuando llegó el tiempo de tomar razón de esos pueblos, antes tan ricos y florecientes. El territorio de Misiones tardó poco espacio en tornar á la barbarie después que fueron expulsados los que le habían enseñado la fe y la civilización.

La política pedía que el lugar que dejaban los Jesuitas se ocupara inmediatamente, y esta fué también la intención del Rey de España cuando los echó del Paraguay. Mas era compromiso árduo y apretado llenar aquellos sitios con hombres dignos de sustituir á los que los habían ocupado. No quiero tocar pormenores que puedan herir á gobiernos y corporaciones que estoy en obligación de respetar, y mucho más cuando lo que podía decir, con grande elocuencia lo explica el hecho que presenciarnos de las misiones abandonadas y á sus fieles en entera dispersión. Los campos de donde antes se exportaban grandes cantidades de tabaco y yerba mate, hoy están incultos y no dan, ni al gobierno ni á los especu-

ladores, más ventajas que las que ofrecerles pueden los valles y las selvas del Gran Chaco. De este modo la Providencia da á los soberanos y á los pueblos lecciones que les enseñan á no poder destruir las obras que Ella inicia y desenvuelve, sin prepararse para poder soportar las consecuencias de su proyecto temerario.

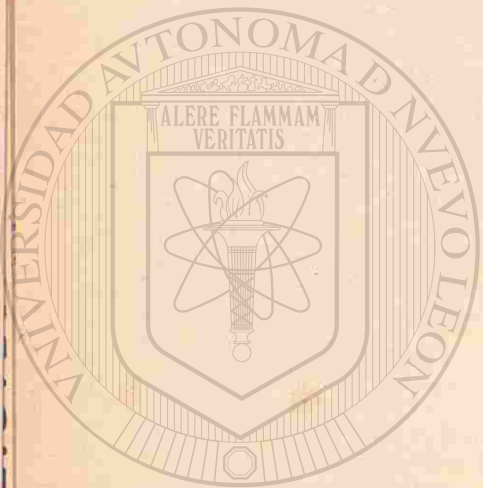
Grandes fueron los esfuerzos del rey para sostener las misiones y los pueblos fundados por los Jesuitas en el Paraguay, y bien claramente lo demuestra una serie de reales cédulas comunicada á los Capitanes generales del Plata, de Buenos Aires, al Obispo de la Asunción y al Gobernador de aquella misma Provincia. En ella se dan las órdenes más terminantes para proveer á las misiones de párrocos, para nombrar corregidores celosos y "capaces de llevar adelante los trabajos que existían por concluir", para atender al mantenimiento de las escuelas establecidas y para no omitir medio que contribuyese á dar vida á los establecimientos que sostenían los regulares de la Compañía. Pero no todo lo pueden los gobiernos, ni los recursos de la administración son eficaces en todos los casos. La voluntad de un soberano muchas veces consigue menos que la de un particular, y los reales decretos que salen de Palacio para producir su efecto al otro lado de los mares, dan el mismo resultado que el puñado de arena tirado al mar con objeto de cegar lo.

Para confirmar ó más bien dicho, para suministrar un ejemplo práctico de la ve-

racidad de las afirmaciones del señor Bermejo, nada más oportuno que publicar la vida de uno de esos antiguos misioneros jesuitas: el ilustre Padre Lizardi, escrita por el Padre Lozano. Y como todo árbol se conoce por sus frutos, la demostración de las virtudes y hechos de la heroica vida de tan abnegado Mártir, será la mejor defensa que pueda hacerse de los Misioneros del Paraguay.

Y con mayor razón la publicamos, dada la circunstancia de que las dos ediciones que de ella se publicaron, la primera en Salamanca, en el año 1741, y la otra en 1861 por la familia de Egaña, se hallan completamente agotadas.

Esta tercera edición que hago ha sido tomada de una copia manuscrita, toda corroída por la polilla, que providencialmente cayó en mis manos en la Biblioteca de los Padres Franciscanos de Tarija, y cuya copia para la impresión debo agradecer á la amabilidad del señor don Moisés Carrillo. ®



VIDA Y VIRTUDES

DEL VENERABLE

MÁRTIR P. JULIAN DE LIZARDI

(DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS)

POR EL

PADRE PEDRO LOZANO

(DE LA MISMA COMPAÑÍA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Protesta del autor

En cumplimiento del Decreto de Urbano VIII, protesto, que cuanto en este Libro va escrito en lo historial, y otras cosas, que pertenezcan al Venerable Mártir, u otra persona, todo lo sujeto á la censura y corrección de la Santa Sede Apostólica.

PRÓLOGO

Ofrece el Paraguay al público un espectáculo nuevo digno de los ojos del Altísimo, y que debe estimular poderosamente á su imitación el celo de los varones Apostólicos. Este es la muerte gloriosa del *Venerable Padre Julián Lizardi*, quien después de haber pasado en la tierra una vida toda del Cielo, y padecido muchos trabajos, por dilatar el imperio de Cristo entre los bárbaros, acaba de rubricar con su sangre las verdades católicas que predicaba, padeciendo ilustre martirio á manos de Gentiles. Los escalones por donde ascendió á esta gloria, fueron las grandes virtudes que ejercitó, y con que se dispuso á merecerla, y siendo ellas el objeto principal de imitación, que es la que especialmente se pretende al encomendar á la posteridad la memoria de los héroes, daré noticias de ellas en esta relación breve de su vida.

VIDA Y VIRTUDES

DEL VENERABLE

MÁRTIR P. JULIAN DE LIZARDI

(DE LA COMPAÑIA DE JESÚS)

CAPÍTULO I

SU NACIMIENTO. — CRIANZA. — ESTUDIOS. — SE ALISTA EN EL NÚMERO DE LOS CONGREGANTES DE NUESTRA SEÑORA. — SU ENTRADA EN LA COMPAÑIA (1).

Honró la nobilísima Provincia de Guipúzcoa á nuestro Venerable Mártir con darle cuna, como él la honró con su muerte victoriosa. Nació á 30 de Noviembre de 1696, en Asteazú, lugar distante cuatro leguas de la Ciudad de San Sebastián: y le favoreció el cielo dotándole de un genio dócil, apacible, modesto, vergonzoso y como nacido por la virtud, de manera, que propiamente era de aquellos en quienes se verifica que *fortiti sunt animam bonam*. Diéronle sus honrados y piadosos Padres en la cortedad de su Patria muy decente y cristiana educación en el santo temor de Dios, y buenas costumbres, en que se señaló desde sus primeros años entre sus iguales: pero deseosos, de que se lograsen sus

(1) Debo hacer notar aquí que para facilitar la lectura de la Vida del Mártir, he creído conveniente modificar y amplificar los títulos de los capítulos, dividiendo algunos á fin de disminuir su extensión. (K. V.)

prendas con el cultivo de las letras en campo donde no se marchitasen las flores estimables de sus virtudes, pasaron por el sentimiento natural de alejarle de sí, trasplantándole del nativo suelo á Villagarcía, lugar de campos, más célebre por el Noviciado de nuestra Compañía, y por las Escuelas en que á cargo de los Jesuitas se cria la juventud con singular esmero en virtud y letras humanas, que por el corto número de sus vecinos.

Aquí con su aplicación extraordinaria, y felicísima memoria, aprovechó en breve notablemente, acreditando con sus progresos el magisterio de los nuestros á muy poca costa de los muy selectos, pues jamás les motivó la menor displicencia que pasase á corrección, puntualísimo siempre en el cumplimiento de las obligaciones de un muy ajustado estudiante, como testifica muy edificadamente el Padre Julián en Villagarcía. Para asegurar mejor el logro de su estudio, se alistó en el número de los Congregantes de Nuestra Señora, con quien fué siempre cordialísima, y tiernísima su devoción; y su primera diligencia cada mañana era visitar la imagen de esta Celestial Reina en la devotísima Capilla de las reliquias, que está en la Iglesia de nuestro colegio, donde se detenía todo el tiempo que le permitía su precisa obligación, con un exterior tan compuesto, que indicaba bien obraba ya en su interior la mano de Dios invisible aquella idea de perfección cristiana y religiosa, que tan feliz y constantemente siguió en el curso de su vida más

llena de méritos, que de días. A la hora de acudir á la clase se apartaba de aquel santuario con la violencia de quien se desprendía del centro de su afecto, que era María Santísima, y como con natural propensión volvía al mismo lugar cuantos ratos podía lograr desembarazados, y perseveraba inmóvil en devotos ejercicios, siendo ya el ejemplo y admiración de la numerosa juventud que cursaba aquellas Escuelas.

Infundía mucho calor á su devoción la vida frecuente de los Novicios, su modestia y compostura religiosa, que le movieron eficazmente á su más próxima imitación, hasta en el estado, que consideraba (y lo fué) tan acomodado á su fervoroso espíritu y genio nacido para la virtud; y hallándose bien adelantado en letras humanas y Retórica, se resolvió entrar en pretensión de la ropa de la Compañía; y en primer lugar, después de consultarlo con nuestro Señor y su Madre Santísima, se descubrió con su confesor y por su consejo pasó á manifestar su deseo y los motivos que le estimularan á abrazar nuestro instituto al Padre Ambrosio Ventura Argis, Rector á la sazón de aquel Noviciado, y Provincial después de la Provincia de Castilla. Halló el pretendiente, en el Padre Rector, toda la aprobación que deseaba, y como á su favor abogaba la recomendación de su ajustada vida y habilidad para las letras, prendas tan necesarias, para quien ha de seguir nuestra profesión, se ofreció el Padre Argis á ser el agente de esta causa, solicitando del Padre Provincial Nicolás Bordas la licencia para admitirlo en la Compañía, que como Dios le

traía á su casa, todo lo facilitaba, sin que al pretendiente le costase aun la solicitud de esta diligencia. Fué tal el informe del Padre Rector del Noviciado, y se reconocieron tan verdaderos sus deseos, y de Dios su vocacion, que sin interponer la más leve demora, fuera del tiempo forzoso para que llegase la licencia de sus Padres, como se estila con los cursantes de nuestras escuelas, fué recibido en nuestra Compañía á 4 de Junio de 1713, á los 16 años y medio de su edad.

CAPÍTULO II

FERVOR DE SU NOVICIADO. — LO QUE DICE DE ÉL UN CONNOVICIO. — MODELO DE TODOS. — MANIFIESTA SU ANSIA DE PASAR Á LAS INDIAS.

Al verse en el noviciado le parecía aventurado en el Paraíso, digna habitación á su inocencia y reconociéndose por esta dicha en mayores empeños de ser Santo, no se puede fácilmente expresar el fervor con que emprendió la vida religiosa, aunque hablando con propiedad, más fué en nuestro novicio proseguirla que empezarla, pues lo que pasó en el siglo fué cual se profesa en los claustros, teniendo poco que pulir y labrar en sus procederés la lima de la religion. Desde los principios parecía ya muy antiguo en el ejemplo, y correspondientes á los principios fueron los medios y los fines, caminando cada día con tan nuevo aliento, como si nunca hubiera empezado,

y adelantándose más y más, como si fuera la luz del Sol, que siempre crece hasta el perfecto día. Desde luego empezó á sobresalir entre los connovicios más fervorosos, y pareció que el vestirle la Sotana fué para que más se trasluciesen sus virtudes: la modestia, y el silencio pudieran tener visos de naturales, según el gusto y alegría con que los observaba; la humildad como quien de corazón se reconocía inferior á todos, y como tal los quería en todo servir, hallando mayor regocijo en los ejercicios y ministerios más abatidos. Las distribuciones le hallaban siempre el más puntual, y las insinuaciones de la obediencia el primero en la exención; ningún ejercicio rehusó jamás por difícil, antes el más trabajoso le experimentaba más fácil, y los espirituales eran todas sus delicias. En fin, su porte fué tal, que aun la perspicacia á veces nimia de los otros connovicios no descubría en el Padre Julián cosa que notar, sino muchos estímulos para la imitación de su fervor.

Y si la prudencia de los superiores tuvo algo que moderar, sólo fueron aquellos excesos santos, bien necesarios en quien empieza, para no descuidar en el progreso, y que suelen ser pronósticos del futuro adelantamiento; excedía pues, tanto en la mortificación con un santo odio de sí mismo y de su carne, que la caridad discreta de los superiores se hallaba á veces obligada á templarle el fervor de sus penitencias: pero sus ardientes deseos le hacían discutir é ingeniarse para hallar modo con que, salva la obediencia, pudiese dar pasto más sabroso á su mortificado espíritu,

cuanto más desabrido era á la carne; porque experimentando en el Padre Rector, y Maestro de novicios, mayor compasión y blandura con que le iba á la mano en sus extraordinarias penitencias, acudía con más frecuencia á pedir las al Padre ayudante, de quien era más bien despachado. Su regalo, siempre que podía obtener la licia, era comer, segun la santa costumbre de aquel noviciado, con los pobres de la portería, y se reparaba, que de ellos buscaba el más asqueroso para su compañero de plato, como si quedara poco satisfecha su mortificación si no le añadiera este nuevo sánete tan desagradable al apetito como gustoso á su espíritu.

En todas las demás virtudes propias de un Jesuita novicio resplandeció allí el Padre Julián, de manera que era el ejemplo de aquel Noviciado, por lo qual un sujeto, Connovicio suyo, que vive hoy Misionero en esta Provincia, hablando de este tiempo, dice: " que desde luego comenzó á señalarse entre todos los Connovicios, ninguno más humilde, ni más manso, ni más paciente, ni más modesto, ni más callado, ni más obediente, ni más mortificado, ni más puntual en todas las distribuciones religiosas, que el hermano Julián, querido igualmente, y estimado de todos, y en su inocente vida, y tenor de observancia inalterable. Tal le conocí en Villagarcía además de las creces de su alma, en que no dudó mejoraba cada día, pues aunque ocultas en su interior, no dejaban de asomarse á lo exterior en muy claras señales y en su religiosísima compostura, sin que la vista más acicalada y más escrupulosa de los

demás Novicios, pudiese reparar en el falta, que tuviese especie de moral. La verdad de este testimonio para los que no le conocimos novicio, comprueba y persuade eficazmente el tenor ajustadísimo del resto de su vida, porque rara vez se vé sea fervoroso en el discurso de ella, quien procedió con tibieza en el Noviciado, y una vida muy observante supone de ordinario un fervor no común en los principios. Estos, en una palabra, fueron tales en este dichoso Mártir, que si bien pudo quedar lugar á la duda, de si en algún tiempo sería coronado con martirio generoso; pero nadie que le viese pudo dudar de que era alma prevenida con las divinas bendiciones en las señales muy claras de predestinado, que se divisaban en su fervor y angelical proceder.

Hechos los votos del bien, para pasar al estudio de las letras humanas, hubo, para pasar á oír artes en el Colegio de Santiago, de salir del Noviciado; pero nunca acabó de ser novicio en el fervor, puntualidad, y exacción de los ejercicios espirituales de oración, lección, obediencia, mortificación, y observancia de reglas, añadiendo ahora el estudio de las ciencias al de las virtudes, y atendiendo á cada uno, como si fuera el único, para que entiendan los que cursan las Escuelas, que las virtudes y letras son dos buenas hermanas, que se ayudan, y no embarazan, si el amor se extiende á los dos, y no se desprecia la una por la otra. En algunos suele con el divertimento de las letras remitirse el estudio de la virtud; pero el Padre Julián con el ejercicio de la virtud aprovechaba en el estudio de las letras,

como quien estudiaba, no sólo para hacerse sabio, sino también para ser Ministro idóneo de la Divina gloria, que fué siempre el nobilísimo fin de su aplicación, como también el saber; que ésta era entonces la voluntad de Dios, quien le tenía puesto en este ejercicio por medio de la obediencia. Estudiaba la Lógica en el dicho Colegio de Santiago, cuando con ocasión de la llegada á Europa de los Padres Bartolomé Jimenes y Joseph de Aguirre, Procuradores de esta Provincia, y otros de la de Quito y Perú, que iban á alistar nuevos soldados Jesuitas para reclutar las tropas del Señor en los vastos países de la América, que hacen tan declarada guerra al Altísimo con los Apostólicos ministerios de la Compañía, escribió nuestro Padre General Miguel Angel Tamburini una carta común á todas las Provincias de España, exhortando sus súbditos á consagrarse á ellas, empresas en tan oportuna coyuntura.

Pocos estímulos necesitaba el Padre Julián, que deseaba con ansia pasar á las Indias y emplearse en la conversión de la Gentilidad; con que hallando abierta la puerta, para lograr su deseo, escribió luego al Padre Joseph Félix de Vargas, Provincial á la sazón de Castilla, rogándole con influencia, le alcanzase licencia de nuestro Padre General para ir á cualquier Provincia de las Indias, porque á cualquiera que su Pateridad le destinase, vendría gustosísimo; y habiéndose ofrecido él verdadero obediente en perfecto holocausto al arbitrio de sus superiores, no quería dejar ejercicio á su voluntad propia aun para la más leve insinuación de esta ó aquella Pro-

vincia; pues como en esta pretensión sólo llevaba puesta la mira en mayor gloria de Dios y ayuda de las ánimas de los infieles, no dudaba podría conseguir ambos fines en cualquiera país de las Indias que le cupiese en suerte, pues en todos hay abundante mies en qué ejercitar el verdadero celo, cual era el suyo. Concedióle gustoso la licencia nuestro Padre General, pero cometió la asignación de la Provincia de Indias, dicho Padre Provincial, y aquí se vió el Paraguay en peligro de perder un sujeto tan apreciable y que le había algún día de servir de esplendor á su corona con el esmalte precioso de su sangre: porque cuando llegó la licencia, estaba ya completo el número de los sujetos, que aquella Provincia podía dar en la ocasión para la Misión del Paraguay; pero como aquí le tenía el Cielo reservada la corona, se rodearon las cosas de manera que no pudiera venir uno de los sujetos señalados, que hoy es en España insigne Misionero, y en su lugar le tocó la suerte al Padre Julián, asignándole el dicho Padre Provincial para la Misión de esta Provincia con inexplicable júbilo de su espíritu.

CAPÍTULO III

VA Á CASTILLA Á CÁDIZ. — SE EMBARCA PARA EL PARAGUAY, HABIENDO HECHO LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO. — TRES MESES DE NAVEGACIÓN. — TERRIBLE BORRASCA EN LA BOCA DEL RÍO DE LA PLATA. — EL DEMONIO APARECE AL PADRE SCHMIDT. — EL HERMANO JULIÁN SOCIEGA LAS AGUAS CON UN "AGNUS DEI". — DOS COSAS QUE SUCEDEN EN SU VIAJE Á CÓRDOBA.

Partióse luego de Santiago con general dolor en todos de perderle, porque le amaban tiernamente todos; pero con tanto gozo suyo, que, aunque les correspondía agradecido en el amor, no podía en el sentimiento. Aceleró cuanto pudo la marcha, porque se decía estar muy próxima la partida de la Misión, y no quisiera aventurar su fortuna por falta de diligencia, y con la mayor brevedad se puso en Cádiz, donde le aguardaba embarcación y compañeros para el Paraguay. Era aquella Misión la más numerosa que jamás había navegado á alguna de ambas Indias, y se componía de setenta y dos misioneros tan diferentes en las naciones, pues había Españoles, Italianos y Alemanes, como conformes por el estrecho vínculo de la caridad. Concurrían asimismo en Cádiz otros catorce misioneros, para la Provincia del Perú, y cuarenta cinco para la de Quito, que todos animados de un mismo espíritu, se desterraban gustosos de sus Patrias y abandonaban

las conveniencias de Europa, para venir á buscar entre incomodidades y fatigas, no los tesoros corruptibles, sino los más preciosos de las almas redimidas con la sangre de Jesús y sepultadas en las tinieblas del Gentilismo. Tan copioso era el concurso de misioneros, que en solo aquel año de 1717, pasaban á estas Indias á espensas del Rey católico, argumento grande de su generosísima piedad y religiosísimo celo, que no repara en gastos por surtir de Ministros que atiendan á la conversión y cultivo espiritual de los países que Dios y su Vicario en la Tierra pusieron á su cargo. Y siendo tantos, fué cosa notable de que de todos universalmente se granjeó nuestro Misionero el afecto y estimación, dándose desde luego á conocer por su singular observancia y genio apacibilísimo. Dispúsose en Cádiz para la navegación con los ejercicios de Nuestro Padre San Ignacio, haciéndolos con el fervor que si fueran los últimos, y los repitió el mismo año en este Colegio de Córdoba por recreo del cansancio de tan dilatado viaje.

En todo el para alivio de las penalidades, que son inseparables, el mayor divertimento, que se concedía á sí mismo era juntarse con algunos Hermanos de su mismo espíritu, con quienes pasaba algún tiempo en conferencias espirituales, que interrumpía con muy tiernas y frecuentes jaculatorias, y el resto del día se estaba, ó ante una imagen de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, que venía en la Cámara de los nuestros, entretenido en dulcísimos coloquios con esta gran Reina, ó leyendo algún libro espiritual, ó rezan-

do el oficio parvo, devoción que continuó siempre toda la vida con gran puntualidad y tesón. En todas estas acciones estaba con raro encogimiento y humildad, como si fuera el menor de todos, sin dar la más leve molestia á alguno, ni cuidar de aquellos alivios que la discreta caridad de los Padres Procuradores procuraba á los Misioneros entre tantas incomodidades como se padecen en tan prolija navegación, que pasó de tres meses.

Al fin de ella padecieron á la boca del Río de la Plata tan deshecha borrasca, que temieron perecer, y más viendo llenos de sobresalto á los mas prácticos: ni podía ser menos, porque, según manifestó el Cielo al P. Sebastián Schmidt, (varón religiosísimo que á la sazón venía para la Provincia del Perú, en cuyas misiones de Mojos trabajó apostólicamente, y murió en opinión de singular virtud) era causada de el mismo Demonio, que recelando la ruina que amenazaba á su imperio, por la sangrienta guerra que le había de hacer el celoso misionero, por anticipar el reparo, sepultando en el Oceano las dos Misiones del Perú y Paraguay, como lo consiguió casi por el mismo tiempo, con otros cuarentas y seis Jesuitas destinados á la Provincia de Quito. Vió pues, dicho Padre Schmidt el demonio, que forcejeaba por hundir los Navíos, y con tal contraste crecía la furia de la tormenta por horas, enrespándose y llegando á término las olas, que una sacó nueve hombres del combés del patache, aunque, como arrepentido de causar de un golpe tanto mal restituyó otros cinco de ellos al mismo lugar, tragándose el mar tempestuoso á los cua-

tro. Cuando parecía haber llegado á lo sumo la soberbia furiosa de aquel elemento, llamó al Padre Procurador Bartolomé Jimenes al hermano Julián, y dandole un Agnus del Santísimo Padre Ignocencio XI, le mandó, que de su mano le echase al mar, para que abatiese su orgullo la virtud milagrosa de la sagrada cera, y la fe del instrumento. Obedeció sin réplica, y con esta diligencia fué Dios servido, que amainase el viento, á este paso cesase el susto de los que tenían tragada la muerte, y miraban abierto el sepulcro en las ondas, quedando burlado el poder del Infierno, que las conmovía.

Arribaron por fin las naos felizmente á Buenos Aires por Julio de 1717, habiendo salido de Cádiz á 5 de Abril, y recobrados ya todos los Misioneros del cansancio, destinados los sacerdotes para las Misiones del Paraguay, se partió nuestro Padre Julián con los demás estudiantes á proseguir sus estudios en este Colegio de Córdoba, y en las penalidades de este viaje, su alegría animaba á todos, su oficiosidad los descansaba, y los edificaba su virtud. Cúpole en la cartera un compañero, que, según él mismo deponen ahora, le dió por sobrada viveza algunas ocasiones de resentirse, pero le correspondia inalterable con mayores demostraciones de cariño, y le hallaba siempre acomodado á su voluntad, para hacer cuanto discurría pudiese darle gusto. Con el mismo en este viaje le sucedieron dos cosas, que dice las tuvo por más que naturalés, y las atribuyó siempre á la virtud de su santo compañero.

La primera, que habiendo salido la tropa de

carretas del río Segundo, para esta ciudad, se quedaron ambos atrás para caminar un poco á pie; iban rezando á coros el Rosario y se divertieron de manera, que se adelantó mucho la carretería, sin poderla dar alcance; empezó á hacerse de noche, y se afligian por ignorar el camino, y no sentir el ruido de las carretas, cuando Dios movió el corazón á dos negros á que volvieran atrás, sin que nadie se lo mandase y encontrándose con los dos hermanos, les ofrecieron sus caballos, diciendo que ellos les guiarían á pie hasta la parada, porque de otra manera les sería imposible alcanzar las carretas, que estaban muy distante. Aceptaron agradecidos la oferta, reconociendo por lo que caminaron, que se hubieran quedado, ó se perderían de noche en el bosque, á no depararles Dios aquel socorro.

La segunda les había sucedido pocos días antes, porque habiéndoles ofrecido á ambos unos caballos, dejaron también que pasase adelante, la carretería, pero entendiendo poco de cabalgar, el que ahora lo refiere, se cansó presto y quiso apearse: como era poco práctico, no tuvo advertencia de desatar el cabestro, como se suele, para detener la bestia, ó á lo menos dejarle caer las riendas, porque le sirva de embarazo para la fuga: con que el caballo, hallando la suya, se fué á internar en un bosquecillo cercano. Quizole atajar el Padre Juan, pero también era entonces poco diestro, y no pudo. Temian perderse, y no sabían cómo remediarse, cuando de repente salió del mismo bosque un jinete no conocido, que no se sabe si era Angel, ú hombre, y poniéndoseles

cerca, sin hablarles, los miraba con atención: entonces el sujeto que estaba á pie, le hizo señas, que le cogiese su caballo, y obedeciendo pronto, le trajo luego, y sin esperar otra cosa, se volvió á meter el jinete bienhechor por el bosque, sin parecer más, aunque deseaban agradecerle la buena obra.

CAPÍTULO IV

UN ESTUDIANTE EJEMPLAR EN EL COLEGIO DE CÓRDOBA. — DISCIPLINA DE ALAMBRE. — DOCILIDAD. — EL BURRO VIZCAINO. — CIRCUNSPECCIÓN EN LAS DISPUTAS. — SU DESPERTADOR. — SU TRATO CON DIOS. — SU MARCADA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Llegando la Misión á Córdoba el día 14 de Setiembre, luego dijo á todos quién era, porque su porte muy ajustado le hacía equivocar con los novicios más fervorosos, y sabiéndose que era hermano estudiante, se llevaba más las atenciones de todos, su encogimiento, y rara compostura. Con este modo y tenor se conservó todo el tiempo de sus estudios, prosiguiendo con igual fervor las tareas de estudiante, que las de religioso con la mayor aplicación y constancia, que se puede desear.

Jamás se ponía á estudiar sin hacer primero de rodillas devota oración, ejercicio, que frecuentaba entre día, ya en la mesa, ya en su cancel, donde se retiraba á menudo á desahogarse con

su Dios. En las distribuciones ó de comunidad ó de escuelas era puntualísimo, y aun si en este punto cabe nimiedad, la tuvo este religiosísimo estudiante, previniendo su obediencia al toque de la campanilla, pues se salía de su aposento á la distribución próxima, antes que se hiciese señal, por hallarse á la hora en el paraje, y lugar á que era llamado. Nunca dispensó consigo en la santa costumbre de este nuestro Colegio Máximo de salir con disciplina al Refectorio los Sábados y visperas de comunión, por riguroso frío que hiciese, y aconteciéndole salir tres veces en la semana á este penoso ejercicio. En él siempre usaba disciplinas de alambre, consiguiendo por esta industria el macerar más su cuerpo, con menos ruido y mayor seguridad de vanagloria. Los mismos duros instrumentos usaba para sus penitencias secretas, que no sólo eran cotidianas, sino que tenía días en que tomaba dos rigurosas disciplinas. Y como no había alguna que pudiese servir sin romperse en tarea tan continuada, era lo muy ordinario suyo el remendarlas ó renovarlas, no ya con hilo de pita ó cuerdas, sino con nuevo alambre, género de que para este efecto tenía bastante providencia, y con tantos remiendos estaban ellos cada día más á propósito para su intento: por lo cual las tenía todas bañadas de su inocente sangre, como era forzoso, porque si el instrumento, siendo de metal, se rompía con tanto ejercicio, no podía menos de rotaper y arar sus carnes delicadas, y mucho más después que, pareciéndole más blandas las disciplinas de cordel cubiertas de alambre, hizo

otras, que dentro y fuera, todas eran de alambre, y de la misma materia ideó un cilicio que le cogía desde la cintura á los pechos, y aun después discurrió otros su rigor implacable para con su cuerpo, que sólo mirarlos causaba horror.

Pero al paso que consigo era cruel é inhumano, se portaba con los demás humano, manso, afable y apacible, siendo uno mismo para todos sin diferencia de afectos ó especie de singularidad, que pudiese causar la más leve ofensión, siempre se le traslucía en su rostro la paz y alegría interior de que su alma gozaba, sin que fuesen poderosas á perturbársela, ni las inclemencias del tiempo, ni otras causas libres, ó necesarias, ni hubo quien jamás le oyese la menor queja de otro, y mucho menos palabra que tuviese resabios de censura de ajenas acciones, antes bien lo que todos y en todas ocasiones hallaban en él, era el alivio en su oficiosa caridad, el consuelo en sus palabras dulces, el ejemplo en sus obras, la edificación en su modestia, el amor en sus entrañas, ganando á todos con servir á todos, aun en los Ministerios más humildes, y por eso más de su afecto, y los que le merecían compañero de aposento, fuera de gozar más cercanas la luz y calor de su ejemplo, interesaban el desembarazo de cuanto les podía ser molesto, porque se anticipaba su humildad á encargarse de todo, por librar á los demás, si poderle, ó prevenir, ó reducir á que compartiese la molestia, por más instancias que se le hiciesen, porque sólo en ésto no sabía ceder su gran docilidad, y con buena gracia se salía con la suya.

Nunca se negaba á alguno, que de él se valiese, aunque le fuese cosa muy trabajosa, y la hacia con tal agrado, que parecia era él mismo quien recibia favor. Cuando por ausencia precisa ó enfermedad alguno faltaba á Escuelas, le trasladaba gustosísimo las lecciones con su linda letra; si saltaba intempestivamente el arguyente suplía el argumento, sin la menor repugnancia, aunque le hubiese de costar incomodidad la prevención; si enfermaban, se ofrecia á su asistencia con entrañas de madre amorosa, sin asquear aun en los ministerios, á que más horror muestra la naturaleza, mirándose para esto, como criado de todos, y diciendo con gracia y sencillez, que él era burro vizcaíno, que debia ayudar á todos á llevar la carga; que con estos donaires solicitaba ser preferido para aliviar á los demás. Siendo tal con sus iguales, por demás parece estará el decir cuán rendido y obediente se mostraba con los maestros, profesándoles toda aquella veneración, de que son justos acreedores por su empleo, y otra mayor, que le dictaba su humildad profunda, oyéndolos con la más atenta diligencia y sujetándose á sus dictámenes, sin que aun el fervor de las disputas fuese poderoso á hacerle divertirse de la sujeción que se le debe, callando prontamente, cuando le mandaban, y oyéndoles reverente, cuando hablaban. Y esta materia era justamente admirada de domésticos y externos su modestia y circunspección en las disputas, que se ofrecen cada día en los estudios, porque sucediendo más de una vez en los que del todo no están mortificados, exceder alguna palabra con

el calor del argumento, por la razón que tienen, ó por la que les falta, jamás incurrió en semejante defecto nuestro estudiante.

Todas estas virtudes recibían vigor y crecían cada día más con el riego de la oración y trato familiar con Nuestro Señor, que era muy estrecho, y para poderle gozar más tiempo, robaba el tiempo al reposo, y se levantaba dos horas antes que la Comunidad, para lo cual tenia hablado al despertador el devoto hermano Joseph Uriarte, que sin incomodidad propia, por lo poco que dormía, para emplear más tiempo en el mismo ejercicio, le llevaba luz á aquella hora con mucho gusto. Tomaba luego una rigurosa disciplina, y encaminándose á la Iglesia se ponía de rodillas inmediato al Altar mayor, donde perseveraba inmóvil, sin dar indicio de la mayor flaqueza, hasta el fin de la Misa de la Comunidad, que era por menos tres horas y media, y los días de Comunión mas de cuatro, como si su cuerpo fuera de mármol, y con tanta devoción exterior, que manifestaba sin querer la interior, que así le fortalecía. Entre día era frecuente su recurso á Nuestro Señor, á quien cada día visitaba nueve veces en el Sacramento, en cuya Presencia pasaba indefectible el último cuarto antes de cenar, para que tienen licencia en este Colegio Máximo todos los Hermanos estudiantes, según antiguo y muy loable estilo, y entonces ofrecia á su Divina Majestad con grandísimo afecto todas las obras de aquel día, las temporales y las tardías, y de todas sus edades.

Ni paraba aquí su devoción, porque antes de

acostarse pasaba de rodillas recogido en su cancel cerca de hora, de manera que, cuando el compañero le imaginaba dormido, le oía herirse los pechos ó acciones semejantes en que prorrumpla su fervor, por parecerle no tenía ya testigos. Así que en Dios empezaba el día dirigiendo todos sus acciones á su mayor gloria, con Dios le proseguía, consultándole y pidiéndole luz en sus estudios, y en Dios le daba fin, suplicándole que fuese su Majestad el único fin de sus obras y trabajos. Ni aun dormido parece se sabía olvidar de su Magestad, siendo muy ordinario en el Hermano Julián prorrumbar entre sueños en coloquios muy fervorosos con Jesús y María, blanco amoroso de todos sus afectos y los hacía con tanto gozo, que terminaban en una risa muy alta, que le despertaba de aquel sueño vigilante, dulce y afortunado, como las vigiliias de grandes Santos. Fuera de esto bajaba todo á Dios un día de cada mes que escogía para su reforma interior y solía ser el Domingo del jubileo del mes, por lograr la oportunidad de tener al Señor de la Magestad patente en el Sacramento, ante cuya Presencia desembarazado de todo otro cuidado pasaba de rodillas, atendiendo á sí mismo y á su espíritu. Por fin los días de recreación y las fecas gastaba buenas parte en oración delante del Señor en la Iglesia, de donde salía fervoroso y encendido en fuego del divino amor, que se reconocía bien en su semblante y palabras, pues acudiendo con los demás, más era á apacentar su alma con los coloquios espirituales que á divertirse, aunque esto mismo lo hacía sin afectación

ni molestia de nadie, porque su discreción le zasonaba al gusto de todos.

Estos ejercicios, en que se ocupaba, iban registrados por la dirección de la santa obediencia, que fuera sospechosa su devoción, si se gobernara por su capricho; pero los superiores, que estaban bien satisfechos, de que no perdía tiempo en estudiar y que su robusta salud podía atender á todo, le daban su beneplácito, sin el cual nada se atrevía á emprender. Por el mismo se gobernaba para la frecuencia de comuniones, porque fuera de las de regla ó estilo de este Colegio, comulgaba otras muchas veces que los superiores le permitían, principalmente cuando sin nota de singularidad podía ejecutarlo, como fué en cierta temporada bien larga, el Padre Provincial, fiado de su mucho espíritu le encargó en tiempo de sus estudios atendiese juntamente á la crianza de los Novicios en el oficio de Ministro; porque pasándose á vivir en el Noviciado, allí como en su centro, faltaba la rienda á su fervor, edificán-
doles como si fuera uno de ellos, en la devoción, en la mortificación, en el silencio y humildad, sin haber oficio humilde, á que no se abatiese con grande prontitud, y más á los más trabajos y repugnantes á la naturaleza y mucho más si eran de caridad ú ordenados al alivio de sus hermanos.

CAPÍTULO V

SU APLICACIÓN Á LAS LETRAS. — CÓMO CURABA SUS JAQUECAS. — RECIBE LAS ÓRDENES SAGRADAS EN TUCUMÁN. — CON LA DIGNIDAD SACERDOTAL CRECE EN SANTIDAD. — SU ESPÍRITU ANHELA EL MARTIRIO.

Pero aunque tan de veras se aplicaba al aprovechamiento de su alma, no era menor su aplicación á las letras, estudiando con un tesón incansable que se le hacía bien en la satisfacción plena, que daba en todas las funciones de la Escuela, debiendo mucho de su aprovechamiento, al ingenio, que era bueno, y más al cuidado en aplicarle por saber, que aquella era voluntad de Dios en los estudiantes de la Compañía, y sucedíale una cosa bien rara, que como á todos, el mucho estudio suele fatigar la cabeza, al hermano Julián, si tal vez se descomponía, el remedio de aliviarla era aplicarse al estudio; por lo cual en semejantes ocasiones solía decir con grande sinceridad é igual alegría: "Voy á estudiar hasta reventar, porque me duele la cabeza". Ello á la verdad así sucedía, que á la santa porfía de estudiar se le retiraba al dolor. Bien claro es, que el remedio antes era contrario al fin pretendido; pero la experiencia de su buen efecto le hacía echar mano de él, antes que de otros alivios, cooperando Dios con medio tan desproporcionado por la viveza de su fe, que se persuadía, no había

de dejar el Señor de favorecerle, porque estudiaba por sólo servirle.

Al fin del tercer año de Teología, le mandaron los Superiores recibir las Sagradas órdenes, que le confirió, año de 1721, el Ilustrísimo Señor Doctor Don Alonso del Pozo y Silva, obispo del Tucumán y hoy Arzobispo de Chuquisaca, y acertó á recibir el Sacerdocio, Sábado, que fué circunstancia de aprecio para la eterna devoción con Maria Santísima, y día 25 de Noviembre, en que esta Provincia del Paraguay, celebra regocijada la memoria de sus Protomártires, los tres venerables padres, Roque Gonzales, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, cuyo número había de aumentar el nuevo sacerdote, ofreciéndose víctima de la Fe á manos de Gentiles. Dispúsose al nuevo estado con aquella pureza que le persuadió era necesaria el alto concepto que tenía formado de la dignidad Sacerdotal.

No parece que se podía mejorar notablemente su perfecta vida: pero sin embargo, desde entonces se reconocía, procuraba crecer en la santidad cuanto había crecido en la dignidad, siendo la vida pasada, como sombra, de que resaltaban más las luces de la nueva. Celebraba los Sagrados Misterios con singular devoción, gastando en preparación y acción de gracias, largo tiempo, y observando exactísimamente todas las ceremonias de la Misa y rezo, porque no tenía la menor duda alguna, que servía al Culto Divino: y en lo que toca al oficio entabló desde entonces pagar á Dios de rodillas este sagrado tributo con igual pausa que reverencia. Había hasta aquí vivido para sí,

y desde ahora para sí y para los prójimos. A la obediencia había sacrificado los deseos ardientes de su celo, y su poder había sido la rémora que le detenía, porque á haber condescendido con su inclinación y fervor, hubiera de buena gana, sin acabar los estudios aplicándose á la conversión é instrucción de los bárbaros, porque de ese Ministerio eran ardientísimas sus ansias, que disimulaba mal en el mismo tiempo de los estudios, como que es difícil se mantenga oculto el fuego, sin que se manifieste en sus efectos. De aquí se originaba que, siendo hermano estudiante, si hablaba con otro de las conquistas de los infieles, ú oía leer las relaciones que venían de nuestras Misiones, se enardecía su espíritu, y arrebatado del fervor prorrumplía en estas palabras: " Si, si, vamos á los Chiquitos, á los Césares, al Chaco: eso busco, las macanas; esto deseo, los dardos, y saetas "; y sin ser más en su mano apresuraba el paso, como que se entraba ya por las puntas, derramando su corazón por la lengua y por los ademanes, porque sus ansias no se sabían contener dentro del pecho. Aun en aquellos juegos inventados en el campo para el recreo del ánimo y ejercicio del cuerpo, su mayor gusto era imaginar, que por enseñar la fé á los Gentiles, era molestado y perseguido de su furor, diciendo: " con la fuerza (y tenfála buena) con que yo tiro á los bolos, me dispensarán los bárbaros sus flechas, ó herirán con la macana "

Ahora, pues, quien tantos deseos tenía de hacer bien, y padecer por los prójimos, ¿qué haría cuando se halló en ocasion? No pudo todavía

cuanto quería, luego que se ordenó, porque tuvo que estudiar el cuarto año de Teología; pero hacía cuanto le era permitido, sin que el estudio le impidiese, para no oír á cuantos penitentes le buscaban, que eran muchos, por el particular agrado con que recibía á todos, y por el gran concepto que todos tenían de su santidad, quedando prendados de él los que una vez llegaban á sus pies; y los dias de concurso perserveraba, como si fuera de bronce, hasta muy tarde en este ministerio, que en este Colegio es más penoso para los recién ordenados, por haber de oír las confesiones en un poyo del tránsito expuestos á las inclemencias; pero ninguna le arredraba, ni la molestia, impertinencias y rudeza de los penitentes, que suele ser sobrada, eran poderosas á hacer mudanza de su inalterable serenidad y alegre semblante. Si se ofrecía salir á confesiones al campo, y alguna fué á veinte leguas de distancia, recibía particular gozo de ser señalado, siendo lo mismo avisarle, que ponerse en camino, porque no cuidaba de alguna prevención.

CAPÍTULO VI

SU PENOSO VIAJE EN UNA CARRETA DE CÓRDOBA Á BUENOS AIRES. — SU SED POR LA LECTURA DE LA SAGRADA BIBLIA. — LA SABE CASI DE MEMORIA. — LO QUE DICE DE ÉL EL RECTOR DEL COLEGIO.

Hecho el examen para le profesion, luego los superiores lo designaron para leer Gramática en el

Colegio de Buenos Aires y en este viaje no fué diferente á lo que había sido en otros, sino en más fervores, que á vista de mayor trabajo centelleaban más: porque siendo el camino tan largo, descomodado, como se sabe, lo fué más por el mal avío con que salió, llevando para tres sujetos una sola carreta; pero como esto era lo más conforme á su mortificado espíritu, mostraba grande alegría de tener que padecer, sin que lo acedo de la queja se atravesase á asomar en los labios; pero mal pudiera, porque antes bien sentía en su humilde corazón, le trataba mejor que que merecía. Leyó pues, en Buenos Aires, la Gramática; como quince meses hizo este oficio con la exactitud, que solía cuanto ponía á su cuidado la obediencia, porque sin exageración, en cuantas ocupaciones tuvo, era ejemplar, digno de que le imiten cuantos le siguieren; así se hubieran observado en particular sus ejemplos, como se admiraban. Solicitaba el aprovechamiento de sus discípulos en virtud al mismo tiempo que en las letras, no perdiendo ocasión de inspirarles el santo temor de Dios, y la devoción especialmente con la Emperatriz de los Cielos, de cuyas excelencias les hablaba con la eficacia y ternura que le dictaba su afecto cordialísimo y filial.

Son en dicho Colegio frequentísimos los ministerios y confesiones á deshora de la noche, no sólo cotidianas, sino á veces muchas por la pobreza y desamparo de muchos enfermos, que no alcanzan de día quien les llame confesor, y se valen de quien pueden en aquel tiempo intempestivo, y hace más incómodo en todos tiempos

la incomodidad del país infestado por verano de la plaga intolerable de pulgas, y en invierno frigidísimo, y las calles, ó inundadas de agua, ó llenas de atolladeros, por no ser empedradas. A cualquiera hora de la noche que eyese la campanilla, acudía prontísimo, no sólo sin repugnancia sino con alegría, como que miraba en ello la ganancia propia en el mérito y la del enfermo, y en restituirle á la gracia, ó en acrecentársela con el Sacramento. Con el mismo tesón se ocupaba de los demás ministerios, y en el de predicar se ejercitaba con mucho espíritu, predicando siempre al alma con razones sólidas y eficaces, aprendidas más en su larga oración que en los libros; y le servía para la facilidad aquella su grande afición, que siempre tuvo á la lectura de la Santa Escritura, que por la mayor parte sabía de memoria, imprimiéndosele, como en blanda cera, cuanto leía, y la aplicación á leer los Sagrados Libros fué de toda la vida, pues siendo estudiante tenía tiempo destinado que indefectiblemente empleaba en esta santa ocupación.

Hizose en este Colegio reparable en aquel tiempo, así el genio indigesto de cierto sujeto, que parece había tomado á su cargo el Padre Julián, haciendo de él poca estimación y zahiriéndole á veces con palabras menos conformes á la caridad religiosa, como la paciencia y serenidad con que el Siervo de Dios le sufría y toleraba, respondiendo á sus desabrimientos con una boca de risa, como si hablaran con otro. Hacíase más notable la falta, porque todos los demás le estimaban en lo que verdaderamente se merecía el que

procedía como un ángel, y es prueba de la extravagancia de aquel genio, que apenas tendría con quien hacer par en toda la Provincia, porque en todas partes donde estuvo, se granjeó siempre su singular virtud, y apacibilísimo trato de estimación de todos. Y se podrá echar bien de ver el concepto en que aquí era universalmente tenido ya en este tiempo, por el testimonio del Padre Jerónimo Herrán, que entonces era Rector de dicho Colegio, y después Procurador á Roma, y Provincial de esta Provincia, quien en carta de 10 Febrero de 1736, dando algunos materiales para formar esta relación, me dice así: "En una palabra digo que era un religioso cual le pide nuestro Santo Padre en sus constituciones, habiéndole reconocido el mismo desde que estuvo en este Colegio leyendo Gramática, donde era de todos, así externos como domésticos, respetado como un Ángel." Quien ponderare bien esta disposición tan breve como verdadera harta materia tendrá para concebir muy altamente de este siervo de Dios en aquel primero de sus misterios con los próximos y la perfección con que le ejerció, nacía así en éste como en los demás, de la diligencia ardentísima, con que leía y meditaba las reglas de cada oficio en que se miraba y remiraba como en espejo, de donde copiaba los esmeros con que se ajustaba á su cumplimiento llenando y aun sobrellevando toda la obligación.

CAPÍTULO VII

VUELVE Á CÓRDOBA. — EL DOCTOR BEJARANO CUENTA SU CONDUCTA EN EL VIAJE. — SU CONFIANZA EN DIOS EN LOS PELIGROS. — UNA TEMPESTAD DESVANECIDA POR SUS ORACIONES. — SU LIBRO FAVORITO "CONTEMPTUS MUNDI" (1).

Hubo de volver, el año de 1724, á Córdoba á tener la tercera probación, en cuyo viaje, fuera de otros compañeros, le cupo traer dos jóvenes sus discípulos, que venían á ser colegiales en nuestro Real Colegio Convictorio de Monserrate, para dar principio á las Artes en esta nuestra Universidad, y hoy son Doctores graduados en Teología. Era tal el modo, que aun en el divertimento casi inevitable de los caminos, se portaba el Santo Varón, que sus ejemplos le hacían reparar de la poca edad de los compañeros, y por esto quiero registrar aquí sus testimonios para com ún edificación.

El uno, que es el Doctor Don Carlos de Bejarano, dice así: "Lo que advertí en el Padre Julián de Lizardi en el viaje que hice en su compañía á Córdoba, fué: lo primero una grande alegría en los trabajos y molestias forzosas del camino: llevaba un caballo, que con los continuos tropezones que daba, y con lo desigual de su trote era necesario se

(1) Nombre que antiguamente se daba al *Kempis*, sin duda para evitar las disputas que se movieron sobre su autor, nombrándolo entonces por el título del primer capítulo así titulado: *De Imitatione Christi et CONTEMPTU omnium MUNDI*, y modo muy usual de citarlo, entre otros por el P. Rodríguez, el P. La Palma y demás.

serviese de mucha molestia; pero no mostró jamás sino un sumo regocijo, ni me acuerdo que alguna vez lo mudase; siempre que iba en él, cuando no conversábamos, se entretenía en cantar las letanias de Nuestra Señora ú otros Himnos, que leía en cierto librito que traía consigo. A esto se llegaba, que cuatro mancebos, que íbamos con el Padre, unas veces queríamos trasnochar, otras correr, otras ir despacio, y siempre se acomodaba á nuestro gusto sin mostrar repugnancia, ni querer hacer la propia voluntad. Despues de rato que se había entrado el sol, nos decía en voz alta Ave María, y rezábamos todos las Ave Marías, y luego comenzaba á rezar con nosotros el Rosario. En parando las carretas de noche se retiraba de nosotros (y muchas veces le perdíamos de vista) á encomendarse á Dios, no sé si mental ó vocalmente, pero sí que con muy devota compostura. Despues de cenar se volvía á retirarse de la misma suerte, y cuando nos levantábamos, por la mañana, siempre lo hallábamos ya en pie; y dice uno de los compañeros que dormía en la carreta del Padre, que no sabe cuándo dormía. Para comenzar nuestra jornada era indefectible en rezar la letanía y siempre que halló ocasión dijo Misa, aunque á veces le costase padecer sol muy ardiente, por estar muy retirada la Capilla. En parando al mediodía, en tanto que se hacía de comer, solía con gran donaire atraernos para que oyésemos lección del *Contemplus mundi*, y abriendo indeterminadamente el librito nos decía: que oyésemos el cansio, que Dios nos daba, y así nos tenía atentos hasta que acababa de leer uno ó dos capítulos.

“ En los peligros mostraba gran confianza en nuestro Señor: en una ocasión nos habíamos adelantado de las carretas más de dos leguas: en este tiempo nos cogió la noche, por lo cual paramos debajo de unos árboles á esperarlos y en el interín sobrevino una tormenta, que amenazaba gran lluvia, según el aparato de nubes, relámpagos y truenos. Atemorizados de la tempestad comenzamos á dar voces al Padre que andaba entre los árboles retirado de nosotros, para que volviésemos atrás á buscar el abrigo de las carretas; pero el Padre con mucha serenidad nos respondía: no se aflijan, no ha de ser nada, y proseguía en el ejercicio en que estaba. Nosotros sin sosegar por la tormenta, que veíamos encima, instábamos mucho al Padre, tanto que se vió obligado á decirnos, estuviésemos seguros que no había de haber nada de lo que temíamos, y que si no le creíamos nos fuésemos y lo dejásemos solo. Con esto callamos nosotros, y la verdad del suceso nos desengañó, porque luego se dividieron las nubes y se serenó la noche. Sucedia cuando llegábamos á paraje, donde había bosque, que el Padre se ocultaba y muchas veces le buscamos con curiosidad y nunca le encontramos y le veíamos salir después muy demudado de color, por lo que inferíamos, se ocultaba á tomar rigurosa disciplina. Finalmente, en todo nos daba grande ejemplo el Padre Julián que se hacía notar aun del poco juicio que entonces nos afligía.” Hasta aquí el dicho Doctor.

Su compañero, que es el doctor don Francisco Cossio, confirma lo mismo, y sólo me contento

con poner algunas cláusulas, porque individúan más lo dicho. Después de haber hablado de otras cosas, y de la tempestad desvanecida, á lo que se cree, por sus oraciones, añade: " Lo que no me admiró mucho, por el gran concepto que, aunque joven, tenía hecho del Padre y al paso que muchacho despertaba más viva la curiosidad de observar las acciones y movimientos de quien admiraba hombre santo. Y así seguro de haber puesto todo cuidado en averiguar á qué horas pagaba tributo al sueño, pensión tan forzosa de nuestra naturaleza, y podía observar fácilmente, porque me cupo la suerte de ser su compañero de carreta, y no pude saber á qué horas durmiese, aun viviendo ya con la curiosidad de observarlo, pues á cualquier hora, que cuidadoso le registraba, le hallaba como si no tuviese ojos, más que para ponerlos en el Cielo, siempre endiosado y en oración, ó mental ó vocal. Movido de compasión me atreví á preguntarle algunas veces, cuándo ó á qué horas dormía? Sólo me respondió que me callase y durmiese, y como compadecido de mi desvelo, me llegaba á cobijar, quizás porque no le interrumpiese con mis preguntas. Al llegar á las paradas se nos perdía de vista, y viéndole volver siempre demudado y pálido, me dió cuidado los primeros días, no le faltase alguna enfermedad, y se lo dijimos algunas veces, á que con su apacible y jovial genio respondía risueño alguna cosa, con que sin declarar la razón de la pregunta, nos quería satisfacer, y si insistíamos curiosos, sacando con gracia el *Contemptus mundi*, se ponía á leernos, para atajar la curiosidad; y no

nos causaba novedad por la frecuencia, con que nos leía dicho libro, deteniéndose á veces en explicarle con ejemplos agradables, para que mejor se imprimiesen en nosotros las sólidas verdades.

Quien así procedía en la diversión y libertad de los caminos ¿qué haría en el santo retiro y recogimiento de los Colegios? ¿Y qué haría en la estrechez del Noviciado, donde llegó á tener su tercera probación? Si en ella quiso nuestro Santo Padre volviesen sus hijos después de hombres á ser Novicios y niños en los ejercicios y rendimiento, para restaurar lo que el estudio de las ciencias hubiese disminuido de las virtudes, á quien como á nuestro Padre Julián había sido siempre Novicio en el fervor, y niño en el rendimiento, no le quedaba más que ser el mismo, aunque él anhelaba á ser otro, juzgando por su humildad, que había hasta allí corrido flojamente por el camino de la perfección, procurando dar largos pasos de devoción, penitencia, mortificación y de las otras virtudes, en que servía de estímulo á los mismos Novicios, y con sus santas palabras y más con sus ejemplares obras los encendía en deseos de la santidad.

CAPÍTULO VIII

TRES MESES EN SANTA FE. — PASA Á LA REDUCCIÓN DE LORETO EN EL PARAGUAY. — EL PADRE BENITEZ CUENTA SUS TRABAJOS APOSTÓLICOS EN AQUEL PAÍS.

Á los seis meses, viendo los superiores su inclinación fervorosa á las Misiones, donde había

(como suele muchas veces) falta de obreros, le mandaron ir á las del Paraguay, obediencia que aceptó gustosísimo, por ser cumplidos los deseos, que le hicieron desterrarse de Europa; y aunque le fué forzoso detenerse más de tres meses en el Colegio de Santa Fe, por el embarazo de las revueltas del Paraguay, de que se originaba la falta de comodidad para el pasaje, no estuvo aquí ocioso, porque como si fuera sujeto del mismo colegio, y no huésped, se empleaba en nuestros ministerios, y convidaba á suplir en cualquier oficio con su acostumbrada alegría, y en el alivio de todos los sujetos; por lo cual, deseoso de aliviar á los que por turno tenían la Misa última, lo que les podía ser penosa la dilación, se ofreció á decirla, y la dijo todo el tiempo que allí se estuvo.

Pasó por fin á las Misiones por el mes de Enero de 1725, y á cuantos pueblos llegaba le parecía á los nuestros, que recibían un ángel, dándose á conocer y estimar por tal en todas sus acciones, y deseando cada uno la dicha de tenerle por compañero. Merecióla principalmente el Padre Pablo Benítez, que poco antes había acabado de ser superior de todas las Misiones y gobernaba entonces la umerosísima reducción de Nuestra Señora de Loreto, y por su testimonio se conocerá mejor el modo con que el siervo de Dios procedía en el trabajoso y apostólico Ministerio de Misiones. Dice, pues, así dicho Padre Benítez en carta de 20 de Noviembre de 1735.

“ El Venerable Padre Julián Lizardi fué mi compañero en Loreto: no tengo términos con qué expli-

car su amabilidad con todos, su mortificación y aplicación singular é incansable en los ministerios espirituales con esta pobre gente, predicando, confesando, llevando viáticos y Extrema-Uncion de día y de noche, siempre con una cara de risa. Esmerábase sobremanera en el trabajoso ejercicio de enseñar á los muchachos y muchachas, yendo en persona por el pueblo á recoger á todos para la doctrina, y después de ella iba en persona á darles de comer, procurando vestirlos á todos, y pidiéndome con mucha gracia con qué poder hacerlo, todo para aficionarlos á que acudiesen gustosos y se aprovecharen sus almas, y de aquí nació que de todos era conocido y amado, de manera que, cuando se volvió á la provincia, fueron muchos los que le llamaron y le fueron acompañando á pie hasta la reducción de Santa Ana, que dista dos leguas de esta de Loreto. Nunca le oí hablar de faltas, y cuando se ofrecía lo procuraba impedir y divertir discretamente la conversación. En la comida le experimenté siempre muy mortificado, comiendo lo que le daban, y decía con gracia, que nada le hacía daño, sino que le hacía bien, porque tenía estómago de pobre, andaba siempre cargado de cilicios, que se le echaba bien de ver, en la dificultad con que se sentaba, por más cuidado que ponía en disimularlo. En la observancia de nuestros votos le reconocí ejemplarísimo. En la pobreza se dice bien con decir, que no tenía nada: si algo le daban, lo repartía todo á los pobres, y cuando se fué á la provincia, cuanto le dieron lo empleó y volvió en cuchillos para los pobres indios, que tanto necesitaban de este gé-

nero ó en rescates, para aficionar á los niños á la doctrina. En la obediencia, exactísimo en ejecutar las órdenes de los superiores y cuando el Padre Provincial Ignacio de Arteaga le llamó para la Provincia, lloraba de sentimiento de dejar á los pobres: pero me decía, es fuerza obedecer, porque nunca he propuesto. " Dios me volverá, si conviniere "

Hasta aquí el Padre Pablo Benitez. Para ser cuanto antes útil á aquella gente pobre, se aplicó con tesón al estudio del idioma Guaraní, que siendo al paso que artificioso y elegante bien difícil venció su celo con bastante brevedad sus dificultades y ayudado de su felicísima memoria se enteró perfectamente de él, desioso de hacer fruto en aquellas almas. Cuando ya pudo confesar y predicar, no se contentaba con hacer los ministerios la semana que le tocaba, sino solicitaba encargarle de ellos siempre, así por dar ejercicio á su celo, como para aliviar al Padre que cuidaba de la Reducción, que tiene otras muchas cosas á que acudir. Ganóle la confianza á los indios que acudían á él, como á padre amoroso en todas las necesidades, espirituales y corporales, porque le hallaban siempre pronto á socorrerlas, sin desazonarle las impertinencias, antes bien le hallaban siempre de un temple, sin despedir á alguno desconsolado. En el ejercicio, que tomó con más empeño, de enseñar la Doctrina á los niños, mostraba particular gracia usando de varias trazas y artificios para mejor imprimir en sus tiernos inocentes ánimos las verdades católicas, bien que á costa de increíble trabajo, porque el pueril audi-

torio era de los más numerosos que hay en nuestras Reducciones del Paraguay, el gran Rio Paraguay, por ser la de Loreto la mayor de todo el gran Rio Paraná, y la segunda en número de todas las Misiones, llegando entonces á siete mil almas. Enseñábales, pues, con grande amor y diligencia y la de recojerlos por el pueblo, no era de menor trabajo, especialmente en tiempo de verano, en que son allí casi intolerables los ardores del sol y bañado en sudor discurría por todas partes hasta que juntaba la grey, haciendo gran consuelo en el trabajo de desbistar su rudeza por aprovechar sus almas y en verse cerca de aquellos párvulos. Cualquiera que enfermase, lo asistía incansable, le consolaba y le disponía para el último trance con un tesón admirable, aun estando á veces afligido del achaque del alma, que dió grande ejercicio á su tolerancia; pero para alivio de los enfermos atropellaba por su comodidad, y lo proponía todo. Con que esmerándose tanto á beneficio de los pobres indios, no es maravilla que ellos le cobrasen tan cordial afecto, que sintiesen vivísimamente la ausencia y la manifestación en las demostraciones de sentimiento por su partida á los colegios de la Provincia.

CAPÍTULO IX

VUELVE Á BUENOS AIRES. — ES NOMBRADO MINISTRO DEL COLEGIO. — EL SECRETO DE SU PAZ INTERIOR Y EXTERIOR. — EPIDEMIA ENTRE LOS INDIOS. — SU CARIDAD HACIA LOS CONTAGIADOS.

Al Colegio de Buenos Aires le destinó á nuestro Misionero el Padre Provincial Ignacio de Arteaga, encargándole el oficio de Ministro, y aunque amaba tan tiernamente á los indios y vivía entre ellos tan gustoso, que le costó lágrimas la salida de sus amadas Misiones, pero sacrificó su gusto propio en las aras de la obediencia, que le selló los labios, para no hacer la menor propuesta, porque no deseaba sino ejecutar la voluntad de Dios, sin hacer diferencia de lugares, persuadido á que siguiendo este norte seguro de los religiosos, agradaría á su Divina Majestad, donde quiera que viviese. Por esto algunos no hallan el socio de su espíritu en los ministerios más santos, porque se mezcla más de una vez la propia voluntad; pero el Padre Julián en todos gozaba de grande paz interior y exterior, porque le resignaba enteramente en manos de los superiores, fuese en ésta ó en aquella ocupación. Santísima es la de atender á la instrucción de los pobres indios, y que soborna los más fervorosos por varios títulos muy dignos de ser atendidos del cielo; pero sin duda es mayor acierto ponerse indiferente al arbitrio de la obediencia para donde nos quisiese

emplear, y más cuando les consta á los superiores el gusto con que se ocupara en aquel ministerio Apostólico quien por el renuncio á sus amigos salió de su Provincia, abandonó la Europa, y emprendió los peligros de la navegación á estos remotos y pobrísimos países. Así al pié de la letra obró el Padre Julián, ocupándose en Buenos Aires con el fervor que siempre en los ministerios con los Españoles, y dispuso Dios que no le faltase el de los Indios.

Porque con ocasión de acabar la construcción de la fortaleza de aquel puerto, bajaba á aquella labor número copioso de los Guaranies de nuestras Misiones, y en el año de 1727 bajaron más, porque corriendo voz de que llegarían muchos Misioneros, que se esperaban de Europa, se anticiparon á su recibimiento para poderlos conducir á sus Reducciones con mayor brevedad. A todos ellos les asaltó una epidemia, que corrió por todas estas Provincias y murieron muchos; pero ninguno sin que el Padre Julián le asistiese á todas horas, de día y de noche, y los dispusiese á todas horas con los Santos Sacramentos, y con cuanto podía para poder recobrar la salud. Como era entonces Ministro de Colegio se valió de la ocasión para socorrer á dichos enfermos con pan, sal, carne, leña y otras cosas, y no pocas veces les enviaba, ó llevaba su propia comida, cercenando de su propio alimento ó quitándose lo del todo, para que comiesen aquellos pobres, diciendo: " sea esto para mis hijos los indios ", que así los llamaba siempre por el amor que les profesaba. Por el ardiente deseo que tenía de que el Señor

le otorgase la gracia de volver á las Misiones, era espectáculo gustoso, cuando asistía á los moribundos, ver con cuán grande afecto y ternura les encomendaba, les alcanzasen del Señor, cuando se viesen en el Cielo, que moviese á los superiores á restituirle aquel empleo y que perseverase en él hasta la muerte; era por cierto cosa admirable la confianza que tenía de la salvación de aquellos Neófitos, dichosos sin duda de morir en manos de un Angel, y como tan humilde se persuadía tendrían mejor despacho las oraciones de ellos, que las suyas propias, diciendo: confiaba seguramente, que por los méritos de aquellas almas sería oído, y lograría sus deseos.

Profesábase á los vivos tan grande amor, que no sólo cuando enfermos sino cuando sanos y en cualquiera ocasión les hacía cuanto bien podía, por lo cual consiguió licencia del Padre Rector, y en virtud de ella dió orden al hermano despensero, para que los socorriese en sus necesidades, y que á cuantos acudiesen, les diese algo, y que á ninguno despachase desconsolado. Llegaron á aquella Ciudad una noche de invierno (que suele ser muy destemplado y riguroso) los indios de una balsa, que bajaba de las Misiones: tuvo la noticia después de cenar y luego preguntó qué alojamiento les había cabido. Dijéronle, como por estar su galpón ocupado de otros indios, se habían arrimado á unos ranchos, quedando sin reparo alguno, expuestos al rigor del tiempo. No se puede fácilmente ponderar cuánto se afligió su compasivo corazón; dejó cuanto tenía entre sus manos, y, acompañado de un hermano, fué vo-

lando donde estaban sus amados indios, hizoles mil caricias, hablóles con palabras muy amorosas, y no pudiendo sufrir quedasen tan mal acomodados, los trajo consigo, les metió en el Colegio, les dió aposentos, en que, con abrigo, se recogiesen, hizoles proveer de leña, para que encendiendo fuego se reparasen del frío, que los tenía afligidos, y les dió de cenar, no retirándose á dormir, aunque era ya muy tarde, hasta que ocurriendo á todas sus necesidades, les dejó consolados. Sabiendo por la mañana el Padre Rector, y haciéndole cargo de lo hecho, respondió con aquella rara ingenuidad: ("Siento haber faltado en un ápice á la voluntad de V. R., pero confieso que como Ministro, me pareció lo podía hacer sin el menor reparo, ni me sufrió el corazón dejar aquellos pobres, que amo más que mí mismo, en el desamparo en que los hallé: por tanto pido perdón á V. R. de mi yerro y estoy dispuesto á cualquier penitencia que V. R. me diere, pues por haber hecho este bien á esos pobrecitos, la más rigurosa me parecerá regalo." Dijole con tal afecto, que el Superior se enterneció y edificó grandemente, así de su humilde reconocimiento, como de su caridad.

Quien así la ejercitaba con los extraños, ¿qué haría con sus hermanos en Cristo? Valiose del oficio de Superior, para servir á todos y ser el menor, y en la realidad Ministro de todos, escogiendo para sí los oficios más humildes de la casa, y en que se ejercita más la caridad. A los huéspedes que llegaban al Colegio, aderezaba los aposentos por su persona, y lo hacía con tanto

mayor gusto, cuanto que suelen ser Misioneros, á quienes teniendo santa envidia de su dicha, servía con tanto mayor afecto y humildad, por ir ó estar destinados á aquel Ministerio glorioso; del mismo modo se portaba con los otros sujetos moradores del Colegio, que tenían necesidad; y mayor cuidado con los enfermos, por más necesitados, valiéndose entonces de la autoridad de Superior, para mandarles que se dejasen servir de él: y de los tales parecía madre, y madre amorosa en lo que hacía y el modo con que lo hacía.

En una ocasión, por estar los indios guaraníes trabajando en la calera, le mandó el Padre Rector fuese allá á cuidarlos, por ser el único á la sazón que entendía su idioma. Despachó también allá un Hermano Coadyutor para que convaleciese de cierta enfermedad, y á la vuelta no tenía el Hermano palabras con qué expresar la caridad, que con él había usado el Padre Julián todos los días que allí se detuvo en la convalecencia: sólo dijo que parecía no pensar de día, ni de noche, sino en cómo consolarle, asistirle, darle gusto y recrearle, hasta hacerle la cama por sus propias manos, y esto con la alegría que le era tan natural; y no habiendo en dicha calera más que un catre, se le cedió y acomodó para el Hermano, tomando para sí la incomodidad de dormir sobre una caja, sin que el Hermano pudiese vencerle á que dejase de servirle; y cuando el convaleciente se halló con algunas fuerzas, le quizo traer él mismo al Colegio para atenderlo en cuanto se le ofreciese, acomodándose á venir á su paso con no pequeña mortificación, y dándole á él el mejor caballo,

aunque le costó al Padre venir con uno que le causaba sobrada molestia y penalidad.

CAPÍTULO X

SU AFABILIDAD. — SU SERENIDAD LE VIENE DEL CIELO. — UNA PRUEBA ADMIRABLE. — POR QUÉ ES TAN DEVOTO DE SAN EUSTAQUIO.

Por la ocupación de Ministro y otras varias que tenía á su cargo, no dejaba un punto de acudir á los Ministerios con los prójimos, cargando tantos sobre él, que hacía por muchos operarios, y las más veces no le daban tiempo de día para cumplir con la obligación del rezo Divino, siéndole preciso robar el tiempo al reposo, ni aun cesaban de noche, porque era el más frecuentemente señalado de noche, por la confianza que de él tenía el Padre Rector, y también porque era el más deseado y pedido de los enfermos; y perdiendo mucha parte del sueño necesario, aunque por este respecto se le concedía que no se levantase por la mañana con la Comunidad, nunca aceptó esta indulgencia, sino que era el más puntual en levantarse cuando todos, y se iba á tener la oración con su acostumbrada devoción. Su afabilidad y agrado robaba los corazones de cuantos trataba; y como dice un sujeto que concurrió entonces en aquel Colegio: "Estaban así domésticos como externos, encantados con la bondad que admiraban en él, pues no descubrían sino

mayor gusto, cuanto que suelen ser Misioneros, á quienes teniendo santa envidia de su dicha, servía con tanto mayor afecto y humildad, por ir ó estar destinados á aquel Ministerio glorioso; del mismo modo se portaba con los otros sujetos moradores del Colegio, que tenían necesidad; y mayor cuidado con los enfermos, por más necesitados, valiéndose entonces de la autoridad de Superior, para mandarles que se dejasen servir de él: y de los tales parecía madre, y madre amorosa en lo que hacía y el modo con que lo hacía.

En una ocasión, por estar los indios guaraníes trabajando en la calera, le mandó el Padre Rector fuese allá á cuidarlos, por ser el único á la sazón que entendía su idioma. Despachó también allá un Hermano Coadyutor para que convaleciese de cierta enfermedad, y á la vuelta no tenía el Hermano palabras con qué expresar la caridad, que con él había usado el Padre Julián todos los días que allí se detuvo en la convalecencia: sólo dijo que parecía no pensar de día, ni de noche, sino en cómo consolarle, asistirle, darle gusto y recrearle, hasta hacerle la cama por sus propias manos, y esto con la alegría que le era tan natural; y no habiendo en dicha calera más que un catre, se le cedió y acomodó para el Hermano, tomando para sí la incomodidad de dormir sobre una caja, sin que el Hermano pudiese vencerle á que dejase de servirle; y cuando el convaleciente se halló con algunas fuerzas, le quizo traer él mismo al Colegio para atenderlo en cuanto se le ofreciese, acomodándose á venir á su paso con no pequeña mortificación, y dándole á él el mejor caballo,

aunque le costó al Padre venir con uno que le causaba sobrada molestia y penalidad.

CAPÍTULO X

SU AFABILIDAD. — SU SERENIDAD LE VIENE DEL CIELO. — UNA PRUEBA ADMIRABLE. — POR QUÉ ES TAN DEVOTO DE SAN EUSTAQUIO.

Por la ocupación de Ministro y otras varias que tenía á su cargo, no dejaba un punto de acudir á los Ministerios con los prójimos, cargando tantos sobre él, que hacía por muchos operarios, y las más veces no le daban tiempo de día para cumplir con la obligación del rezo Divino, siéndole preciso robar el tiempo al reposo, ni aun cesaban de noche, porque era el más frecuentemente señalado de noche, por la confianza que de él tenía el Padre Rector, y también porque era el más deseado y pedido de los enfermos; y perdiendo mucha parte del sueño necesario, aunque por este respecto se le concedía que no se levantase por la mañana con la Comunidad, nunca aceptó esta indulgencia, sino que era el más puntual en levantarse cuando todos, y se iba á tener la oración con su acostumbrada devoción. Su afabilidad y agrado robaba los corazones de cuantos trataba; y como dice un sujeto que concurrió entonces en aquel Colegio: "Estaban así domésticos como externos, encantados con la bondad que admiraban en él, pues no descubrían sino

el trato, y obras de Angel en todo, que parecia no tenia pasiones, sino gozaba una serenidad toda del Cielo".

Compruébelo este caso. En una noche de copiosa lluvia y de horrible tormenta, pidieron como suelen, un confesor en nuestro Colegio á más de las doce, y señalado el Padre Julián, acudió prontísimo; pero el que vino á llamarlo no trajo más que la cabalgadura en que él montaba, ni había otras en casa á la sazón, como después se han dispuesto, porque en semejantes ocasiones es imposible caminar á pie por las calles: hubiéronse, pues, de acomodar el Padre y el Hermano su compañero en la cabalgadura con el dicho hombre, con el trabajo que se puede considerar, así de los jinetes como de la bestia; pero el siervo de Dios, como si nada padeciese, iba tan regocijado, que infundía alegría al Hermano compañero y al secular, para que no se afligiesen. No es esto todavía lo más: llegan empapados en agua á casa del enfermo, y preguntando dónde estaba, le responden que ya estaba sano y no quería confesarse. Quien no fuese tan dueño de sus pasiones como el Padre Julián, presumiera haber sido chasco y bien pesado, y no fuera maravilla prorrumpiese en alguna queja ó palabra alterada, aunque la burla merecía; pero su candor merecía más; pero su candor angelical no le permitió formar siniestro juicio, ni mostró el más leve ademán de sentimiento; bien que no queriendo perder su celo tamaño trabajo, ni volver á casa sin algún fruto, se llegó muy sereno y aun risueño á donde yacía el enfermo, ó fingido

ó recobrado, y aunque se escusó varias veces de la confesión, le supo decir varias cosas y razones tan suaves y eficaces, que le redujo á confesar y se volvió á casa muy consolado y rebosando en júbilo.

Entre todos los sujetos de casa era el más buscado para las confesiones, porque quien una vez se confesaba con él no sabía dejarle, especialmente la gente más pobre, con quien se portaba humanísimo, por la particular afición, que como á más desvalidos les profesaba, y tambien le solicitaban para que les asistiese en la última, siendo dichosos los que morían en sus manos, porque con sus palabras, á que daban eficacia particular sus fervorosas oraciones, los movía á grande arrepentimiento de sus pecados y á mucha resignación con la Divina voluntad en las últimas agonías y en recibir con gusto el amargo trago de la muerte. Aunque tan bien ocupado en Buenos Aires, suspiraba siempre por emplearse entre los indios, así por su humildad, que se hallaba mal con la estimación que se granjeaba entre los Españoles por su rara virtud, como haber sido éste el fin primario que le trajo á las Indias; pero su singular obediencia no le permitía desplegar los labios para significar á los Superiores su desco, por no dar ejercicio aun en la insinuación á su propia voluntad y sacrificarse enteramente á la de los Prelados que en lugar de Dios nos gobiernan. Negociaba sin embargo con ardientes súplicas en el Divino acatamiento, rogando á su Majestad, que si conviniese para su mayor gloria, moviese hacia esta parte á sus Superiores;

y como en la lección de mesa oyese un día, que Dios tenía prometido á San Eustaquio, concedería á sus devotos cuanto en su nombre le pidiesen, entró en viva fe de que por la intercesión de éste inelito é invictísimo Mártir había de alcanzar feliz despacho de la gracia deseada, que era la única pretensión de su fervoroso anhelo.

Túvole pues al Santo desde aquel día singular devoción; encomendábale su negocio instantemente, y no confiando de solas sus oraciones, rogó á otros que le ayudasen con las suyas, cierto siempre de que por este medio, que Dios sin duda le inspiró, quería el mismo otorgarle la gracia y mostró el suceso que no le salió vana su confianza, aunque para facilitar más la consecución, añadió el grande acto de ofrecer la satisfacción de las obras de toda su vida por las almas de los pobres indios, y aconsejaba lo mismo á otros que se sentían también movidos y llamados de Dios á las Misiones, y ejercitándose al mismo fin en grandes penitencias, vino á alcanzar lo que deseaba, pues mudándose á tiempo impensado el gobierno, el nuevo Provincial Padre Lorenzo Rillo le señaló luego para las Misiones, sin haber solicitado este destino sino solamente delante de nuestro Señor, que movió sin duda aquella resolución. No cabía en sí de regocijo con la noticia, celebrála como su mayor dicha; dió rendidas gracias al Señor con tiernísimo afecto y pidió á otros que lo ayudasen á darlas, y por verse cuanto antes entre sus amados Neófitos, no veía la hora de salir de Buenos Aires, y metía el calor posible en acelerar el viaje.

CAPÍTULO XI

SU VIAJE DE 200 LEGUAS RÍO ARRIBA HACIA EL PARAGUAY. — DESCRIPCIÓN DE SUS BALSAS. — PADECE NAUFRAGIO. — LLEGA AL PARAGUAY. — CUATRO AÑOS ES SUPERIOR DE LA REDUCCIÓN DEL SANTO ANGEL. — SU PROFESIÓN DE CUATRO VOTOS.

Hubo de pasar á las Misiones en compañía de otros cuatro Padres, que iban de nuevo á ellas, y de todos fué señalado por Superior, así por ser el más antiguo, como por entender únicamente entre todos cinco el idioma guaraní, propio de los indios que los conducían en sus embarcaciones. Partiósese de Buenos Aires muy alegre; pero como no hay gusto cumplido en esta vida, en breve se le aguó su contento, y bien aguado, porque al querer atravesar el golfo formidable, que se forma donde el Uruguay descarga todo su gran caudal de agua en el caudalosisimo Paraná, se levantó de improviso un viento, que conmoviendo aquella prodigiosa multitud de aguas, volcó totalmente la balsa del Padre Lizardi, ni es maravilla, antes lo fué, que no trasformase las otras de la comitiva, porque la balsa es embarcación debilísima. Compónese de dos canoas que son dos troncos cabados, sobre los cuales se tienden unos travesaños de palos, que los unen entre sí, dejando descubiertas las cuatro puntas, en cuyos huecos bogan los remeros en pie, y sobre los travesaños se forma una casita cuadrada, ce-

rrada y cubierta, ó de esteras, ó de cueros, dentro de la cual navega el Misionero con grande incomodidad, porque en tiempo de invierno es en aquel río Uruguay (donde se usa más semejantes embarcaciones) rigidísimo el frío, y en tiempo templado, y más en el estío (como era entonces por Enero de 1728), es inalterable el calor; porque penetrando el sol ardentísimo por los débiles reparos, vuelve la casilla una estufa propia para tomar unciones. Por lo dicho se hará juicio del trabajo que en semejantes viajes, padecen los Misioneros, pues la navegación es de doscientas leguas río arriba á fuerza de remos, y siendo forzoso cargar los bastimentos para diez y seis remeros de buen diente, porque todo aquel largo camino es despoblado, hace más penoso el viaje, estrechando el corto buque, y al olor de la carne que cargan al principio, acude infinidad de moscas, que juntas con los mosquitos, de que hay estupenda multitud, causan indecible molestia, y llevan en continuo ejercicio la paciencia del Misionero navegante. Escógese este camino, porque por tierra no hay forma de caminar, lo uno por la multitud de ríos y desigualdad del terreno y ser todo despoblado; lo otro por el peligro de los bárbaros que discurren vagos por ambas márgenes, y sobre infieles, grandes ladrones y enemigos ó pocos afectos á los cristianos, habiendo poca ó ninguna seguridad de pasar por entre ellos sin numerosa escolta. Estos peligros salvan los Misioneros con la navegación, pero á costa de los trabajos insinuados, que á veces son mayores, porque si soplan los vientos con frecuencia, es

imposible adelantar un paso y se consumen los bastimentos, llegando á estrecharles mucho el hambre, porque la balsa no se puede marear sino en tiempo sereno. Estas incomodidades hace tolerables á los Misioneros, y aun suaves el celo de la salvación de las almas, y deseo fervoroso de atender á la conversión de los Gentiles é instrucción de los Neófitos, entregándose intrépidos al peligro que van corriendo sus vidas por todo el tiempo de la navegación en las balsas, porque no pueden resistir á los embates de las olas, y si de improvísó les sopla viento, corren manifiesto riesgo de padecer naufragio, como le sucedió á nuestro Misionero.

Porque volviendo el viento las canoas boca abajo, quedó anegada la casilla de la balsa donde el Padre Julián iba, y hubiera ciertamente ahogádole á no haber acudido con increíble presteza los indios bogadores, que son también nadadores diestrisimos y estimulados del amor grande que le profesaban, hicieron el más vivo esfuerzo para sacarlo luego debajo del agua, no á salvamento, porque la tierra por ambas partes estaba muy distante, sino sobre las transformadas canoas y empapado en agua. Las otras balsas no le pudieron socorrer, porque corrían igual peligro é hicieron harto en salvarse. El viento arremeciaba, y cogiéndole mojado se hacía muy sensible, y tanto, que de aquí se le originó el penoso achaque del asma. Sucedió el infortunio á las cinco de la tarde y hasta las cinco de la mañana siguiente se mantuvieron el Padre y los indios sobre las canoas volcadas hechos pelotas de vien-

to y juguete de las ondas, sin tener bocado que llevar á la boca (ni creo le echaría menos por el susto, aun la voracidad de los indios) porque todo el avio se había perdido. La esperanza de salir al salvamento era poca, en cuanto el viento no amainase, de ello no había apariencia por la furia con que soplabá. El santo Padre Julián, sin perder su serenidad, se consolaba de ver que ninguno de sus indios había perecido; hablábales cariñoso, alentándolos á la confianza en Dios que les había de sacar salvos de tamaño riesgo; aconsejábales que clamasen al Cielo por remedio, para que apiadándose el Señor por sus súplicas, mandase cesar el viento y la tempestad, y en el mayor conflicto se ofreció con voto á Nuestro Señor á vivir y morir en las Misiones de los Guaraníes, cuanto estuviese de su parte, sin procurar jamás, directa ni indirectamente salir de ellas, por más afligido que se hallase ó por más que padeciese. Agradóle al Señor su ofrenda y fué servido, que después de doce horas la misma resaca los fué echando á la orilla de la otra banda del Uruguay, sin peligrar el Padre ó alguno de los indios, aunque todos salieron tales cuales fácilmente se puede considerar. Fué necesario despachar por nuevo matalotage al Colegio de Buenos Aires, porque yendo todo en la balsa anegada, pereció en el río. Marcharon después á las Misiones, y llegando con felicidad á ellas, se le encargó, por orden de los Superiores, el cuidado de la reducción del Santo Angel de la Guarda, que tuvo á su cargo más de cuatro años; y en uno de ellos el día de la Triunfante Asunción de María Santísima del año de

1730, le honró y se honró la compañía, dándole el supremo grado de la profesión de cuatro votos á que eran justos acreedores su literatura y virtud; y me consta del sujeto, que en el mismo día y año, le acompañó únicamente en la propia fortuna que mira con especial aprecio la casualidad de esta circunstancia.

El Misionero que cuida de cualquiera de estas reducciones, no sólo ha de ejercitar los Ministerios propios de Párroco, de confesar, predicar, catequizar, bautizar, instruir, auxiliar á los moribundos y otros semejantes, sino que tiene sobre sí la pesada carga de atender á lo temporal del pueblo, porque siendo esas gentes de poca ó ninguna providencia, se trabajará vanamente en los ministerios espirituales, sino se encargaran los Jesuitas Misioneros de la dirección en todos los corporales, velando solícitos en distribuir á cada uno los oficios necesarios para la conservación de una República bien gobernada y por este cambio, aunque á costa de inexplicable afán de los Misioneros, han llegado á florecer de manera estas Reducciones desde la fundación, que han sido la justa admiración de cuantos señores Obispos de las dos Diócesis del Paraguay y Río de la Plata, por su obligación pastoral y de cuantos Gobernadores y Ministros Reales unos de oficio, otros por comisión de Su Magestad, las han visitado en diferentes tiempos, conspirando todos uniformes, cuando informan de sus visitas á nuestros católicos Monarcas y su real Supremo Consejo de Indias, se celebra la Religión de los Neófitos, la puntualidad en la observancia cristiana, la

pericia de los Sagrados Misterios, la viveza de su fe, la frecuencia de los Sacramentos, la devoción tierna, la ejemplaridad de sus costumbres, el orden y concierto de sus Pueblos, la obediencia á los Misterios de su Majestad, el valór en las funciones militares, la armonía admirable con que está dispuesto su plausible régimen, dándole por norma de las más conservadas Repúblicas y atribuyéndolo todo al desvelo, afán y celo infatigable de los Misioneros, que sin duda es digno de la mayor alabanza; aunque las más veces padecen la pensión forzosa de las obras grandes, y especialmente de las que son de mayor gloria Divina, que es la emulación de los envidiosos y las baterías del Infierno que afecta sus tiros de continuo para dar en tierra con esta grande máquina e impedir la salvación de tantas almas que en aquellas Misiones, como en puerto seguro, se libran de las garras de Satanás y burlan sus astucias: que es el más poderoso motivo que ha excitado las más crueles persecuciones contra este rebaño de Cristo y escogida porción, aunque nueva, de la Santa Iglesia, como se ha visto en la última que acaban de padecer, y de qué, cómo tormenta tan deshecha y prolija, dura aun la resaca empeñado el abismo de contrastar esta obra verdaderamente de la mano del Señor.

CAPÍTULO XII

TRES COSAS PROPUSO OBSERVAR EN LAS MISIONES.

— EL PADRE ZACARÍAS DECLÁRALAS. — UN DICHO DE PLUTARCO APLICABLE AL MÁRTIR.

Haciéndose, pues, cargo el Padre Julián de la grande obligación que ponía sobre sus hombros la obediencia, encomendándole la redución de San Angel, propuso luego en su ánimo, para dar cumplida satisfacción, tres cosas, que son sin duda el todo para cumplir perfectamente con aquel ministerio. Declároselas él mismo al Padre Jerónimo Zacarías, que era su compañero en la ocasión, que él expresa con estas palabras, en carta de 2 de Diciembre de 1735: "Lo que yo puedo decir á V. R. del buen Padre Julián Lizardi por los diez y seis meses que tuve la dicha (aunque tan indigna y desaprovechadamente) de vivir en su compañía en el pueblo de San Angel, él, que era un Angel de Dios en la tierra y un perfecto ejemplar de Misioneros. Dijome al despedirse de mí para su dichosa Misión de Chiriguano, que al encargarle los Superiores el pueblo del Santo Angel, tres cosas propuso observar en el tiempo que le gobernó:

La 1.^a el atender á su aprovechamiento espiritual propio;

Lo 2.^o al bien espiritual de sus prójimos; y

Lo 3.^o y último, á la temporal de ellos. Así lo

practicó y así se dispuso este Angelical y Apostólico Venerable varón para la gloriosa Corona del Martirio, con que quiso Dios premiar sus grandes merecimientos". Hasta aquí su dichoso compañero, persona de gran religión y que tantos meses fué testigo de sus acciones.

El primer propósito cumplió tan perfectamente, como quien daba el primer aprecio á su salvación, no habiendo cosa que fuese poderosa á hacerle desueldar de su propio aprovechamiento, por tener con el Apóstol el justo temor de no hacerle réprobo por aprovechar á otros. Vivía por este tiempo con tales esmeros de perfección, que el dicho Padre Zacarías, que era su confesor, dijo, que en lo puro y delicado de su conciencia, parecía un muy fervoroso Novicio. Aun siendo á veces las ocupaciones de todo el dia, no omitía el irse frecuentemente en dándole algunas treguas á su más apetecido recreo de la oración, de donde salía más esforzado para el trabajo, y después de tocar á acostar, y aun en las noches frigidísimas del invierno, y á veces horribosas por la copiosa lluvia, truenos y relámpagos, se retiraba á la Iglesia á continuar el mismo ejercicio, por más fatigado que se hallase del trabajo del día, y de su achaque del asma: aunque mejor dijéramos, que nunca interrumpía la oración, porque aun en las ocupaciones anteriores vivía muy dentro de sí, y su espíritu puesto en Dios, según se conocía por el índice de la exterior compostura. En una palabra lo expresaré mejor diciendo: que en su empleo era el Padre Julián muy semejante á sí mismo cuanto particular, y sólo se reconocía la mudanza

de que cada día se adelantaba á largos pasos en la perfección.

En el segundo propósito se portó de manera que no dejó cosa que desear. Ni pudiera ser menos en quien tanto y tan entrañablemente amaba Neófitos. No se reconocía en este gran siervo de Dios especial amor á cosa criada; sólo á aquella pobre gente parecía tener alición; pues ¿cómo se esmeraría en su espiritual aprovechamiento? Nada omitía, que pudiese conducir al bien de sus almas, asistiéndoles á este fin de día y de noche, sin saber parar y hubo vez, que para socorrer á uno con los Sacramentos, caminó y encontró en el rigor del Invierno más de cincuenta leguas. Sentía tanto cualesquiera ofensa de Dios, que el saber hubiese quien le ofendiese, le era penetrante herida, y ponía la mayor solicitud por remediarla y quitar las ocasiones de tropiezo á la fragilidad de los feligreses y le sacaba vivas lágrimas desde el corazón á los ojos el celo de que en ninguno de ellos se malograba la redención y beneficios de nuestro gran Dios, encomendándoselos con ardientes súplicas para que los favoreciese con los poderosos auxilios de su gracia. Si tenía noticia de que hubiese en su pueblo algún escándalo, tomaba tan á su cuenta el remedio, que atropellando con su propia conveniencia á costa de cualquier penalidad le atajaba. Concurría el Cielo á estas diligencias dando eficacia á su voz, y persuasiva á sus consejos; con que alcanzó del Demonio nobles triunfos. No sólo vivos los atendía celoso, sino que se extendía su solicitud hasta después de difuntos, deseoso de que se les acelerase la dicha

dever á Dios en la gloria; por lo cual no contento de haber hecho en general cesión de la satisfacción de sus obras á beneficio de las almas de los Indios, actuaba, y ratificaba muchas veces la misma oferta, y tomaba de nuevo muchas penalidades por el mismo fin, actuando esta intención en las mismas obras, y repitiendo en cualquiera mortificación: "Vaya esto por las ánimas de los pobres Indios."

El mismo noble fin, que estimulaba al celo de nuestro Misionero en lo espiritual, le hacía muy solícito en lo temporal, porque aquello en este género de gentes depende de esto, pues cuanto mejor asistidos los Indios, tienen menos ocasiones de ser malos, y se logran mejor los medios dirigidos á su cristiano aprovechamiento. Esto era lo tercero que propuso, y lo cumplió, atendiendo á costa de fatigas y afanes, á que tuviesen con abundancia lo necesario para pasar la vida, según su modo, y como si no tuviera otros muchos cuidados, procuraba dirigirlos en todos los trabajos, padeciendo soles y frios según los tiempos. En todas sus necesidades los socorría liberalísimo, no estando en manos de su caridad compasiva y generosa negarles cosa, aunque eran frecuentísimas sus peticiones, guiado de aquel dictamen, que practicaron los héroes Evangélicos más señalados y esclarecidos en la misericordia, que es mejor ser engañado de quien no tiene necesidad, que faltar en el socorro á quien la padece verdadera; pues en semejantes engaños queda siempre gananciosa la piedad. A cualquiera, pues, que pidiese, la distribuía sin reparo, de cuanto había

en casa, y porque á muchos no les costase aun el precio de la vergüenza, inquiría qué les faltaba, para dar la debida providencia, y aun se llegaba á quitar en la mesa el bocado de la boca, por enviarla á algún necesitado. Cuando enfermaban, después de disponer sus almas (que suele ser el primer cuidado de los mismos Néofitos, con arta confusión de muchos cristianos antiguos, de quienes es esta no rara vez la última atención) cuidaba de él con el mayor esmero; le curaba por sus manos y aplicaba las medicinas, sin hacer ascos de alguna inmundicia; parecía, según su compasión, sentir sus males como propios, y tan á su cuenta tomaba las necesidades, que sentía mucho menos padecerlas en sí mismo que el verlas padecer á su prójimo; lo que se conocía bien, en que por más que le afligiese su alma, descuidado de sí, se ejercitaba en aliviar á los enfermos. El Apóstol da por prueba de su caridad al prójimo, que enfermaba con los dolientes, y pudiera dar la misma nuestro Mártir, según se alligía y condolia, cuando enfermaban sus feligreses.

Por fin ningún bien podía obrar á beneficio de aquellos pobres, que le omitiese su caridad, no ofreciéndosele ocasión, en que no acudiese pronto á ejercitarlas. De Pericles, capitán ateniense, cuenta Plutarco, que celebrando los circunstantes al morir sus pruebas en la campaña, les atajó diciendo: que sólo quería les quedase en la memoria por su mayor elogio, que en su vida no hizo mal á nadie y obró por su prójimo cuanto bien pudo. Lo mismo, y con mayor verdad podemos decir de nuestro Misionero, porque su amor en-

trañable al prójimo le hacía desvelarse en beneficiarle cuanto podía y alcanzaba con sus fuerzas. Sus acciones en todo eran tan conformes á la obligación de un celoso y ferviente Misionero, que á uno de los dos superiores de aquellas Misiones se le oyó varias veces, que en todas ellas no había quien se le aventajase en todo género de virtud. Era hombre serio, y que sabía bien lo que se decía, porque había visitado varias veces dichas Misiones con plena noticia de los sujetos: con que el elogio es mucho mayor de lo que parece, porque sin duda concurren en aquella Comunidad venerables sujetos Apostólicos y de alta perfección con grandes méritos y entre tantos no reconocer exceso, es prueba de cuanto se señalaba en el ejercicio de las virtudes este Varón Angelical. Queríale premiar el Cielo con la corona del Martirio, y con suave providencia le fué acercando á ella, cuando menos se pensaba.

CAPÍTULO XIII

EL BELICOSO Y SOBERBIO CARÁCTER DE LOS CHIRIGUANOS. — SE BURLARON DEL EJÉRCITO ESPAÑOL. — POR 150 AÑOS RESISTIERON LA LUZ EVANGÉLICA.

Deseó siempre ardientemente esta gracia del Martirio, y por conseguirla se desterró de Europa, atravesó los mares y navegó á esta Provincia, donde á Dios las gracias han sido tan dichosos

nuestros hermanos, que desde el año de 1711, han derramado ocho su sangre á manos de Gentiles. El campo destinado al glorioso triunfo de nuestro invicto Héroe, era el país de los barbarísimos chiriguanos, cuya obstinada perfidia puso término feliz á sus deseos, y le coronó Mártir. En la conversión de esta proterva nación, se han empleado por ciento y cincuenta años, varones celosísimos de las tres religiones: de Santo Domingo, San Francisco, y San Agustín de la Provincia del Perú, tentando en varios tiempos ablandar su prodigiosa dureza; con mayor continuación han emprendido la misma reduccion diferentes Misioneros Jesuitas de las dos Provincias del Perú y Paraguay, y todos siempre con muy pequeño logro de sus fatigas, no dejándole labrar sus duros corazones á los recios golpes del temor de la eternidad infeliz, ni bastando á cautivar sus ánimos ingratisimos la grandeza de los divinos beneficios y eternas promesas, que les predicán los varones Apostólicos, porque ciegos y bien hallados en los torpes errores del Gentilismo (si no son Ateístas) cierran los ojos á la luz que aborrecen, y dan cada vez mayores señales de precitos, y destinados al fuego eterno.

Es nación muy numerosa, que se extiende desde cerca de la Villa de Tarija hasta Santa Cruz de la Sierra, y bien dentro del Chaco, de cuyas naciones han sido comunmente terror, porque siendo muy belicosos, han consumido ó reducido á esclavitud miserable á todos los comarcanos; y han sabido defender los fueros de su libertad contra la potencia española, llegando á burlarse

del mismo Virrey del Perú, que en persona bajó de Lima, y muy armado entró á su conquista. Esto mismo los ha hecho soberbios y orgullosos, y sin duda menos dóciles, preciándose de vivir y morir en la superstición de sus antepasados, por no rëndirse aún en eso á los Españoles. De estos, aunque muchos han procedido con la cristiandad tan propia de nuestra religiosísima Nación; pero otros, degenerando de la antigua piedad, no se puede negar, que con sus escándalos y malos ejemplos, han desacreditado entre esta gente la fe que profesamos, y concurrido mucho á las obstinación con que adhieren á sus errores y desprecian el Cristianismo, persuadidos á que no es mejor que su creencia gentilica, pues las costumbres de sus Profesores no se diferencia de las suyas, sino en algunos, que son peores y mas disolutas. Ven estos malos ejemplos, especialmente en los que entran á comerciar en sus países, y olvidando los muchos buenos, que veían en las ciudades fronterizas, donde solian ir á contratar los géneros de su tierra, ni la santidad de los Predicadores Evangélicos, se escudan con ellos, para mantenerse en la infidelidad; y si tal vez dan algunos indicios de querer abrazar la fe, sólo duran tanto quanto á los Misioneros los dones de su estimación, porque en sellando estos, sella también su hipocresia, y se declaran abiertamente por el partido del Demonio.

Aunque de esto ha habido distintas apariencias, no han bastado para hacer difícil del santo empeño de solicitar su conversión á muchos varones Apostólicos, y últimamente en este siglo lo

habían ardentemente procurado Misioneros Dominicos, Agustinos y Jesuitas, cuyos sudores y fatigas, tuvieron el mismo logro, pues la mayor parte de la nación le resistió á la luz evangélica, y los pocos que en tres Reducciones se habían alistado en las banderas de la Iglesia por el santo Bautismo, habían mudado en pocas cosas sus costumbres gentílicas: con que se pervitieron fácilmente, cuando el año 1727, se reveló esta pérdida nación, y matando á unos Misioneros, á otros poniéndolos en fuga, declararon de común acuerdo la guerra contra el español en todas las fronteras. Los principios fueron alegres para los rebeldes; pero los fines bien funestos, porque armándose los cristianos por todas partes, causaron en ellos, especialmente por las fronteras de Santa Cruz de la Sierra, tales estragos, que los pusieron en mucho aprieto, y los redujeron á estado de desear la paz, que infamemente habían sin causa violado.

CAPÍTULO XIV

EL CABILDO TARIJEÑO ENCOMIENDA LAS MISIONES CHIRIGUANAS Á LOS PADRES JESUITAS. — CARTA EN IGUAL SENTIDO DE DON SEBASTIAN DE TORO.

Concedieron los Españoles, que también sentían la inquietud de la guerra, y mostrándose algunos de estos infieles deseosos de oír la Doctrina Evangélica y abrazar nuestra santa Ley, determinó el

del mismo Virrey del Perú, que en persona bajó de Lima, y muy armado entró á su conquista. Esto mismo los ha hecho soberbios y orgullosos, y sin duda menos dóciles, preciándose de vivir y morir en la superstición de sus antepasados, por no rëndirse aún en eso á los Españoles. De estos, aunque muchos han procedido con la cristiandad tan propia de nuestra religiosísima Nación; pero otros, degenerando de la antigua piedad, no se puede negar, que con sus escándalos y malos ejemplos, han desacreditado entre esta gente la fe que profesamos, y concurrido mucho á las obstinación con que adhieren á sus errores y desprecian el Cristianismo, persuadidos á que no es mejor que su creencia gentilica, pues las costumbres de sus Profesores no se diferencia de las suyas, sino en algunos, que son peores y mas disolutas. Ven estos malos ejemplos, especialmente en los que entran á comerciar en sus países, y olvidando los muchos buenos, que veían en las ciudades fronterizas, donde solian ir á contratar los géneros de su tierra, ni la santidad de los Predicadores Evangélicos, se escudan con ellos, para mantenerse en la infidelidad; y si tal vez dan algunos indicios de querer abrazar la fe, sólo duran tanto quanto á los Misioneros los dones de su estimación, porque en sellando estos, sella también su hipocresia, y se declaran abiertamente por el partido del Demonio.

Aunque de esto ha habido distintas apariencias, no han bastado para hacer difícil del santo empeño de solicitar su conversión á muchos varones Apostólicos, y últimamente en este siglo lo

habían ardentemente procurado Misioneros Dominicos, Agustinos y Jesuitas, cuyos sudores y fatigas, tuvieron el mismo logro, pues la mayor parte de la nación le resistió á la luz evangélica, y los pocos que en tres Reducciones se habían alistado en las banderas de la Iglesia por el santo Bautismo, habían mudado en pocas cosas sus costumbres gentílicas: con que se pervitieron fácilmente, cuando el año 1727, se reveló esta péfida nación, y matando á unos Misioneros, á otros poniéndolos en fuga, declararon de común acuerdo la guerra contra el español en todas las fronteras. Los principios fueron alegres para los rebeldes; pero los fines bien funestos, porque armándose los cristianos por todas partes, causaron en ellos, especialmente por las fronteras de Santa Cruz de la Sierra, tales estragos, que los pusieron en mucho aprieto, y los redujeron á estado de desear la paz, que infamemente habían sin causa violado.

CAPÍTULO XIV

EL CABILDO TARIJEÑO ENCOMIENDA LAS MISIONES CHIRIGUANAS Á LOS PADRES JESUITAS. — CARTA EN IGUAL SENTIDO DE DON SEBASTIAN DE TORO.

Concedieron los Españoles, que también sentían la inquietud de la guerra, y mostrándose algunos de estos infieles deseosos de oír la Doctrina Evangélica y abrazar nuestra santa Ley, determinó el

Cabildo y justicia y Regimiento de la noble Villa de Tarija representar al señor Virrey de estos reinos, esta buena coyuntura de volver á intentar la conversión de estos bárbaros, suplicándole que sólo los Jesuitas entendiesen en este negocio, sin intervención de otros misioneros, por los inconvenientes que se habían experimentado los años precedentes, en que hubiese reducciones á cargo de religiosos de diferentes órdenes, no tanto por parte de los mismos religiosos, que todos como verdaderamente celosos, aspiraban á un mismo fin de la gloria de Dios y salvación de los infieles, cuanto por parte de éstos, cuya inconstancia y veleidad los motivaba. Que en esta conformidad fuese hecha al señor Virrey esta representación no me consta por su contesto original, ó copiado, porque no le he visto; pero lo dice así el mismo Cabildo en carta, que después de haber tomado su Excelencia la resolución de recomendar dicha conversión al celo de los Jesuitas del Paraguay, escribió el Padre Jerónimo Herran, Provincial, entonces de nuestra Provincia, la cual dice así:

Rmo P. Provincial:

Habiéndose experimentado los años pasados en las Misiones de los Indios Chiriguano de esta frontera, que de la multitud de religiosos de distintas religiones, resultaban manifiestos inconvenientes, que dificultaban la propagación de nuestra santa fe en ellos, habiéndose extinguido enteramente las dichas Misiones, por el alzamiento

y hostilidades aje cutadas por dichos Indios, atemorizados de las armas y cansados de la guerra, ó echando menos el comercio, y demás favorable, que se consigue con la paz, de que había más de un siglo gozaban se hallan ya pacíficos y al parecer escarmentados. De todo lo referido, Justicia y Regimiento de la Villa de Tarija, hizo representación á los Tribunales inferiores, pidiendo que á sola una religión se encomendase esa misión y que ésta fuese la Sagrada de la Compañía de Jesús, por los motivos que en ella afianzan el mejor éxito, aumento y estabilidad en negocio tan del servicio de ambas Majestades; en cuya respuesta nos hallamos con carta del Excelentísimo Señor Virrey de estos reinos, su fecha 7 de Mayo de este año, avisando á este Cabildo, que en vista de nuestra representación con consulta del Real Acuerdo, ha expedido despacho cometido al señor Presidente de la Real Audiencia de La Plata, para que haga á V. Rma. provisión de cargo y encargo á fin de que V. Rma. se encargue de esta dicha misión, dando las más prontas providencias que pide esta materia. Á cuyo efecto por la obligación de nuestro cargo hace este Cabildo súplica á V. Rma. poniendo en su conocimiento todo lo referido, y rimitiéndonos en lo demás á la extension con que informará á V. Rma. el R. Padre Rector de este Colegio, quedando muy asegurados, de que atenderá V. Rma. á los fervorosos deseos, con que nos hallamos de la más breve expedición y de la honra y gloria de la Compañía, y quedando muy prontos para cuando sea del mayor servicio de V. Rma.

- Nuestro Señor guarde la persona de V. Rma., muchos años. — Tarija, Agosto 6 de 1731.

Rmo. P. Provincial.

B. L. de V. Rmo. sus seguros servidores.

Juan de Echalar. — Silvestre de Morales. — Juan Bautista de Mendieta. — Domingo Perez Gamoneda. — Manuel de Artunduaga. — Clemente Cervero y Naboa. — Félix de Ichazo. — Bernardo Garcia de Prado, Secretario.

La resolución que el señor Virrey del Perú tomó de encomendar dicha misión de Chiriguano a los Jesuitas del Paraguay, ó Tucumán (que es lo mismo se entenderá mejor por el exhortario, que de orden de su Excelencia hizo el Presidente de la Real Audiencia de Chuquisaca al Padre Jerónimo Herrán, Provincial de esta Provincia, el cual á la letra es del tenor siguiente :

“ Don Francisco Herboso, caballero del Orden de Santiago, del consejo de su Majestad en el de hacienda, su Presidente de la Audiencia y Cancillería Real, que reside en la Ciudad de La Plata, Provincia de los Charcas del Perú, á cuyo cargo está el gobierno de ella, y el ejercicio del Real Patronato en todo su distrito, etc. Al muy Reverendo Padre Provincial de la Sagrada

Religión de la Compañía de Jesús de la Provincia del Tucumán, hago saber : que el Excelentísimo Señor Virrey de estos reinos, con carta de siete de Mayo de este presente año, me remitió testimonio de mi auto proveído por su Excelencia con parecer del Real Acuerdo de la Ciudad de los Reyes, cuyo tenor con el de que en su virtud proveí, sacados á la letra, son del tenor siguiente : “ En la Ciudad de los Reyes, en siete de Mayo de mil setecientos treinta y un años, estando en Acuerdo Real de Justicia el Excelentísimo señor Marqués de Castelfuerte, Virrey, Gobernador y capitán general de estos Reinos, y Provincias del Perú, Tierra Firme y Chile, y de los Reales ejércitos de la corona, y los señores don Joseph Santiago de la Concha, del Orden de Calatraba; Marqués de Casa-Concha; don Alvaro de Navia Bolaño y Moscoso, del Orden de Santiago; don Alvaro Covero; don Alvaro Bernardo de Quizón; don Gaspar Pérez Buelta, y don Joseph Ignacio Ortiz de Avilés, Presidente y oidores de esta Real Audiencia á que se halló presente el señor don Lorenzo Antonio de la Puente, Fiscal de lo Civil en ella, se vió por voto consultivo la carta que escribió á su Excelencia el Cabildo, Justicia y Regimiento de Tarija, su fecha en trece de Febrero de este presente año, ponderando las hostilidades que ejecutan los Indios infieles de aquella frontera, y que para contenerlos, y asimismo se logre su rendición á nuestra santa fe, sería muy conveniente una Misión bien ordenada, suplicando á su Excelencia, se sirva de elegir la que considere más á propósito; y proponer

á su Excelencia, será muy conveniente la de los Padres de la Compañía de Jesús, por ser su principal instituto, y tener copio de lenguas, operarios, y demás medios que afianzan los progresos de dicha conversión. Y visto asimismo el testimonio del Cabildo, que se formó para dicha carta, fueron de parecer que su Excelencia, siendo servido, escriba al señor Presidente de La Plata, para que exhorte al Padre Provincial del Tucumán de la Compañía de Jesús, para que envíe todos los Misioneros, en el mayor número que pudiere, á las vecindades de la Provincia de Tarija, por lo muy útiles que allí serán para la conversión de aquellos infieles, que hay en aquel paraje; y que se fía de su buena conducta y experiencia, que se tiene en esas Misiones, que se logrará el santo fin que desea su Majestad, por su medio, y su Excelentísima se confirmó en este parecer y lo rubricó con dichos señores don Manuel Francisco Fernandez de Paredes. — Concuerta con el auto á efecto de sacar este testimonio, se trajo de la Secretaría de Cámara del Excelentísimo señor Marqués de Castelfuerte Virrey, Gobernador y Capitán General de estos Reinos del Perú, donde se volvió á llevar, á que en lo necesario me refiero; y para que conste, de de su orden di el presente, y firmé en Los Reyes del Perú en siete de Mayo de mil setecientos treinta y un años. — *Don Manuel Francisco Fernández de Paredes.*

La Plata, Junio veintidos de mil setecientos treinta y uno.

Librese el despacho necesario exhortatorio al Reverendo Padre Provincial de la Compañía de la Provincia del Tucumán, con inserción del Decreto de su Excelencia con parecer del Real Acuerdo de Justicia de la Real Audiencia de Lima para el cumplimiento y ejecución de lo que en él se contiene. — *Don Sebastian de Toro.*

En cuya conformidad, y de lo resuelto por el Excelentísimo Señor Virrey de estos Reinos, en el auto, que de suyo va inserto, de parte de su Majestad (que Dios guarde), exhorto y requiero á vuestra Paternidad muy Reverenda, y de la mía ruego y encargo, que luego que vea á este mi despacho, envíe todos los Misioneros en el mayor número que pudiere á las vecindades de la Provincia de Tarija, por lo muy útiles que allí serán para la conversión de muchos infieles, que hay en aquel paraje; lo que se fía de su buena conducta y experiencia que se tiene, de que mediante dichas misiones se logrará el santo fin que se desea; que en hacerlo vuestra Paternidad muy Reverenda así, cumplirá con las obligaciones, en que se halla constituida por su empleo de que su Majestad (que Dios guarde) se dará por bien servido, que es fecha en la ciudad de La Plata, en seis de Julio de mil setecientos treinta y un años. — *Don Francisco de Herboso.*

Por mandato del Señor Presidente. — *Don Sebastian de Toro.*

CAPÍTULO XV

EL PADRE JULIÁN ES NOMBRADO POR MISIONERO DE LOS CHIRIGUANOS. — SU CARACTERÍSTICA CARTA ACEPTANDO EL CARGO. — SU GOZO AL CREER QUE VA A MORIR POR CRISTO. — SU VIAJE DE 600 LEGUAS DEL PARAGUAY Á BOLIVIA. — SU DETENCIÓN EN YAVI POR DIEZ DÍAS. — QUÉ HACE DURANTE ESTE TIEMPO.

Luego que el Padre Provincial Jerónimo Herrán recibió estos despachos, después de agradecer la confianza que los Tribunales Superiores hacían de nuestra Provincia, trató de dar cumplimiento y satisfacción al encargo, poniendo los ojos en los sujetos más idóneos para tan ardua empresa. Sin embargo no le dejó de costar la elección, por la multitud de pretendientes, porque publicándose por la Provincia la noticia de la nueva misión, movidos muchos del celo que los anima, se ofrecieron santamente ambiciosos de trabajos y pretendieron ser preferidos, aun dejando el lucimiento de las Cátedras por el empleo de la conversión de estos feroces bárbaros. No era posible contentar á todos, porque habían de ser pocos los escogidos, y á los demás se les consoló con las esperanzas, de que si los primeros eran bien recibidos de los infieles, caería sobre ellos entonces la suerte, pues la mies es copiosa, si estuviese en sazón. El Padre Julián callaba, aunque excedía en las ansias á los más fervorosos,

siendo mártir de sus mismos deseos forzados á contenerse dentro del recinto del pecho, que era el potro en que padecía, y no dejaba de extrañar su silencio, quien sabía el celo que le corroía las entrañas el ansia con que anhelaba por trabajos, y las veras con que varias veces se había ofrecido á entrar á las tierras de infieles en ocasión que se hacían desde nuestras Misiones del Paraguay entradas por otros celosos Misioneros. El motivo que le obligaba á callar se conocerá por la respuesta que dió el Padre Provincial, cuando le avisó de la designación de su persona; porque aunque no la solicitó, su aptitud para la empresa de la nueva conversión era tan notoria, que no dudó dicho Padre Provincial en elegirle y dándole aviso y abriéndole la puerta, para que manifestase si tuviese algún motivo que le ejecutase, le respondió la carta siguiente:

“ Mi P. Provincial Jerónimo Herrán.

“ Paz Cristi.

“ Cuando llegó el papel de V. R. estaba rezando maitines en la Iglesia; y acabado el rezo le leí, y viendo lo que contenía, luego me ofrecí á nuestro Señor para la Misión de Chiriguano, para la cual estoy muy alentado, y con buena salud, y muy pronto para ponerme en camino cualquiera día que V. R. me avisara, como quien no tiene carga que le embarace el caminar luego. Añado más, que cuando vino la noticia de dicha Misión, me hubiera ofrecido luego para ella, si no hubiera sido el escrúpulo que se me ofrecía, de que en

mi naufragio cuanto era de mi parte, me ofrecí á Nuestro Señor con voto de vivir y morir en estas Misiones, y por esto estaba determinado de nunca insinuar de estas Misiones, por más alligido que me hallase, pero ahora que V. R., de quien dependo en todo, me abre la puerta, me ofreció de muy buena voluntad; y en caso que bajemos juntos, bastará que el hermano Pedro me lleve en su bolsa de limosna, con un poco de maiz cocido. Envío con propio la respuesta.

Nuestro Señor guarde á V. R. muchos años.

San Angel, Abril 19 de 1732.

M. S. de V. R.

Julián de Lizardi.

Por esta carta se ve que su misma virtud le desviaba del feliz término donde tenía destinada la gloriosa corona, mas cuando entró de por medio la obediencia y halló camino para emplearse en aquella empresa, la abrazó gustosísimo por reconocerla fértil de trabajos y muy á propósito para lograr sus ansias, que eran de derramar su sangre por Cristo, á lo que muy desde luego se persuadió, y fué el nobilísimo motivo que le condujo á ella, más gozoso, como lo manifestó bien en lo que le pasó en Buenos Aires con el Excelentísimo Señor Don Bruno Mauricio de Zabala, Teniente General de los Reales Ejércitos de su Majestad, y Gobernador á la sazón del Río de la Plata. Estimábase su Excelencia, como los demás, por su grande santidad, y á este paso había sentido saliese de aquel Colegio de Buenos Aires;

pero ahora, que le veía alejarse más, era mayor su sentimiento, en fuerza del cual, á la última despedida, le dijo como quejándose amorosamente: "¿Padre Julián, no sé en qué lo hemos desmerecido, que antes se nos fuese de este Colegio, y ahora se nos vaya también fuera de esta Provincia, y entre bárbaros Chiriguanos? Mejor fuera, se nos quedara V. Paternidad por acá, porque donde va, me temo que le han de matar". Respondióle pronto el Venerable Mártir: "Señor, los hijos de la obediencia no tenemos en nuestro arbitrio la elección de ocupaciones, y lugares, y vamos gustosos donde nos mandan, pero independiente de este motivo, le aseguro á V. Excelencia que el que me lleva lleno de gozo á esta jornada, es la cierta persuasión de que voy á morir por Cristo." Enternecióse al oírle el ánimo generoso de su Excelencia, y quedó sumamente edificado de ver la alegría con que hablaba de su muerte gloriosa, como lo contaba él mismo, después que llegó la noticia de su martirio.

Con el mismo regocijo, y como saltando de placer, hablaba en cuantas partes se ofrecía ocasión, de los trabajos de la nueva Misión en todo el dilatado camino que hay desde las Misiones del Paraguay hasta el país de los Chiriguanos, que pasan de seiscientas leguas, y en este particular el Padre Jerónimo Herrán, que quiso llevar desde allí en su compañía á los Misioneros, dice lo siguiente en la carta ya citada: "En el celo de la conversión de las almas no se esmeró menos, pretendió con repetidas influencias hacer Misión entre infieles y cuando le señalé para la de los Chi-

riguanos, fué tan grande el consuelo que se le conoció en el semblante y luego se puso en camino, sin sacar de su pueblo de San Angel aun lo necesario para su escaso viático y en todo el camino hasta Tarija, reconocí que Dios le llevaba para alguna empresa grande." Algunos, pronosticando por los sucesos pasados los futuros, sentían que sería infructuosa esa Misión, por la pertinacia obstinada de los Chiriguanos y ponderaban la rebeldía de sus duros corazones, su inconstancia en lo bueno, su odio al Cristianismo, pero al oír esas dificultades, se encendía más el celo del Padre Julián y avivándose, daba mayores llamaradas, facilitando cuanto oponían que retardase la empresa y, mostrando una gran confianza en nuestro Señor, decía que algo habíamos de fiar de Dios, y no se habían de abandonar las almas redimidas con la Preciosa Sangre, pues como de Cordero Inmaculado, era poderosa á ablandar la mas empedernida dureza, aunque compitiese con la del diamante, que á costa de los peligros de la propia vida se hubieran de buscar los Infieles, por quienes expuso la suya el Redentor del humano linaje, y nada parecía desear más, que verse cuanto antes entre ellos, predicándoles la ley de Cristo, sintiendo vivísimamente cualquier demora que se interpusiese al logro de estos ardentísimos deseos, y la más leve detención le congojaba tanto, que parecía obscurecer algo aquella serenidad y alegría que siempre le acompañaba, como se reconoció al ver que, fatigado el Padre Provincial (que le conducía) de los rigores inclementes del páramo ó puna (como acá llaman)

que se pasa para ir á Tarija, fué forzoso hacer cama en la hacienda de Yavi, perteneciente al Marqués del Valle de Tojo, y detenerle diez días, que al celoso Padre Julián le parecieron diez siglos.

Y en orden á que se facilitase la conversión pretendida, enderezó desde que se vió destinado á ella todas sus fervorosas y prolijas oraciones, con tal tesón, que nunca cesaba de este empeño, y en los dichos diez días, que se hubieron de detener en Yavi por la indisposición insinuada, deponen sus compañeros que el Padre Julián, fuera de las horas de tomar recepción y un breve descanso, las demás mañanas y tardes, pasaba en la suntuosa Iglesia que allí tiene el Marqués de Tojo, postado de rodillas en presencia del Augustísimo Sacramento, encomendando á la Majestad con fervor, la conversión de los Chiriguanos, como el mismo Venerable Padre se vió obligado á confesar por obediencia, porque admirado el Señor Marqués de aquel incesante tesón, le preguntó en su presencia el Padre Provincial, qué hacía en aquel retiro; y respondió con su natural ingenuidad, que negociaba ante la Majestad Divina el buen logro de aquella empresa.

Al paso que fué vivo el sentimiento de ver enfermar al Padre Provincial por lo que podía retardar los principios de la Misión, se reconoció extraordinariamente su regocijo cuando recobró la salud, á que no dudo cooperó más la eficacia de la oración del Venerable Mártir y sus comisioneros, que la de las medicinas, y con el mismo júbilo caminó las treinta leguas de fragosísi-

mos caminos, y asperisimas sierras, que hay de Yavi á Tarija, haciéndosele muy suaves las penalidades forzosas, por ver que se iba acercando al centro de sus ansias.

CAPÍTULO XVI

ALLEGA Á TARIJA. — LA MISIÓN DE CONCEPCIÓN. — GUATIPAYÚ. — UN CASO MARAVILLOSO DE CÓMO DIOS QUISO ALUMBRAR LA CEGUEDAD DE LOS CHIRIGUANOS.

Al llegar á Tarija se alegró sumamente en descubrir algunas esperanzas de hacer fruto en los Chiriguanos, por medio de las reliquias del pueblo destruido de Tariquea, que se habían ido recogiendo y concebía serían la levadura, para sazonar la grande maza de toda la Misión. Debíase la junta y manutención de aquella poca gente al celo industrioso del Padre Rafael Giménez, uno de los dos Misioneros Jesuitas que asistían en Tariquea al tiempo que se rebeló la nación Chiriguana, porque destruida aquella Reducción, le señalaron los Superiores por Procurador del Colegio de Tarija, y habiendo por su oficio de asistir á tiempos en la hacienda de la Concepción, distante siete leguas de aquella Villa, corrió la voz entre algunos Chiriguanos, de que vivía allí el Padre á quien antes habían profesado mucho amor. Aunque duraba la guerra, se animaron venir á visitarle Guatipayú y un hijo suyo, á quie-

nes agasajó de manera que volvieron muy contentos á traer las familias, con ánimo de recogerse á la dicha hacienda y vivir como Cristianos. Vieron otros de la misma nación, que el Padre Rafael los recibía y trataba con cariño, y que por su respeto los Españoles los dejaban de hacer el mal que merecían las enormes atrocidades que ejecutaron en el alzamiento y después de él, y por esto se movieron á seguir el ejemplo de Guaripayú, juntándose con él. No faltó quien se opusiese á que el Padre Rafael los admitiese, recelándose de alguna alevosía, pero no le sufrió el corazón al celoso Misionero echarlos de sí, pareciéndole inhumanidad, que siendo cristianos los más de los adultos y todos los párvulos, los volviere á enviar á tierras de Gentiles, donde era manifiesto el riesgo de pervertirse, y sufriende algunas contradicciones reservó por este medio noventa almas, que á él se hubieran agregado, á quienes instruía solícito, y los fué imponiendo en la noticia de los Misterios Sagrados, con tal tesón, que llegando el Padre Provincial ahora á entablar de nuevo la Misión de Chiriguanos, recibió indecible gozo de verlos tan bien instruidos, y no fué menos el contento del Padre Julián, que no cesaba de agazararlos y hacerles caricias, para ganarles la voluntad, porque estos sirviesen de reclamo, que atrajese á los demás compatriotas rebeldes. Había también en este mismo año de 1732, cuando con más calor se trataba de renovar esta Misión, sucedido un caso maravilloso con que quiso nuestro Señor alumbrar la ceguedad de esta gente y enseñarles las cosas de la otra vida

por medio de uno de su misma nación, y éste no como quiera, sino uno de los que más se habían opuesto á la predicación del Santo Evangelio, y resistídose más porfiadamente á recibir el Bautismo, aunque al fin se había rendido y alistándose en el número de los Cristianos.

Llamábase Lorenzo Aypoce, y el día 14 de Enero de dicho año cayó gravemente enfermo: á los ocho ó nueve días le asaltó un terrible parasismo, cuya fuerza le duró más de seis horas, con tal enajenamiento de los sentidos exteriores que dificultosamente daba señales de vida, pero al mismo tiempo tuvo muy libre los sentidos internos y potencias con bastante ejercicio, como él mismo declaró á media tarde, que volviendo en sí, dijo desecho en lágrimas, que se le había aparecido Cristo Nuestro Señor con semblante muy apacible, y también Lucifer con horroroso aspecto. Alegó éste ante su Majestad, que aquel Indio le pertenecía de justicia, por haber vivido en el gentilismo tantos años y opuesto á la predicación de la Ley Santa y tras los alegatos hacía ademanes de quererle arrebatarse. Lorenzo entonces lleno de pavor, se acogió al Señor, que le animaba y consolaba, y le defendió de las diligencias del demonio, diciéndole que no tenía parte en él, porque, aunque había seguido tanto tiempo los errores del Gentilismo, al fin los había detestado de corazón, arrepentido de sus culpas, abrazado la fe católica y recibido el Santo Bautismo.

Y no parando aquí la Divina dignación de Dios humanado, prosiguió su Majestad en favorecer

al nuevo cristiano, mostrándole la grandeza de la gloria, porque dijo que, sin saber cómo, vió patentés las puertas, y aunque no pasó de los umbrales, pudo registrar cuanto había dentro. Confesó ser dichas puertas de finísimo oro, y que para declarar lo que había en la Corte Celestial, no tenía palabras con que expresarlo por su infame grandeza y hermosura incomparable: que entre los demás Bienaventurados reconoció á un sobrinito suyo que murió Infante, recibido el Bautismo y salió bañado en alegría hasta la puerta, como á recibirle y oyó una música por extremo suave y armoniosa, la cual arrebatava los sentidos y embelezaba; y por fin, aunque no pudo ver á Dios, pero se halló firmísimamente certificado de que estaba allí el Señor de todo lo creado. Habiendo gozado algún tiempo de esta visión justísima desapareció de improviso y se mudó todo el teatro en otro totalmente contrario y por extremo horroroso, aunque teniéndole siempre á su lado nuestro amabilísimo Salvador. Vió, pues, abiertos los abismos y la cárcel de la Divina Justicia, donde lleno de asombro se le presentó primeramente aquel fuego sempiterno, del cual dijo que estaba bramando y que se embravecía cada vez más contra los miserables que en él penaban. Entre ellos vió y reconoció á muchos compatriotas suyos, que padecían terribles tormentos, y que una disforme piedra los despedazaba y molía de cuerpos; mas estos se reunían muy presto, para que se renovasen los tormentos, que con especialidad estaban condenados á este tormento lo Chiriguanos (sin duda por obstinada dureza de sus

corazones) y así se explicó en su idioma: *nandete guará*, que quiere decir para nosotros, como que para ellos estaba destinado aquel género de pena. Y aunque esta espantosa visión le causaba el horror que es fácil considerar, decía, que no tuvo miedo, porque se miraba siempre al lado de nuestro Señor Jesucristo, cuya celestial Presencia le servía de consorte, y le daba alientos para reirse de sus infelices compatriotas sepultados en aquellas llamas, diciéndoles: padeced, pues no quisisteis creer en Cristo Señor Nuestro.

Todo esto refirió, en volviendo del parasismo, á su propia mujer, á una hermana suya y á una hija bien adulta, á quien hizo sentar en una hamaca (que es su lecho) para darla algunos buenos consejos. Comenzó á predicarles entre lágrimas y sollozos, diciéndoles: De veras que había habido Dios; de veras que hay Gloria; de veras que hay Infierno, aunque no lo hemos querido creer. Cree á Nuestro Padre, que nos enseña la pura verdad; no falseis un punto de lo que os enseñare; oid, oid, á Nuestro Padre, les repetía muchas veces. Es posible que en tanto tiempo no quisimos dar ascenso á esto! decía llorando. "Ah! qué cosas os contara si Dios me diera salud; pero ahora no puedo, por hallarme fatigado." Volvíase á aconsejar en particular á su hija que tratase de ser cristiana fervorosa, oyese al Misionero y enseñase bien á otro hermanito suyo para que pudiesen librarse de tanto mal. Reconociendo los presentes su flaqueza, le hacían instancia á que tomase algún alimento. Excúsase, diciendo: "Qué había yo de comer esta comida de la tierra cuando Jesu-

Cristo ha saciado ya mi hambre con los manjares del Cielo?" Y concluyó: "para que creais que todo lo dicho es verdad, en breve he de volver á perder el habla, y luego moriré. Traedme el Santo Cristo de nuestro Padre" (era Crucifijo de Indulgencias que el Padre Rafael le había llevado para el artículo de la muerte), y dándole, le adoró, le besó con grande reverencia, y entre tiernos coloquios que le dictaba su afecto iba perdiendo el habla, sin que se le pudiesen percibir ya las palabras: enmudeció por fin, y á breve rato entregó su alma en manos de su Criador con estas envidiables señales de su predestinación.

Por haber sido este Indio antes tan protervo y contrario al Evangelio, se estimó en más su testimonio y sin duda le hizo el Señor este señalado favor, para facilitar por su medio la credulidad de los demás. Sobre su razonamiento hizo el Padre otro á todos los Chiriguanos que allí se hallaban, y á los demás que luego acudieron á la novedad, ponderándoles lo mucho que Dios deseaba su salvación eterna, pues tomaba por predicador á uno de su misma nación, ya que no daban crédito á sus Padres Misioneros, y sirvió mucho para radicarles en la fé y desvanecer cualquiera dificultad que sintiesen en creer nuestros Sagrados Misterios. Y como este caso admirable acababa de suceder aquel mismo año que el Padre Julián llegó á Tarija, alegró mucho sus esperanzas, y le miró como feliz prenuncio, de que sus sudores habían de ser fructuosos entre aquellos bárbaros, á quienes predicaba por las voces de su felicísimo paisano.

Miróse también como bellísima disposición para el logro de la Misión, y seguridad de la entrada de los Misioneros al país de los bárbaros cierta casualidad, porque teniendo los vecinos de Tarija preso en la cárcel á un Cacique poderoso de los Chiriguanos llamado Taguaró, y después de bautizado Pedro, le consiguió el Padre Rafael Giménez la libertad, de que el bárbaro quedó sumamente agradecido, y ofreció que reduciría todos sus vasallos y muchos pueblos que recibían sus órdenes, porque era el Cacique principal de toda la dilatada cordillera de los Chiriguanos, y por este respeto fué á quien más agasajó y acarició el celoso Padre Julián. Sin embargo, que todas estas circunstancias parecían conspirar á que se lograra felizmente la Misión y la conversión de los Chiriguanos, se atravesaron otras dificultades que la retardaban, fué menester tiempo para vencerlas y allanarlas, porque siempre se recibían inconvenientes de parte de los bárbaros, que siendo de genios inconstantes, no se podía fiar de ellos enteramente, y también se hallaba menos fomento en quien más debiera concurrir.

CAPÍTULO XVII

EL PADRE JULIÁN NOMBRADO SUPERIOR DE LA MISIÓN DE LOS CHIRIGUANOS. — FERVOR CON QUE ÉL PROCURÓ DESVANECER LOS OBSTÁCULOS PARA SU ENTRADA.

En todo lo dicho se pasaron más de siete meses con harta mortificación de nuestro Padre Julián y de otros tres Misioneros que estaban destinados á la misma gloriosa empresa, quisieron luego empezar á emplear su celo. A quien más de lleno hería el sentimiento era al Venerable Mártir, á quien el Padre Provincial había nombrado Superior de la Misión y la solitud de darla cuanto antes principio le costó algunos sinsabores, que toleraba gustoso para tan justa causa. Uno de los motivos que más retardaban la entrada de los Padres Misioneros á tierra de Infieles, era el temor que se tenía de los bárbaros y de su inconstancia, porque aunque algunos se habían mostrado deseosos de la paz y cansados de la guerra, no se podía fiar de ellos, que en viendo por su país á los Misioneros indefensos, no se alterasen, y cometiesen contra sus personas algún desate que obligase de nuevo á los Españoles á tomar venganza con las armas: ni parecía ir mal fundado este recelo, porque no habiendo cesado la guerra por la frontera de Santa Cruz de la Sierra, era muy factible que los bárbaros vengativos se quisiesen despigar contra los Jesuitas,

Miróse también como bellísima disposición para el logro de la Misión, y seguridad de la entrada de los Misioneros al país de los bárbaros cierta casualidad, porque teniendo los vecinos de Tarija preso en la cárcel á un Cacique poderoso de los Chiriguanos llamado Taguaró, y después de bautizado Pedro, le consiguió el Padre Rafael Giménez la libertad, de que el bárbaro quedó sumamente agradecido, y ofreció que reduciría todos sus vasallos y muchos pueblos que recibían sus órdenes, porque era el Cacique principal de toda la dilatada cordillera de los Chiriguanos, y por este respeto fué á quien más agasajó y acarició el celoso Padre Julián. Sin embargo, que todas estas circunstancias parecían conspirar á que se lograra felizmente la Misión y la conversión de los Chiriguanos, se atravesaron otras dificultades que la retardaban, fué menester tiempo para vencerlas y allanarlas, porque siempre se recibían inconvenientes de parte de los bárbaros, que siendo de genios inconstantes, no se podía fiar de ellos enteramente, y también se hallaba menos fomento en quien más debiera concurrir.

CAPÍTULO XVII

EL PADRE JULIÁN NOMBRADO SUPERIOR DE LA MISIÓN DE LOS CHIRIGUANOS. — FERVOR CON QUE ÉL PROCURÓ DESVANECER LOS OBSTÁCULOS PARA SU ENTRADA.

En todo lo dicho se pasaron más de siete meses con harta mortificación de nuestro Padre Julián y de otros tres Misioneros que estaban destinados á la misma gloriosa empresa, quisieron luego empezar á emplear su celo. A quien más de lleno hería el sentimiento era al Venerable Mártir, á quien el Padre Provincial había nombrado Superior de la Misión y la solitud de darla cuanto antes principio le costó algunos sinsabores, que toleraba gustoso para tan justa causa. Uno de los motivos que más retardaban la entrada de los Padres Misioneros á tierra de Infieles, era el temor que se tenía de los bárbaros y de su inconstancia, porque aunque algunos se habían mostrado deseosos de la paz y cansados de la guerra, no se podía fiar de ellos, que en viendo por su país á los Misioneros indefensos, no se alterasen, y cometiesen contra sus personas algún desate que obligase de nuevo á los Españoles á tomar venganza con las armas: ni parecía ir mal fundado este recelo, porque no habiendo cesado la guerra por la frontera de Santa Cruz de la Sierra, era muy factible que los bárbaros vengativos se quisiesen despigar contra los Jesuitas,

de los daños que por aquella parte recibían, y les incitaría á ello el Demonio con todas sus máquinas por impedir la guerra declarada que le iban á hacer los Misioneros, y los estragos de su tiránico imperio, que por ese camino recelaba.

Los Misioneros, por el contrario, se esforzaban á desvanecer estas razones, alegando que estaba tan lejos de deberse temer de los Chiriguano por la guerra que de parte de Santa Cruz les hacían los Españoles, que antes de esto mismo se debía esperar serían mejor recibidos, porque concebirían los Infieles con cuánta sinceridad se procedía de nuestra parte, pues tanto se fiaban de ellos en el tiempo más sospechoso; y que dado caso que hubiese algún peligro, algo se había de aventurar, puesta la confianza en Dios, ni era éste motivo nuevo que debiese retardar su entrada, pues con este conocimiento los habían consagrado sus Superiores al altísimo ministerio de la conversión de aquella gentilidad, y con el mismo se habían ellos ofrecido y dedicado á él, sin reparar en trabajos ni peligros de la vida, que son inseparables de tan glorioso empleo. ¿Qué fuera del mundo (decían) si por temor de semejantes riesgos hubiesen los Apóstoles dejado la predicación del Santo Evangelio? Gimiera aún sepultado en las tinieblas de la gentilidad, y no gozáramos la dicha de vivir hijos de Dios, en la observancia de su ley santísima. Bien sabía Cristo Señor Nuestro cuánto habían de padecer sus queridos discípulos; tenía bien conocido, que todos habían de perder la vida á fuerza de crueles tormentos por la fe que predicaban, y sin embargo los envió como á cor-

deros mansos entre lobos carnívoros que en ellos habían de ensangrentar sus garras y hacerlos á todos pedazos; pero ¡con cuánto bien de las almas redimidas con la sangre de Dios hombre! ¡Con cuánta Gloria del Redentor! ¡Y con cuánto provecho propio de los mismos Apóstoles y Discípulos! Este ha sido el costo de las empresas grandes en la Iglesia.

Ni mirando las cosas más cercanas á nosotros, ha habido otro camino de conseguir las estupendas conversiones que ha logrado nuestra Misión de la Provincia del Paraguay. Las floridísimas Misiones, que aun las naciones extranjeras tanto celebran, como se fundaron. Sacrificándose intrépido el Padre Marciel de Lorenzana á la voracidad inhumana de los belicosos y bárbaros Guaraníes, enemigos entonces jurados del nombre español y del Cristianismo, como lo han sido y se teme que aún lo sean estos Chiriguano, parientes y originarios de aquella nación. Difundiéndose entonces, como ahora á nosotros que no se hace de aquellos bárbaros cruelesísimos, y comedores de carne humana que luego le quitarían la vida, y harían pedazos sus miembros para celebrar banquete. Atrepelló por todos estos miedos, estimulado del celo de su salvación, entró á aquellos Indios y aun creciendo tanto el recelo de los Españoles, que entraron armados á sacarle violentamente, porque con su muerte no se encendiese de nuevo el fuego de la guerra, como aquí se recela, perseveró constante, redujo el pueblo de San Ignacio Guazú, y con su resolución abrió por entre mayores peligros la puerta á la conversión de

todo el Paraná. Por el mismo camino sembrado de riesgos, penetró el invicto Mártir Padre Roque González, á reducir los del Corpus Itapoá, Concepción, etc., atrayendo innumerables almas al conocimiento de Cristo. antes de perder la vida á las alevosas manos de los del Caaró ¿A qué peligros de la vida no se expuso el apostólico Padre Antonio Ruiz de Montoya en el Guairá? ¿cuántas veces le repelieron aquellos bárbaros, cuántas en el Tayaobá le siguieron y le persiguieron, para beberle la sangre, y sacrificar sus carnes á su gula? ¿Desistió por ventura de la empresa? Nada menos, sino que más animoso repitió las entradas, hasta ganar para Cristo aquellas gentes obstinadas.

Ni en tiempos y países más cercanos, se han dejado de ver repetidos los mismos ejemplares. Testigos hay en esta ilustre Villa, que vieron salir á los primeros Misioneros, que plantaron la fe en la belicosísima nación de los Chiquitos, que era el terror de todos sus comarcanos, por su valor y osadía; ¿cómo se redujo hasta formar la lucida y fervorosa Cristiandad que hoy todos celebran? ¿No fué entrándose sólo por ellos, sin temor de sus envenenadas saetas, el Apostólico Padre Joseph de Arce, haciendo confianza de ellos y poniéndose en sus manos sin recelo de su barbaridad? Todos lo saben, y muchos de éstos nobles vecinos lo pudieron oír de su boca cuando después de conseguido este triunfo del Gentilismo, vino á gobernar este Colegio, que tan reciente es el suceso. Pues si estos ejemplares son innegables, — y se pudieran alegar infinitos, ¿cuándo en ninguna historia se hallará conversion de Infieles sin peligro de

la vida de los Misioneros? — se convence claro, que no es motivo suficiente para retardar nuestra entrada; el riesgo de nuestras vidas, ó el temor de de algún desacato de los Infieles. A la verdad, cuando esta Villa representó al Señor Virrey sus cristianos deseos, de que se encomendase esta empresa á nuestra Compañía, motivando las órdenes de su Excelencia para nuestra venida, bien conocido tenía el genio inconstante de esta bárbara nación, ni ignoraba el peligro general de alguna alevosía; y no obstante este conocimiento, solicitó con empeño y celo ejemplar esta conversion. Pues no habiéndose mudado las circunstancias, ¿por qué ahora se duda de aplicar los medios que han procurado y conseguido para este noble fin? Además, que si en la demanda muriere alguno de nosotros á manos de los bárbaros, morirá como buen soldado de la Compañía, por dilatar el reino de su Capitán, y su muerte será preciosa, y un riego del Cielo que fecunde los campos de esta gentilidad tantos años há estériles, para que rindan copiosos frutos para el Cielo, mostrando la experiencia que suelen ser muy pocas las conversiones, hasta que se derrame sangre de Misioneros, de la cual brotará también la paz que se desea

CAPÍTULO XVIII

EL PADRE JULIÁN CON OTROS MISIONEROS ENTRA EN LA TIERRA DE LOS CHIRIGUANOS. — PASA Á LOS DE CUYAMBUYÚ, Y DESPUÉS Á SANTA ANA. — RUMORES DEL MARTIRIO DEL PADRE PONS. — EL PADRE JULIÁN ATRAVIESA LA CORDILLERA EN BUSCA DE ÉL. — CUÁNTO SUFRE EN ESTAS EXCURSIONES.

Con el valor que se ha visto, hablaban los Misioneros, pero aunque sus razones son tan eficaces, prevalecía siempre el recelo, é iba á pasos lentos la entrada, de cuya tardanza sentían otro inconveniente, porque era fuerza se mantuviesen los Chiriguanos convertidos en el mismo sitio, de que recibían no poco daño. Lo más, que á cabo de meses pudieron conseguir, fué, que el Padre Julián con su compañero el Padre Joseph Pons, pasasen con algunos Capitanes Españoles al Valle de las Salinas, á citar á los Chiriguanos, que bajasen de la Cordillera á ajustar las pases, aunque no se pudo conseguir su venida. Sin embargo, logrando la ocasión ambos Misioneros, se resolvieron entrar á tierras de Chiriguanos, pasando el Padre Pons, hasta el pueblo de Itán, y el Padre Julián á los de Cuyambuyú. Fueron bien recibidos y agasajados de los bárbaros, pero tocando el punto de que saliesen á ajustar las pases, ó se agregasen á formar una Reducción en el Valle, donde se les pudiese enseñar la ley de Cristo, en nada vinieron; bien que de Cuyambuyú, salió el

Capitán de aquellos pueblos, llamado Bariaré, se agregó con su familia á la nueva Reducción que se determinó fundar en dicho Valle de las Salinas, trasladando los Chiriguanos, que estaban en la hacienda de la Concepción, como ya dijimos. Para esto salieron de allí el día 13 de Agosto el Padre Rafael Giménez é Ignacio Chome, conduciendo la gente con grande incomodidad, y no fué menor la que padecieron hasta fundar el pueblo, porque habiendo de ir á otro sitio destinado para la Reducción, se halló estar aquellas tierras en litigio, y fué forzoso situarse en otro paraje llamado Santa Ana, á donde también acudieron de vuelta los Padres Lizardi y Pons. Halláronse pues en el campo, sin casa ni habitación, expuestos á las inclemencias de los tiempos, que el deseo de evitar mayores inconvenientes les hizo atropellar por estas incomodidades en la fundación de aquel pueblo: el alimento era muy escaso, y careciendo de lo más necesario para la vida, sólo atendían, á que los Neófitos tuviesen lo más que se pudiese, aun quitándoselo á sí mismos, porque la dura necesidad no les hiciese acordar de sus tierras y abandonar la Reducción.

En quanto se formaban las habitaciones para los Indios, pareció que uno de los Misioneros pasase hasta el Parapití, que es ya en el centro de la Cordillera de Chiriguanos, acompañado de Yaguaró, que en el Bautismo se había llamado Pedro, el cual tenía allá á su mujer, hijos y vasallos, á quienes quería persuadir abrazasen la Ley de Cristo, y juntamente se lograba registrar lo interior del país, é ir cambiando á otros pueblos del

camino, los cuales por atención del Yaguaró, respetado en toda la nación, ya que no se quisiesen reducir, no cometerían hostilidad ó desacato. Cada uno de los Misioneros quería para sí esta jornada, y en fin se determinó, que fuese el Padre Pons, como se efectuó, saliendo á ella á... de Setiembre, y llegando hasta Guacaya, partido de esta nación, donde había once pueblos, y tenía Yaguaró grande autoridad. Por todos los pueblos del camino iba el Padre haciendo sus diligencias, para que admitiesen la fe de Cristo, y dejasen predicar el Santo Evangelio; pero aunque en lo demás le oían con gusto, en este particular, no daban respuesta favorable, y supose después haber influido principalmente en esta remitencia los mensajes de cierto chiriguano, que vendiéndose en la Reducción por muy amigo y amante de los Misioneros, ocultamente les hacia guerra, instigado del Demonio, y tiraba á desbaratar sus santos designios, enviando por delante tres confidentes suyos, que disuadiesen á los principales el hacerse Cristianos, porque sería lo mismo que condenarse á miserable esclavitud, perdiendo su amada libertad, que es la que más aprecian estos bárbaros, y el embarazo principal para su conversión. Hallaron estos malignos mensajes toda la aceptación que podía desear el ministro del Demonio, por lo cual, prevenidos, daban repulsa á la propuesta del Misionero, y aun llegando á Guacaya, donde se esperaba mejor suceso, sintió el Padre Pons bastante despego en Yaguaró.

En esto se debió de fundar el rumor que se es-

parció y corrió de pueblo en pueblo, hasta llegar á la Reducción, de que dicho Padre le habían dado muerte los Chiriguanos en Parapiti y sabiéndose en Villa de Tarija, causó bastante turbación, y puso en mucho riesgo la nueva Reducción, porque dando por cierta dicha muerte, y abultando el miedo el peligro, se trataba de que dicha Reducción se volviese desde Santa Ana á la hacienda de la Concepción, para asegurarla de su total ruina, siendo á la realidad el camino más cierto de destruirle, porque podían los reducidos enfadarse de estas transacciones é irse á gozar de quietud entre los suyos. Afligíanse los Misioneros, que como mejor enterados de aquella gente, y de todas las circunstancias, aprendían con más viveza este mal, y eran de parecer que no se efectuase aquella peligrosa mudanza; y como por el mismo tiempo le hubiese llegado al Padre Pons la profesión de cuatro votos que había de hacer en el Colegio de Tarija, se ofreció el Padre Julián de Lizardi á atravesar por la Cordillera de los Chiriguanos, para llamar al Padre, si fuese falso el rumor divulgado, ó saber de cierto su paradero, sin recelo de la muerte que le pudieran dar, si fuera verdad que se habían ya ensangrentado contra su compañero.

Penetró, pues, intrépido por aquel barbarismo y para que una vez se haga concepto de lo que en estas excursiones padecían los Misioneros es bien conocer el terreno de suyo asperísimo y muy fragoso en que no se pasa sin fatigas por cuevas muy enhiestas, con precipicios formidables á la vista, poblado todo de fieras y sabandijas; los fríos en

invierno y rigurosos entre el desabrimento, y destemple de los vientos; el ardor del sol en verano excesivo, que no sólo calienta, sino abraza entre la importuna molestia de varias plagas, siendo la de los mosquitos, zancudos y jijenes tal, que no permite societo á los vivientes. Todas estas asperezas piden para su vencimiento heroica resolución y un ánimo verdaderamente apostólico en los religiosos llamados á la conversión de las almas, pues han de llevar precisamente vendidas la vidas, y más en esta ocasión, que siendo la gente tan indómita y acostumbrada á la traición, no estaba pacífico, no se daba paso con seguridad ó sin susto; y aunque les faltase el peligro de los bárbaros, es inevitable el que lleva de suyo la región, siendo forzoso haber de pasar por fragosas montañas, por caudalosos ríos, por peñas tajadas, expuestos al asalto de las fieras en los montes, al naufragio en las rápidas corrientes, y al despeño en las laderas. Añádese á esto la escasez de los alimentos, que era de legumbres, y tal vez se libraba en la caza de algunos animales, que sólo el temor de morir, pudo hacer de ellos plato para comer. Sólo la gracia de Dios y el celo de la salvación de aquellas almas pueden hacer tolerable esta vida, en cuyos trabajos hallaba tanto gusto el Padre Julián, que rebozaba siempre en alegría, recompensándole el Cielo con espirituales consuelos, las fatigas y sudores.

Confortado pues del Señor emprendió su viaje á Guacaya, en busca de su compañero, y halló ser falsa la voz que había corrido, pues le encon-

tró vivo antes de Parapití, aunque no muy consolado, por la rebeldía de aquellas gentes, y despegó de Yaguaró, bien que éste no por esto desamparó á los Padres, sino que volvió acompañándolos fielmente hasta la Reducción, donde en breve le asaltó la última enfermedad, de que murió con sentimiento de los Misioneros, porque no habian perdido las esperanzas de hacer por su medio algún fruto. Cesó con la vuelta de los Padres la aprensión concebida en Tarija, y se desvaneció el intento de retirar la Reducción, certificándole por la relación del Padre Pons, de que los Chiriguanos no trataban de hacer guerra; mas luego que á aquel pueblo parecía amanecerle la seguridad, de ella misma le nacía nuevo peligro de su ruina, porque acaeciendo en ella la dicha muerte de Yaguaró, divulgaron algunos Infieles malignos que los Misioneros le habian quitado la vida, y tomó tanto cuerpo esta voz entre los Gentiles noveleros, que hicieron creible el falso testimonio á su hijo Yagarecá, Cacique de Guacaya. Éste montando en cólera, y sabiendo de sí con el sentimiento, amenazaba que no había de parar hasta destruir la Reducción de los Neófitos y dejar bien vengada la muerte de su padre con los Misioneros, y aunque se dificultaba el logro del perverso designio por la distancia, que es más de cincuenta leguas, y porque no era muy creible que estando temiendo la guerra de los Españoles por la frontera de Santa Cruz, hubiesen de abandonar sus casas por atraer la guerra á país tan distante; pero sin embargo, como los bárbaros se ciegan tanto con el deseo de la venganza, no se quedaba

fuera del recelo, de que sin pararse en aquellas razones se empeñase á todo trance en venir á cumplir sus amenazas, y más si los intermedios (de quienes muy poco se podía fiar) le diesen auxilio para sus intentos. Al fin Yagarecá por entonces se contuvo, y luego parece se desengañó y conoció la verdad, que de muerte natural había fallecido su padre.

CAPÍTULO XIX

REPITE EL PADRE JULIÁN CON SUS COMPAÑEROS LA ENTRADA Á LOS CHIRIGUANOS. — NUEVOS TRABAJOS Y PELIGROS.

Habiendo entrado el mes de Noviembre, en que ya había de hacer su profesión en Tarija el Padre Pons, se hallaban juntos los tres Misioneros, y se determinaron de volver á probar fortuna y tentar de nuevo las voluntades de los bárbaros, para lo cual se pusieron de nuevo en camino el día cuatro el Padre Pons hacia á Tarayry, y nuestro Padre Julián y su compañero el Padre Ignacio Chome, hacia Caiza, pueblo que dista cincuenta y seis leguas, porque habiendo estado en él el dicho Padre Chome en la excursión antecedente, le habían recibido con buena voluntad, y empezado á levantarle una casita para su albergue, con deseo de que se quedase á vivir entre ellos, aunque como descubrió después el tiempo, no tanto con ánimo de hacerles cristia-

nos, cuanto por gozar de las brujerías que llevan los Misioneros para ganar las voluntades de los Infieles, y hacerlos propicios, para que den oídos á la predicación. Al volverse el Padre Chome de Caiza para la Reducción de la Concepción, le había ofrecido el Cacique de Caraparí que en caso de no quererle admitir en su pueblo los de Caiza, él le recibiría en el suyo, y por no malograr esta buena ocasión, fueron ahora con determinación de que pasando á Caiza dicho padre Chome, á ver en qué estado tenían la casita empezada, para hacer allí asiento, por ser mayor población, se quedase el Padre Julián en Caraparí, para empezar á catequizar los que se quisiesen hacer Cristianos á la cuadra de dicho Cacique, que era un viejo muy valeroso, y que se había mostrado benévolo á los Misioneros.

El suceso fué muy contrario á sus fervorosos deseos de convertir aquella gentes, aunque muy conforme á sus ansias de padecer por Cristo. Porque el Padre Pons en su camino del Tarayry los Chiriguanos mandones en el pueblo de Sanandity, que es de Charreses, le robaron lo que se les antojó de las bujerías que llevaba para ganar á los del Tarayry. El Capitán de Timbayty le quiso estorbar el pasaje á Pilcomayo, y no habiendo podido conseguir, se fué al pueblo principal del Tarayry á irritar contra el Padre el ánimo de su soberbio Cacique Angaypá. Este, aunque llegó el Misionero á su pueblo, no hizo caso de él, ni le quiso salir á recibir, como acostumbra; pero como el Padre Pons hubiese agasajado á un hijo suyo, al cabo de largo rato vino lleno de hincha-

zón á visitarle. Propúsole el fin de su medida, y que era hacerles hijo de Dios y darles noticia de la Ley Santa que sólo lleva al Cielo y despreciando fatuoso sus palabras, le dió por respuesta que no había de admitirle en sus tierras, porque estaba bien informado por relación de un español que los Padres eran muy malos y grandes hechiceros, que con sus maleficios perderían sus maizales y acarrearían muchas plagas á sus pueblos, y que otro capitán Infiel sería el de Timboyty, avisándole, como había de llegar á su pueblo, le tenía prevenido que con sus bujerías tiraría á ganar las mujeres para que le consiguiesen permiso de quedarse entre ellos, y que después engañaría todos persuadiéndoles á abrazar la fé de Cristo. Satisfizole el Padre á todo con tal modo, que poco á poco fué el bárbaro deponiendo su arrogancia, y oyendo ya sobre en el primer sobrecejo sus razones, y aun de cuando en cuando le repetía: "Padre tus palabras me agradan", y le dijo que se quedase en su pueblo aquella noche.

Este buen principio tenía ya interiormente alegre al Misionero, esperando que al fin se ablandaría del todo, cuando sobrevino de repente un Indio de estatura disforme, enviado sin duda del Demonio, que todo lo turba, que tocó de manera el ánimo de Angappá, que le mandó se saliese al punto de aquel pueblo. Hubo de obedecerle, aunque con ánimo de pasar á los otros pueblos del Tarayry; más no había salido, cuando le avisaron, que venían más conjurados á matarle. El miedo fué tan poderoso en un Chiriguano cris-

tiano del pueblo de la Concepción, su único compañero, que desamparó al Padre y se puso aceleradamente en fuga, y caminando solo el Misionero, llegaron varios infieles, que uno en pos de otro le fueron despojando de cuanto llevaba, hasta quitarle por fuerza la zotana, dejándole, como dicen en calzas y jubón, y aún le hubieran desnudado del todo, á no haberle sacado de sus manos, llevádole á su casa, un bárbaro más compasivo, porque no le matasen, como parece intentaban, y fué afortunado, en que una India pudo rescatar de mano de los agresores el Breviario, que le sirvió de consuelo. El Chiriguano Cristiano su compañero, que se fué huyendo, dió aviso de cuanto pasaba al Capitán del pueblo de Capinda, que al pasar el Padre por él, le había tratado con humanidad y demostración de benevolencia, y sabiendo su peligro, le vino á defender, é hizo llevar á su pueblo, y ahora quería ir á vengar con las armas las injurias y desacatos, que contra su persona habían cometido, pero el Padre le rogó con instancia que no tratase de eso, porque no venía á encender el fuego de la guerra, sino á traerles los bienes de la paz á su país. Cedió por fin el muy bárbaro á sus instancias, y quedó muy edificado, que aun en ánimos montaraces se deja admirar y estimar la mansedumbre cristiana.

Juzgó el dicho Capitán de Capinda, no convenía por entonces, que parase allí, y ofreciéndole que después, estando los ánimos más sosegados, le admitiría en su pueblo, le despidió y se hubo de volver con estupenda incomodidad, casi des-

nudo al pueblo de Caraparí, donde encontró á los Padres Lizardi y Chome, que oyeron muy lastimados sus aventuras, las que ya calcularon desde que de lejos vieron su desnudez, pues sólo le habían dejado la camisa y jubón y borzeguies de cordobán, que usamos en esta Provincia en lugar de medias. Supo allí tambien el Padre Pons, la razón de hallarse juntos los Padres Lizardi y Chome en Caraparí, y era porque en Caizá no habían cumplido los bárbaros la palabra de tener levantada casa, como habían prometido, dando de ello excusas frívolas, y conociéndose por su poca fidelidad que sólo apeteían las buerías y reseates, ajenos de dar oídos á la predicación Evangélica. Lastimábanse celosos, y compasivos de la ceguedad y dureza de aquella gente obstinada, no sabiendo que ella estaba actualmente fraguando una traición, de que son diestros artifices.

Descubriéronse bien presto sus dañados intentos, que quisieron poner en ejecución aquella propia noche, porque ya habían explorado bien el pueblo de Caraparí y donde se alojaban los Misioneros por medio de Yaguaríngá, Indio principal del pueblo de Suyuandity, quien tomando el pretexto de pedirles cierta bujería, había venido y registrado cuanto deseaba, para ejecutar á su salvo la traición. Y era bien necesaria toda esta cautela, porque á los de Caraparí tenía muy ganadas las voluntades el Padre Julián de Lizardi en los pocos días que había vivido entre ellos, y los Chaneses de Suyuandity, temían mucho el valor y resolución del Cacique, anciano de Ca-

raparí llamado Necang; pero se habían animado á dar entonces el asalto, coligados con los principales de Caizá, porque Yaguaríngá les dijo cómo había oído decir al dicho Cacique que aquel día se había de ir con un hijó suyo al pueblo de Cararuty á hacer provisión de maíz, de que se hallaba falto. En esta ausencia, pues, con las prevenciones susodichas querían venir á despojarles, y aun á quitarles las vidas, y daban por fácil la empresa según las circunstancias. Recogióronse los Padres á dormir en una ramada, que los Carapareños le habían formado, no siendo otro su lecho, que el caparazón de sus mulas, con las sillas por cabeceira, cuando á media noche llega un Chiriguano de Caizá á dar aviso á los Carapareños cómo sus paisanos y los Chaneses venían en un cuerpo numeroso á quitar la vida á los padres. Despertaron á estos los Carapareños con bastante sobresalto y los obligaron á retirarse á la casa del Cacique, recogiendo con fineza sus cosas, para asegurarlas que no peligrasen, y poniéndose armados en defensa de la dicha casa cinco Carapareños, con mucho denuedo, y un hijó del Cacique Necang partió con mucha presteza á avisar á su padre, que estaba en Cararuty. La fortuna fué que los conjurados, aunque se acercaron á Carapary, no se atrevieron á dar luego el asalto, temerosos de ser descubiertos á la luz de la luna, que hacía clarísima, reservándose para cuando ella se pusiese, que la maldad suele acobardar á los ánimos más osados; pues siendo ellos más que los Carapareños defensores, si embisten cuando llegaron, logran su hecho,

porque los hubieran cogido durmiendo y desprevenidos.

CAPÍTULO XX

UN COMplot FRUSTRADO PARA MATAR AL PADRE JULIÁN Y SUS COMPAÑEROS. — PADECE EN EL CAMINO PENURIAS INNUMERABLES. — SU MULA CAE CON ÉL EN UNA LAGUNA.

En la detención, pues, medrosa de los agresores, consistió la salud de los Misioneros, porque los reservaba Dios para mayores trabajos; á nuestro Padre Julián no le quiso dar por entonces la corona, y se rodearon las casas de manera que tuviesen el aviso anticipado por medio de uno de los mismos conjurados, que agradecido á un donacillo que le había dado uno de los Misioneros, se sintió movido á apartarse de los suyos, y caminando por extraviados, anticipó la noticia de la traición, dándosela á la mujer del Cacique, por cuya diligencia se hizo la referida prevención. Los Carapareños, que defendían bien armados á los Padres, dieron señas con muchos silbos á los conjurados, de que estaban vijilantes y no los podrían sorprender descuidados, y algunos más resueltos se animaron á ir á reconocer los enemigos, de los cuales vieron poblada la margen de un río que pasa por la falda del cerro en que está dicho pueblo, y éstos habían ya hurtado las mulas de los Padres. En este tiempo fué el hijo del Cacique á avisar en Cararuty á su padre y

aunque le descubrieron y hablaron, porque tenían tomadas las entradas y salidas del pueblo, no tuvieron reparo en dejarle pasar. En obscureciendo la noche, subieron á Carapari los enemigos, y veinte entraron dentro, registrando todas las casas y hurtando cualesquier cosa, que hallaban perteneciente á los Padres, bien que á la casa donde ellos estaban, ó no quisieron ó no se atrevieron á entrar, hasta que á las tres de la mañana se arrojó entrar el pérfido Yaguaríngá y dijo al Padre Chome: que Ibaceyú, hijo del Cacique Tipiolby, gran traidor que vivía en Sumandyty, le llamaba para hablarle. Iba el Padre á salir, pero no se lo permitieron los fieles compañeros; bien que repitiéndose el mensaje al amanecer, no le pudieron detener, y yendo á su alojamiento, habló con Ibacuyú, sin dar señas de temor ó recelo. A la verdad, los tres Misioneros estaban tan serenos y alegres en aquel peligro, que ellos mismos consolaban á las Indias, que con la piedad propia de su sexo se afligían por verlos amenazados de aquellos malvados, y á pique de perecer.

Preguntando Ibacuyú del motivo de aquella estrepitosa á intempestiva venida, dió por respuesta algunas razones que traía estudiadas para deslumbrarle y quizá descuidarle; pero el Padre, que los tenía bien conocidos, le habló con resolución, que en semejantes ocasiones infunde Dios valor á sus Ministros, y le hizo cargo de haberle hurtado las mulas. Conocióse que se amilanaron algo de verle tan animoso, y para disimular más, le hicieron algunas peticiones. Díjoles, que sí les daría lo que pedían, pero que no

porque los hubieran cogido durmiendo y desprevenidos.

CAPÍTULO XX

UN COMplot FRUSTRADO PARA MATAR AL PADRE JULIÁN Y SUS COMPAÑEROS. — PADECE EN EL CAMINO PENURIAS INNUMERABLES. — SU MULA CAE CON ÉL EN UNA LAGUNA.

En la detención, pues, medrosa de los agresores, consistió la salud de los Misioneros, porque los reservaba Dios para mayores trabajos; á nuestro Padre Julián no le quiso dar por entonces la corona, y se rodearon las casas de manera que tuviesen el aviso anticipado por medio de uno de los mismos conjurados, que agradecido á un donacillo que le había dado uno de los Misioneros, se sintió movido á apartarse de los suyos, y caminando por extraviados, anticipó la noticia de la traición, dándosela á la mujer del Cacique, por cuya diligencia se hizo la referida prevención. Los Carapareños, que defendían bien armados á los Padres, dieron señas con muchos silbos á los conjurados, de que estaban vijilantes y no los podrían sorprender descuidados, y algunos más resueltos se animaron á ir á reconocer los enemigos, de los cuales vieron poblada la margen de un río que pasa por la falda del cerro en que está dicho pueblo, y éstos habían ya hurtado las mulas de los Padres. En este tiempo fué el hijo del Cacique á avisar en Cararuty á su padre y

aunque le descubrieron y hablaron, porque tenían tomadas las entradas y salidas del pueblo, no tuvieron reparo en dejarle pasar. En obscureciendo la noche, subieron á Carapari los enemigos, y veinte entraron dentro, registrando todas las casas y hurtando cualesquier cosa, que hallaban perteneciente á los Padres, bien que á la casa donde ellos estaban, ó no quisieron ó no se atrevieron á entrar, hasta que á las tres de la mañana se arrojó entrar el pérfido Yaguaríngá y dijo al Padre Chome: que Ibaceyú, hijo del Cacique Tipiolby, gran traidor que vivía en Sumandyty, le llamaba para hablarle. Iba el Padre á salir, pero no se lo permitieron los fieles compañeros; bien que repitiéndose el mensaje al amanecer, no le pudieron detener, y yendo á su alojamiento, habló con Ibacuyú, sin dar señas de temor ó recelo. A la verdad, los tres Misioneros estaban tan serenos y alegres en aquel peligro, que ellos mismos consolaban á las Indias, que con la piedad propia de su sexo se afligían por verlos amenazados de aquellos malvados, y á pique de perecer.

Preguntando Ibacuyú del motivo de aquella estrepitosa á intempestiva venida, dió por respuesta algunas razones que traía estudiadas para deslumbrarle y quizá descuidarle; pero el Padre, que los tenía bien conocidos, le habló con resolución, que en semejantes ocasiones infunde Dios valor á sus Ministros, y le hizo cargo de haberle hurtado las mulas. Conocióse que se amilanaron algo de verle tan animoso, y para disimular más, le hicieron algunas peticiones. Díjoles, que sí les daría lo que pedían, pero que no

sería hasta que llegase el Cacique Necang. Replicaron que no vendría tan presto, pero el Padre les certificó que estaría allí antes de nacer el Sol, porque le había enviado á llamar con su hijo menor. Esta noticia les sobresaltó mucho y les cortó los bríos; y se amilanaron más cuando en breve vieron venir corriendo á carrera abierta con el caballo bañado en sudor al hijo mayor de Necang, que había ido con su Padre á Cararuty. Diéronse por perdidos, porque conocían bien la resolución y valor del viejo, y se pasaron muy pensativos y cabisbajos. Creció su miedo cuando preguntando el Padre al mancebo, si venía Necang, respondió sin hacer casos de los enemigos: bien acompañado viene; y metiéndose en su casa, cogió el arco y flechas. Retiróse también el Misionero, y todos tres temieron hubiese alguna refrenda pendencia. Pero no dió lugar la cobardía que mostraron los agresores, antes tan insolentes, porque llegando poco después muy furioso Necang, acompañado de los Capitanes y otra mucha gente bien armada de Cararuty, les mandó con imperio rendir y entregar las armas, lo que ejecutaron sin resistencia los de Caizá y Sunandyty. En teniéndolos desarmados les afeó severísimamente sus pérfidos designios, sin que ninguno de ellos se atreviese á responder palabra, ni aun á chistar, y se irritó tanto contra Mariré, caudillo principal, que le faltó poco para traspazarle con la lanza. Trataron en fin de retirarse, y por grande favor recibieron las armas, de que habían sido despojados.

Agradecidos los Misioneros á sus defensores,

que se habían portado más fieles de lo que se podía esperar de esas gentes, les agasajaron con algunas dádivas de las baratijas que ellos más apreciaban, y se pusieron en camino para Cararuty; mas apenas habían salido, cuando Necang les despachó mensaje con un hijo suyo, rogándoles que volviesen. Hiciéronlo los dos, y prosiguió la marcha el Padre Julián á Cararuty. El motivo de llamarlos era, porque dos Caciques de Caizá, viendo errado el lance, temieron que los Padres volviesen sentidos, midiendo la generosidad cristiana y Apostólica de sus corazones por la vileza de los suyos, crueles y vengativos, y recelaban que sus justas quejas armasen de nuevo á los Españoles contra los pueblos delincuentes; por tanto habían despachado un pariente suyo, rogando á Necang les detuviese hasta el día siguiente, que vendrían á darles satisfacción y disculparse, siguiéndole inocentes, aunque no se dudó habían sido cómplices. Los dos Padres, así por recelar fuese nuevo ardor para sus dañados intentos, como por no dar nueva molestia al viejo Necang, que toda la noche antecedente había pasado en vela, receloso de nuevas acechanzas, les enviaron á decir, que para lo que gustasen podían acudir á Cararuty, que dista cuatro leguas de Carapari, porque allí le esperarían tres días, y luego se fueron á alcanzar al Padre Julián, que marchaba con gran trabajo en una mula carguera, que no salía de paso, por haberle los de Caizá robado la cabalgadura.

Al día siguiente acudieron los dos Capitanes á Cararuty, aunque medrosos de la gente de dicho pueblo, y con razones bien estudiadas procuraron

persuadir no haber tenido parte en la traición. Mostráronse satisfechos, y les aseguraron que estaban muy ajenos de tener enojo ó mala voluntad contra los verdaderos agresores, porque la Santidad de la Religión Cristiana, que les iban á predicar, les prohibía manchar el corazón, con tan ruin y vil afecto, cual es el deseo de venganza; que tenían perdonadas generosamente cuantas injurias les habían hecho, y estuviesen ciertos que no les harían por su causa guerra los Españoles, porque sepultarian en sus pechos, sin comunicarles, la noticia de lo acaecido, y sola sería su venganza la que enseña Cristo, que es hacer beneficios á quien los maltrata y persigue, como lo experimentarían en adelante y serían los mejores testigos, las buenas obras que en todo tiempo les harían. Rogáronles también que dijese de su parte lo mismo á Angaypá, el Cacique principal del Tagaypá, y al Cacique Capinda. Alegráronse mucho los dos Caciques y se despidieron muy contentos, principalmente porque les dieron palabra de que pasadas las aguas, volverían á sus tierras, como tenían intento, resueltos á que entonces el Padre Chome viniese á hacer asiento en Caizá, y que el Padre Julián y el Padre Pons pasasen adelante á la otra banda del Pilcomayo, donde había mayor peligro, porque por allí la gente, como más distante de los Españoles de Tarija, tenían menos miedo de sus armas, y se portaba más soberbia y altiva. Con este ánimo determinaron volverse á las Salinas á la Reducción, porque por entonces no era conveniente quedarse, por la mala disposición de los ánimos, que se empeora-

rían más con el tiempo cercano á las borracheras, que celebra toda aquella bárbara nación, dada por extremo á este vicio, como suelen generalmente los Infieles, quedando inhábiles para dar oídos á las cosas de la fe, que piden tanta atención y se dejan percibir mal de ánimos ofuscados con los humos de sus inmundos brevajes.

Volviéronse, pues, á las Salinas, padeciendo en el camino harto trabajo, principalmente el Padre Julián, por la falta de cabalgadura á propósito; aun cuando la tenía menos mala, era increíble lo que padecía en estas excursiones: basta decir, que nunca pasaba quebrada alguna ó río (y eran muchos) que no se mojase muchísimo; pero el sentimiento que mostraba, era festejar él mismo sus propias desgracias, para disimular el sentimiento de sus compañeros, principalmente una vez, que su mula se hundió en una poza, de donde hubo de salir á nado, dejando al Siervo de Dios en paraje, que le daba el agua arriba de la cintura, y parecía era otro el que padecía aquel trabajo, según la alegría con que celebraba el lance. Pero lo que justamente admiraba á sus compañeros, era la especial providencia con que Dios favorecía sus ansias de ocuparse en este negocio de la conversión de los Infieles, y en las trabajosas expediciones á este fin encomendadas, porque siendo muy afligido de alma y durmiendo de continuo en el suelo húmedo y sin abrigo, después de haber traído mojadas las piernas todo el día por causa de los ríos, era una maravilla que nunca le acometía aquel achaque, cuando recorría por las tierras de los Infieles, porque si tal sucediera, le hubiera sin

duda imposibilitado emplearse en aquellas empresas por la necesidad en que se veía siempre de afanar mucho y trepar á pie las más árduas y empinadas serranías; pero como eran al Señor tan agradables aquellos pasos, que gobernaba únicamente el amor de su Majestad y el celo de la salvación de los Infieles, disponía misericordioso, que por aquel tiempo se suspendiese el achaque tan penoso, y lo mismo era volver á la Reducción (adonde padecía menos) que asaltarle luego y afligirle el alma. Admirábase de esto el Padre Julián con los demás, y tomábalo por señal, de que eran agradables al Señor aquellas expediciones, padeciendo la fuerza del mal con este consuelo muy alegre y contento.

CAPÍTULO XXI

VUELVE Á CONCEPCIÓN. — TRASLADA EL PUEBLO DEL VALLE DE ARRIBA Á EL DE ABAJO PARA LA MAYOR SEGURIDAD DE LOS NEÓFITOS. — DESCONFÍA DE LA CONVERSIÓN DE LOS CHIRIGUANOS, SIN EMBARGO RESUELVE MORIR EN LA EMPRESA. — CLÁUSULA DE UNA CARTA. — LA EXCLAMACIÓN DE SU VEHEMENTE DESEO DE PADECER POR CRISTO.

Vueltos los tres Misioneros á la Reducción de la Concepción, sentían menos los trabajos y peligros padecidos, pero les llegaba al alma la dureza de los bárbaros, con quienes habían lidiado, y se ofrecieron gustosos á mucho mayores fatigas,

si tuvieran alguna esperanza de que al fin hubiesen de ser fructuosas y vencer su obstinación. Sin embargo no desmayaban, y estaban prontos á acabar en la demanda y dar la vida por hacer de su parte las diligencias en orden á su conversión, exponiéndose á los más árduos peligros, como se conocerá bien por la cláusula de una carta, que escribieron al Padre Provincial, donde después de hacerle relación de los sucesos referidos, le dicen así:

“ En lo humano no hay esperanza alguna de la conversión de los Chiriguano, *Manus Domini non est abbreviata*; pero antes se dejaron ellos hacer pedazos, que venir en ser cristianos, tanto es el horror que tienen á este nombre y nos sufren ir y venir por sus pueblos únicamente movidos de su inexplicable codicia, y no es gente que se pueda ganar con dádivas; todo lo quieren como si les fuera debido y todo lo reciben como si nos hicieran merced en recibirlo. Algún miedo que tienen al Español por los trabajos pasados nos da alguna seguridad de la vida entre ellos, pero nos parece que presto lo perderán, y que en la entrada siguiente que hiciéremos por Mayo, darán peor cuenta de nosotros. Con todo esto estamos con ánimo firme de no desistir de la empresa, hasta quedarnos en la demanda, ó que la obediencia nos mande alzar mano de ella. El ánimo que tenemos es, que á su tiempo vuelva el Padre Ignacio á Caizá, y á Sanandyty, y los Padres Julián y Joseph pasen adelante á la otra banda del Pilcomayo, y será de los tres lo que Dios fuere servido. Sólo tememos que los de esta banda, como más

vecinos al Español, nos atajen los pasos de miedo, de que nos suceda por allá alguna desgracia, la cual ellos también habrían de pagar."

Esta era la generosa resolución de los tres Misioneros, sintiendo menos el peligro de sus propias vidas que los impedimentos de su celo, y resueltos á sacrificarse en las aras de la obediencia á los trabajos y muerte, antes que alzar mano de la empresa, que se les había encomendado.

Hubieron de contenerse en la nueva Reducción, esperando la coyuntura de poder ejecutar sus premeditados designios, y se ocupaban en la Instrucción Cristiana de aquellos Neófitos, y en ir fabricando Iglesias, pero todo con continuos sobresaltos de aquella pobre gente, contra la cual se decia estar muy indignados los demás Chiriguanos, porque protestaban la Ley de Cristo llevándoles continuos avisos de que querían los Infieles hacer allí invasión. Llamaron á aquel paraje, Valle de Arriba, y en tiempo de la guerra fué muy infestado de los Chiriguanos, que cometieron en él grandes hostilidades, cuya memoria avivaba más el temor de los Neófitos, y creció tanto, que fué necesario á los Misioneros trasladar el pueblo al Valle que llaman de Abajo, doce leguas distante del primer sitio, por el mes de Mayo de 1734. Lo que se padece en semejantes transmigraciones, sólo lo puede concebir cabalmente quien lo ha experimentado, y mucho más sin duda con gente recién convertida. En esta ocasión eran frecuentes los avisos de la perversa intención de los Chiriguanos de Ingre contra los Misioneros y sus Neófitos, y fué necesario se quedasen solos en el

sitio despoblado los Padres Lizardi y Chome, acompañados de sólo dos Indios, para guardar los trastos que no se habían podido todavía llevar, y no repetía otra cosa el Siervo de Dios, según depone su compañero, sino: "¡Oh! á qué buen tiempo llegarían ahora los de Ingre! ¡Qué buena ocasión de ser muertos por Cristo!" Así daba desahogo á sus ansias, brotando la lengua en las expresiones del afecto que ocupaba su corazón.

En el Valle de Abajo no dejaban de llegar las noticias del desafecto con que miraban á los Obreros Evangélicos muchos de los Chiriguanos, y no habia cosa de mayor gusto para el Padre Julián, que cuando unos Infieles amigos venían á menudo á avisar que los demás habian jurado darles muerte si volvían á poner los pies en la Cordillera, era añadirles estímulos para disponer y aun prevenir el tiempo de nueva entrada. En otra ocasión recibieron los Padres aviso de un Indio de la Cordillera, de que si volvían á aquella tierra, estaban resueltos los bárbaros, á prenderlos y venderlos á los Tobas, Infieles cruelísimos del Chaco. Mostró bien entonces el Venerable Mártir, su vehemente desseo de padecer por Cristo, porque lo mismo fué oír esa nueva que prorrum-pir inmediatamente en esta afectuosa exclamación: "¡Oh Padres míos, qué cosa tan bella, ser esclavo por Jesucristo!" Dijo aquellas palabras con tanta viveza (añade su compañero el Padre Chome) y me penetraron de suerte que nunca las he olvidado, y me parece oírlas siempre con el aire con que las profirió. Escribió esto el Padre Chome dos años después. Tal era, y tan ardiente el afec-

to de donde nacían, que pudieron hacer tan permanente impresión en su ánimo.

CAPÍTULO XXII

DIVÍDESE EN DOS LA REDUCCIÓN DE LOS CHIRIGUANOS. — SU PREDILECCIÓN POR LOS MALVADOS CHIRIGUANOS DE INGRE. — TOMA Á SU CARGO EL PUEBLO DE CONCEPCIÓN. — FERVOR DE LOS NEÓFITOS. — DE DÍA TRABAJA ENTRE ELLOS COMO PEÓN, Y DE NOCHE SE LEVANTA PARA TRABAJAR POR SU ALMA.

Quisiera el Padre Julián se le ofreciesen ocasiones de lograr el cumplimiento de sus deseos, y como ya vimos, en la entrada de Mayo, y nueva ida adelante del Pilcomayo, tenía esperanzas de hallar copiosa cosecha de trabajos y peligros; pero siendo forzosa la dicha mudanza de la Reducción para acallar y sosegar el susto y sobresalto de los Neófitos, no pudo conseguir su intento, y sobreviniendo nuevos embarazos, hubo de tener represado su celo por disposición de los Superiores, hasta que llegando, por Agosto de dicho año de 1734, á visitar nuestro Colegio de Tarija el nuevo Provincial Padre Jaime de Aguilar, y reconociendo algunos inconvenientes en que viviesen juntos en una Reducción los Chiriguanos del antiguo pueblo de Tariquea y los recién convertidos Cuyambuyos, dió orden que se dividiesen en dos pueblos, bien que dejando á la elección de ellos mismos, si alguno de cada parcialidad quisiese

agregarse al pueblo de la otra. Hizose la división el día 26 de Agosto, dándose por nombre al nuevo pueblo Nuestra Señora del Rosario, á que se aplicaron los Cuyambuyos, y por su Capitán Don Pablo Bariaré, Indio principal, que tiempo antes había convertido el Padre Rafael Giménez, y el otro pueblo se quedó con su antiguo nombre de la Concepción, á que se agregaron los Taricuanos, y por su Capitán Don Francisco Javier Ciriary, Chiriguano muy afecto á los Españoles, de cuyo maestro de Campo, Don Juan de Echalar, mereció recibir vengala de Capitán, por las hazañas que obró en las entradas del Ejército Cristiano contra los Infieles rebeldes de su propia nación. El pueblo del Rosario se quedó en el Valle de las Salinas, que llaman de Abajo, y el de la Concepción se volvió al sitio primero del Valle de Arriba, señalando por doctrinero en éste al Padre Giménez, y en el primero al Padre Pons, y que á ambos de tiempo en tiempo los ayudase y consolase nuestro Padre Julián, como lo ejecutaba con su eximia caridad y apacibilísimo trato, acudiendo incansable á la instrucción de los Neófitos en ambas partes y teniendo fuera de eso el trabajo de ir de un pueblo á otro, que no es pequeño por la aspereza de los caminos.

La primera vez que pasó del Rosario á la Concepción, llegó aquí noticia de que los infieles de la Cordillera querían hacer invasión en este pueblo, de que se inquietaron con gran sobresalto los Neófitos, y para sosegarlos le ofreció ir en persona á certificarse de la verdad hasta el pueblo de Chimes, donde inquirió de dos Capita-

nes Infieles, llamados Churá y Cuyaroá, que se mostraban amigos; y no satisfecho de su informe, pasó adelante hasta el río Pilcomayo, donde averiguó que era sin fundamento la primera nueva de invasión, y el Cacique de un pueblo, prendado en sus razones, ofreció venirse á hacer cristiano con toda su numerosa familia y vasallos en la Concepción; pero los de Ingre, por el contrario, trataron entre sí de darle muerte y lo hubieran ejecutado, á no haber hallado resistencia en el dicho Cacique, que sin saber el Padre su peligro, le libró de él con mucha fineza, oponiéndose á sus designios. Estos malvados de Ingre son los que por fin le labraron la corona, quitándole la vida con la crueldad que diremos; pero como no había llegado la hora que tenía destinada la Divina Providencia para hacer al Siervo de Dios esta gracia, no se les logró la traición, y el Padre volyó muy alegre con la noticia de no reconocerse movimiento alguno en los Infieles, ni señales de que quisiesen invadir por aquella frontera.

Y con esta ocasión del riesgo que corrió su vida ahora á mano de los pérfidos Chiriguanos de Ingre, es digno de advertir lo que siempre notaron, particularmente sus compañeros, que el distrito ó partido adonde con más vivas ansias anhelaba el Padre Julián por llevar la luz del Evangelio, era el de Ingre, como si no hubiera otros pueblos Infieles de Chiriguanos que convertir, y decía muchas veces que no había de resistir hasta fundar entre ellos una Reducción dedicada á Jesús, María y Joseph, ternario ce-

lestial, que era todas sus delicias; que parece se anunciaba la dicha felicísima, que por mano de aquellos Infieles había de conseguir. Y á la verdad, no estaba muy lejos y en orden á este fin, se fueron disponiendo las materias de manera que se cumpliese la Divina ordenación acerca de su martirio glorioso; porque habiendo de venir á la Provincia el Padre Rafael Giménez, le mandaron los superiores tomase á su cargo el pueblo de la Concepción á fines de Marzo de 1735, y ejecutó esta obediencia con la puntualidad y perfección que acostumbó toda su vida en las demás ocupaciones, procurando con todo empeño que no decaeciese de la Cristiandad y devoción, se había empezado á entablar, sino que se adelantase cuanto fuese posible, y Dios echaba su bendición, para que se lograsen sus diligencias, pues era su fervor de manera que todo el pueblo asistía cada día á la Misa y al Rosario, y á la explicación de la Doctrina Cristiana y otras devociones, que apenas rayaba el alba, cuando ya estaban en la Iglesia, para visitar á su Madre Santísima, María Señora Nuestra, en su devotísima y milagrosa imagen de la Concepción Inmaculada, indicando, á lo que parece, golpe de devoción la brevedad del tiempo.

A lo demás acudía el Siervo de Dios con el mismo tesón, trabajando él mismo personalmente con los Indios en lo necesario para la manutención y para la fábrica del pueblo, como era carpir la tierra, cortar la madera, cargar la paja, tirar palos á la cincha de una bestia como acá acostumbran los más viles peones, que de nada

se desdeña la verdadera humanidad, y á todo hacía por darles ejemplo á los Neófitos y animarlos á trabajar. El Padre Rafael Giménez, que se detuvo algunos días en aquel pueblo, después de haberse encargado de él el Padre Julián, y sabía muy bien cuanto tiempo empleaba en los ejercicios espirituales, de oración, meditación y lección, viéndole ahora tan aplicado á procurar el bien temporal de sus Neófitos, y tan afanado le dijo por gracia:

— “Padre mío, muy ocupado le veo á Vuestra Reverencia en el oficio de Marta; ¿dónde está ahora tanta oración como tenía cuando particular? ¿dónde está su lección cotidiana de la Biblia Santa, de nuestro instituto, vidas de Santos?”

Respondióle riendo: — “Todo se puede, Padre mío Rafael, con la gracia de Dios, lo supliré sin faltar un punto, levantándome á medianoche.”

Y después, como testigo de vista en los dichos días de su detención, que lo vió practicar al pie de la letra, levantándose á aquella hora, entrándose en la Iglesia, donde amanecía de rodillas, á costa de su reposo adelantados aquellos ejercicios para poder aplicarse con desembarazo á las cosas temporales de la Reducción, de las cuales dependen tanto las espirituales.

CAPÍTULO XXIII

SU CONFESIÓN GENERAL. — SU INOCENCIA BAPTISMAL. — PRONOSTICA SU MUERTE. — SAN JUAN NEPOMUCENO. — RUMORES DE UNA INVASIÓN AL PUEBLO DE CONCEPCIÓN. — EL PADRE LISARDI NO LE DA CRÉDITO.

En este tiempo quiso hacer con el Padre Rafael confesión general de toda su vida, y testifica que no había perdido la gracia Bautismal y que apenas halló materia de absolución. Tanto previno Dios esta alma escogida con sus celestiales bendiciones, y cierto que parece previa haber de ser la última de toda su vida, pues no tuvo ocasión de hacer otra por hallarse solo y haber padecido muy en breve su ilustre Martirio, del cual parece tenía prenuncios, como se puede colegir de lo que el día de la despedida se pasó con el dicho Padre Rafael, porque diciéndole éste:

— “No tardará mucho en ir Vuestra Reverencia á Provincia con alguna ocupación, á que parecen le destinan los Superiores.”

Respondió: — “No podré ir, porque antes he de morir”; y lamentándose entonces el Padre Rafael de su desgraciada suerte, en no haber merecido en dos ocasiones la corona del Martirio, añadió el Padre Julian:

— “Pues ¿y qué dirá Vuestra Reverencia que ahora que se va, me matan á mí los Chiriguinos?”

— “ Qué he de decir (le respondió) sino confirmarme en lo dicho, de que yo no merezco lo que Vuestra Reverencia se concede. ”

Con estas pláticas se despidió de su amantísimo compañero, quien sintió vivísimamente verse precisado á la obediencia á apartarse de su lado, perdiendo su amabilísima compañía, y parece pronosticaba, ó tenía noticia más segura de su Martirio, porque todo sucedió, como decía, al mes y cinco días de esta conversación. Era día 16 de Mayo, consagrado al culto del inclito Mártir San Juan Nepomuceno, y la primera vez que en esta Provincia se usaba de la gracia concedida por nuestro Santísimo Padre Clemente XII á toda la Compañía, de rezar su oficio y Misa. Levantóse á la hora que dijimos, se previno con la fervorosa disposición insinuada para el incruento Sacrificio de la Misa, que no había de continuar, porque la voluntad Divina era que diese principio al cruento de su sangre, siendo preso en la invasión que los bárbaros de Ingre ejecutaron ese día en el pueblo de la Concepción.

Túvose aviso de esta traición días antes por medio de un Apóstata del pueblo de Chiquiacá, llamado Juan Yaraná, á quien Catauri, Cacique del pueblo de Itán, despachó por mensajero á la Villa de Tarija para ajustar paces con los Españoles. Este al pasar por el Valle de las Salinas, dió noticia á dos Indios Chiriguanos del partido de Ingre. Trataban con calor de invadir el pueblo de la Concepción, y Joseph Pitiré, uno de los dos cristianos, avisó de esta novedad al Padre Joseph Pons, quien prontamente la participó con un ex-

preso al Venerable Padre Julián, y éste. — disponiéndolo así la Divina Providencia, por haberse llegado el tiempo que fuesen premiados sus méritos y vida Angelical, — no creyó la noticia, persuadido sería como otras semejantes, que tantas veces habían corrido, é inquietado sin fundamento á los Neófitos, y por esto no hizo diligencia alguna para salvar su grey, ni dió aviso al Padre Antonio Breton, Superior de aquellas Misiones, que estaba á la sazón convaleciendo de unas tercianas en el Colegio de Tarija, donde pudiera solicitar algún socorro de Soldados Españoles, para la defensa del pueblo de la Concepción.

CAPÍTULO XXIV

INVASIÓN DE CONCEPCIÓN POR LOS CHIRIGUANOS DE INGRE. — EL PADRE JULIÁN PRENDIDO EN EL ALTAR. — LE DESPOJAN DE SUS VESTIDURAS SAGRADAS Y DE SU SOTANA. — LE MANIATAN. — INCENDIAN LA IGLESIA. — REDUCEN EL PUEBLO Á CENIZAS. — LE LLEVAN CON ELLOS UNA LEGUA. — LE HACEN SENTAR DESNUDO EN UN PEÑÓN DONDE LE MATAN Á FLECHAZOS.

Hicieron pues su junta los agresores, sacando gente de los siete pueblos del Valle del Ingre, que venían á cargo de un Cacique principal, el cual quiso ser candidato de la facción. Fuéronse acercándose al pueblo de la Concepción, ocultando cuanto fué posible las señales de su mar-

cha, observando que los Neófitos estaban muy ajenos de su venida, se resolvieron á dar el asalto el día 16 de Mayo, y le ejecutaron á tiempo que el Venerable Mártir, ofrecida la Hostia, estaba preparando el Cáliz, y casi toda la gente del pueblo asistiendo al Santo Sacrificio. Un mancebo Chiriguano, llamado Manuel, había salido á recoger unas cabalgaduras que pacían en el campo, y viéndolos marchar hacia el pueblo, se adelantó corriendo á dar aviso, y con él pudo salvarse toda la gente, refugiándose á un bosque, y dejando al Padre en el Altar con sólo el Sacristán. Debieron creer los fugitivos que el Padre los seguía en la fuga, porque reconociendo se había quedado en la Iglesia, levantó la voz una India llamada Isabel, Cristiana fervorosa, mujer del Alcalde del pueblo, Don Ignacio Barracaré, y animando á los suyos, les dijo: " El Padre se queda no le desamparemos, vamos á donde está y muéramos con él." Volvióse pues á la Iglesia y la siguieron hasta otras veinte personas. Al ruido salió de su casa un Español, llamado Lope Martínez, que por su jornal ayudaba á lo que se ofrecía para entablar el pueblo, y reconocido el peligro, dió orden á su mujer, se escapase con los demás, y él se encaminó á la Iglesia á socorrer al Ministro de Jesucristo; pero alcanzando los Infieles á su mujer, la prendieron, y á él le hirieron de muerte, antes de pisar los umbrales del Templo, adonde entrando, le acabaron de matar con nuevos flechazos.

Prosiguieron furiosos los bárbaros hasta el

Altar, donde prendieron al Venerable Padre Julián, y tratándole con la mayor irreverencia, le despojaron de las vestiduras sagradas, le rasgaron la zotana y le maniataron. Entre tanto otros muy orgullosos prendieron á la animosa Isabel, y á otras veinte y una personas juntas con el Sacristán, llamado Ventura, que siendo esclavo de cierta Señora piadosa, ésta había mejorado su esclavitud, ofreciéndole para que toda su vida sirviese á la milagrosa Imagen de la Virgen Santísima de Tariquea, en cuyo culto se esmeraba con singular devoción y ternura, y en reverencia suya ayunaba indefectiblemente todos los sábados, tenía muy aseada la Iglesia, servía muy rendido en cuanto se ofrecía en el pueblo, y era (como dicen) pies y manos de aquella Reducción, y tuvo, según su nombre, la ventura de que los bárbaros le quitasen la vida en compañía del Padre Julián, ó un día después. Cometieron en la Iglesia grandes sacrilegios, robaron todos los ornamentos y vasos sagrados, hicieron pedazos el ara, profanaron las Imágenes: á una pintura de Nuestra Señora, inseparable compañera del Padre Julián desde las Misiones del Paraguay, la dividieron de alto á bajo, y también al Niño Jesús, que sustentaba en sus sacratísimos brazos: la imagen de bulto de Nuestra Señora de la Concepción de Tariquea, derribaron del Altar, y sacándola al medio de la plaza, la hicieron primero blanco de sus flechas, clavándole tres flechazos en las espaldas, y uno en el pecho; después la descabezaron y cortaron las manos, y con grande escarnio arrojaron el cuerpo en un pajonal; si-

guióse el saco de las pobres alhajas de la casa, no perdonando á cosa su insacible codicia, y por fin pegaron fuego á la Iglesia y casas de todo el pueblo, reduciéndolas á cenizas.

Luego marcharon con la presa de los cautivos y del Misionero, que llevaban maniatado y como iba casi desnudo y el frio era muy rígido, le afligió el alma aquella noche y parece que le impedía caminar, de que se llegó á compadecer el caudillo de los Infieles, y aun daba ya orden, de que se le aparejase una mula y se le dejase volver en ella á la Reducción destruida; pero no queriendo obedecerle los demás, le hicieron sentar desnudo en un grande peñón, distante como una legua del pueblo, cruzando el Siervo de Dios los brazos, esperó inmóvil la lluvia de saetas que le dispararon, y de ellas se le reconocieron treinta y dos heridas, y la una le atravesó el corazón, abriéndolo, para que desatada aquella purísima alma de las prisiones del cuerpo, volase á tomar posesión de la gloria merecida por sus heroicas virtudes, y tan ilustre martirio, sucedió la muerte gloriosa á 17 de Mayo de 1735, á los treinta y ocho años y medio de su edad, veintidos de compañía y cinco de Proceso de cuatro votos. Pero después se encruelcieron los bárbaros con el dichoso Ventura, Sacristán del pueblo, y al llegar al Sábado, le quitaron la vida, para que fuese á acompañar á su Santo Sacerdote. Á los demás cautivos, condujeron al Valle del Ingre, donde hasta ahora padecen miserable esclavitud.

Y para acabar de desterrar el Cristianismo de su bárbaro país, le conjuraron, para azotar por

la parte de Tarija, la Misión del Rosario, y por la frontera de Santa Cruz, la Misión de San Jerónimo, que habían fundado los Padres Juan Joseph de Torres y Juan Antonio Bacas, Misioneros fervorosos de nuestra Provincia del Perú, resolviéndose á dar muerte á los Ministros de ambas Reducciones con esperanzas, de que muerto los Pastores, se podrían á su salvo ensangrentar contra el rebaño de Cristo y obligarles á que apostatasen. La Reducción del Rosario vinieron á invadir los de Cararuti, que antes habían favorecido tanto á nuestros Misioneros; pero queriendo en el camino persuadir á que conspirasen con ellos los de Itan, primer pueblo de la Cordillera, estuvo tan lejos de consentir en la maldad su Cacique principal Caruati, que antes les disuadió sus perversos intentos, y obligó á que retrocediesen á su pueblo, sin hacer la invasión, tomándole Dios por instrumento, para guardar la Reducción del Rosario, y los descarriados del de la Concepción, y después tuvo Caruati la misma suerte con los mismos de Ingre, que segunda vez vinieron á hacer asalto en el Rosario, y del propio modo los arrojó de la jornada, aunque esta operación á sus designios le costó incurrir en el odio común de su nación, de cuyas asechanzas sólo pudo asegurarse, desterrándose de su pueblo con cuarenta vasallos, y refugiándose á sitio fuerte, y más cerca al Español, cuya protección puede implorar á su favor en caso necesario. Notable fineza en un bárbaro! A la Misión de San Jerónimo le fué todavía peor, porque conjurándose contra los dos Misioneros, corrieron manifiesto riesgo de ser

muerdos, y con dificultad pudieron guarecerse en la ciudad de Santa Cruz, quedando deshecha la Misión, como el Demonio había pretendido, persuadiendo á estas gentes con ocasión de varios terremotos que padecieron en su país el año antecedente de 1734, que aquellos males le venían, porque permitían en sus tierras á los Misioneros de Cristo, y sobre esto les hicieron sus parlamentos los hechiceros Ministros de Satanás, exhortándolos á que acabasen de una vez el Cristianismo, y cerrasen la puerta á la predicación del Evangelio.

CAPÍTULO XXV

CUÁNDO, DÓNDE Y CÓMO EL PADRE PONS ENCUENTRA EL CUERPO DEL MÁRTIR. — LAS ALHAJAS. — ENVUELVE EL CUERPO EN UN PAÑO. — LO LLEVA AL ROSARIO Y DESPUÉS Á SANTA ANA, DONDE LO DEPOSITA EN UNA CAJA. — LO LLEVA Á TARIJA. — SOLEMNES RECEPCIONES. — TE DEUMS. — PANEGÍRICOS. — EL ARCA SE DEPOSITA DEBAJO DE LA CREDENCIA DEL ALTAR MAYOR.

La muerte del Padre Julián no se pudo saber tan pronto, pero sí su prisión y asolamiento del pueblo, de que el Lunes mismo 16 de Mayo por la noche, dió aviso un Español al Padre Joseph Pons. Este despachó al alba dos Indios de confianza, que se certificasen del suceso, y volviendo con la noticia del estrago referido, se participó todo á Tarija. De aquí se partió prontamente el

Padre Superior Antonio Breton, y despachó al Padre Pons á saber en Itán si vivía el Padre Julián, y los Chiriguano de él le dieron la noticia de la muerte, que se ha referido. En virtud de esta noticia, fué el mismo Padre en busca del Venerable cadáver, que halló consumido de las aves, aunque conservaba todavía la piel, desde el cuello hasta la cintura, clavadas diez flechas, en el pecho, y las demás esparcidas por el suelo, calzado él un pié con el borseguí y zapato, y del otro le faltaban los tres dedos menores y tambien una quijada. Estaba el esqueleto tendido en el suelo junto á la piedra donde le sentaron para flecharle, el Breviario hacia la cabeza, el Semanafontario (1) y el Epítome de nuestro Instituto, cerca del cuerpo y tambien se halló el Crucifijo de bronce que usan los Misioneros, alhajas todas del mayor aprecio del Venerable difunto, que no quizo dejar aun en la muerte, en señal de la estimación que le debieron en vida. Fué esta invención á 7 de Junio, vctintidós días después de la muerte, y recogiendo el Padre Pons todos los venerables despojos, se los llevó envueltos en un paño á su Reducción del Rosario, donde se mantuvieron hasta el día 19, que se condujeron á Santa Ana, que dista cinco leguas de Tarija. ®

Aquí se depositaron en una caja nueva de cedro, aferrada en tafetán carmés, con franjas bien dispuestas, clavadas con tachuelas doradas y un fleco de plata, y todo carmesí muy lucido, que

(1) Palabra peregrina, quizá usada en el tiempo del Padre Lozano, que significa el libro en que está el oficio de la Semana Santa.

muerdos, y con dificultad pudieron guarecerse en la ciudad de Santa Cruz, quedando deshecha la Misión, como el Demonio había pretendido, persuadiendo á estas gentes con ocasión de varios terremotos que padecieron en su país el año antecedente de 1734, que aquellos males le venían, porque permitían en sus tierras á los Misioneros de Cristo, y sobre esto les hicieron sus parlamentos los hechiceros Ministros de Satanás, exhortándolos á que acabasen de una vez el Cristianismo, y cerrasen la puerta á la predicación del Evangelio.

CAPÍTULO XXV

CUÁNDO, DÓNDE Y CÓMO EL PADRE PONS ENCUENTRA EL CUERPO DEL MÁRTIR. — LAS ALHAJAS. — ENVUELVE EL CUERPO EN UN PAÑO. — LO LLEVA AL ROSARIO Y DESPUÉS Á SANTA ANA, DONDE LO DEPOSITA EN UNA CAJA. — LO LLEVA Á TARIJA. — SOLEMNES RECEPCIONES. — TE DEUMS. — PANEGÍRICOS. — EL ARCA SE DEPOSITA DEBAJO DE LA CREDENCIA DEL ALTAR MAYOR.

La muerte del Padre Julián no se pudo saber tan pronto, pero sí su prisión y asolamiento del pueblo, de que el Lunes mismo 16 de Mayo por la noche, dió aviso un Español al Padre Joseph Pons. Este despachó al alba dos Indios de confianza, que se certificasen del suceso, y volviendo con la noticia del estrago referido, se participó todo á Tarija. De aquí se partió prontamente el

Padre Superior Antonio Breton, y despachó al Padre Pons á saber en Itán si vivía el Padre Julián, y los Chiriguano de él le dieron la noticia de la muerte, que se ha referido. En virtud de esta noticia, fué el mismo Padre en busca del Venerable cadáver, que halló consumido de las aves, aunque conservaba todavía la piel, desde el cuello hasta la cintura, clavadas diez flechas, en el pecho, y las demás esparcidas por el suelo, calzado él un pié con el borseguí y zapato, y del otro le faltaban los tres dedos menores y tambien una quijada. Estaba el esqueleto tendido en el suelo junto á la piedra donde le sentaron para flecharle, el Breviario hacia la cabeza, el Semanario (1) y el Epítome de nuestro Instituto, cerca del cuerpo y tambien se halló el Crucifijo de bronce que usan los Misioneros, alhajas todas del mayor aprecio del Venerable difunto, que no quizo dejar aun en la muerte, en señal de la estimación que le debieron en vida. Fué esta invención á 7 de Junio, vntidos días después de la muerte, y recogiendo el Padre Pons todos los venerables despojos, se los llevó envueltos en un paño á su Reducción del Rosario, donde se mantuvieron hasta el día 19, que se condujeron á Santa Ana, que dista cinco leguas de Tarija. ^(R)

Aquí se depositaron en una caja nueva de cedro, aferrada en tafetán carmés, con franjas bien dispuestas, clavadas con tachuelas doradas y un fleco de plata, y todo carmesí muy lucido, que

(1) Palabra peregrina, quizá usada en el tiempo del Padre Lozano, que significa el libro en que está el oficio de la Semana Santa.

rodeaba toda la caja. Esta era de una vara de largo, y se dispuso á manera de andas sobre dos varas gruesas, para que á hombros la pudiesen cargar personas, como la cargaron desde la Capilla de Santa Ana, hasta la entrada de la Villa, siendo innumerable el concurso de todos aquellos partidos, y á porfía las diligencias de sus moradores, por participar de tan dulce carga, señalándose más en las demostraciones reverentes aquellas personas, que habían conocido y tratado al Venerable Mártir.

Salieronle á recibir á la entrada de la Villa el Vicario Eclesiástico Maestro Don Joseph de Cartajena y Herboso, acompañado del Diácono y Sub-Diácono, revestidos de sobrepellizes, pluviales, las Comunidades de San Francisco, San Agustín y San Juan de Dios y los Jesuitas con sobrepellizes, el Cabildo Secular y toda la nobleza con el resto del pueblo, y cargando el féretro ó caja (sobre cuya tapa iba una cruz con dos flechas atravezadas), los Reverendos Padres, Prelados de las religiones, le llevaron por algún trecho, hasta que queriendo ser participantes de la misma fortuna los Señores del Ayuntamiento, le tomaron sobre sus hombros los Alcaldes y Regidores, remudándose hasta llegar á la Iglesia del Señor San Francisco, en cuya puerta esperaba el Presidente con pluvial y Cruz alta, y recibieron los huesos con un solemnísimo *Te Deum laudamus*, conduciendo la carga á un muy lucido trono que estaba en el crucero con exquisito adorno. Subió entonees al púlpito el Rmo. Padre Fray Joseph de Echevarría, que después de haber sido

Guardián del Convento de la Imperial Villa de Potosí, lo era actualmente del de Tarija, y expuso breve y doctamente los Decretos de Urbano VIII, que prohíben el culto de los que no están escritos en el Catálogo de los Santos ó Beatos con autoridad de la Silla Apostólica, y después hizo un sucinto Panegírico del Venerable Mártir y de nuestra Compañía.

Después, con la misma solemnidad de música, chirimias, clarines y fuegos artificiales y repiques de todas las campanas de la Villa, se llevó la caja á nuestra Iglesia, donde colocada sobre otro trono alto, y lucido, cantó el dicho Señor Vicario Eclesiástico la Misa de la Santísima Trinidad con la oración *Pro gratiam actione*, y al fin el Padre Antonio Almoguera, de nuestra Compañía, predicó otro panegírico, refiriendo sus virtudes, su celo de la conversión de la gentilidad y su martirio, y aunque con el afecto de Hermano y de Comisionero, que navegó junto con el Mártir desde Europa á esta Provincia, dilató cuanto pudo por una hora su elocuencia, para que cupiesen sus alabanzas, quedó siempre corto en sus elogios, por ser todos los que se le podían dar menores que sus virtudes. Dió mucho contento á todos la noticia más individual, su religiosísima y apostólica vida, y enterneció los corazones, y aun á no pocos les sacó lágrimas á los ojos. Acabada la función se quedó el arca en la Iglesia, hasta la tarde, que se depositó al lado del Evangelio, debajo de la credencia del Altar Mayor, en lugar separado, donde desde este día 1° de Julio esperan los despojos de mortalidad, la Resurrección uni-

versal, en que revestidos de los dotes gloriosos pasen en compañía de la dichosa alma á descansar eternamente en el Empíreo, en premio de las fatigas, que padecidas por la divina gloria ayudaron la dichosa alma á alcanzar el galardón, que piadosamente nos persuadimos goza ya en el Paraíso.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO XXVI

SUS VIRTUDES. — SU PROFUNDÍSIMA HUMILDAD. —
“ SOY UN JUMENTO ”. — TODO PARA TODOS. —
SE CONSIDERÓ MENOR QUE TODOS.

En general se puede en una palabra decir del Santo Padre Julián de Lizardi, que fué un Varón Religiosísimo, como consta bien claramente por lo que hemos referido, y toda la vida conservó constantísimo un mismo tenor en sus ajustados procederés, sin reconocerse en él otra mudanza que la de mejorarse cada día, y en los últimos se echaba de ver que, como si adivinara la cercanía de su fin, se iba adelantando á largos pasos y disponiéndose para tan ilustre corona, como depone el Padre Rafael Giménez, que fué quien últimamente le trató y observó con admiración los notorios progresos de su espíritu y la alteza de su perfección.

Esta estribaba con el más firme sentimiento, en su profundísima humildad, teniendo bien conocido se elevaría; tanto más segura, cuanto ahondasen más en su ánimo las raíces de esta virtud. Así lo procuró siempre, y así lo consiguió, sus

acciones, sus ademanes, sus pasos, sus palabras, su traje, y la composición de su semblante le manifestaban humilde. Jamás manchó sus labios palabra de alabanza y estimación propia, ni la vanidad logró algún interés en el concepto ó acción alguna de este Siervo de Dios. Tratóle más de cinco años con la inmediación de condiscipulo, y después en dos ocasiones, y puedo asegurar, que jamás reconocí en él ni el más leve indicio de desear ser estimado, sino un encogimiento que daba bien á entender se tenía por el menor de todos, y no pocas veces solía decir, que era una bestia, otras, soy un jumento, pero esto tan sin afectación, que correspondían bien las obras á las palabras en todas ocasiones, y en el modo de las mismas expresiones se le traslucía el deseo de que todos sintiesen lo propio.

Con este concepto vilísimo que de sí tenía formado, no rehusaba trabajo, queriendo servir á todos, aun en los oficios más viles y abatidos, como en la Misión de los Chiriguanos, donde cuando veía rotos á sus compañeros, él mismo se les convidaba á servirles de sastre ó zapatero, remendándoles sus vestidos y zapatos, si no con mucha habilidad, pero con no poca humildad. Él hacía oficio de peón, trayendo en persona los palos ó la paja para fabricar los ranchos y cubrirlos. Él carpía con los niños Chiriguanos la tierra, él los curaba por sus manos, sin ascó de sus inmundicias y á todo se comedia con una rara alegría, alegando que debía servir á todos. De la misma humildad nacía aquel acomodarse á la voluntad ajena, quebrantando en todo la propia, para ajus-

tarse á su gusto, por inferiores que fuesen, como lo vimos en la deposición de los discípulos, que trajo á estudiar á Córdoba, y lo practicaba en todas ocasiones con una singular condescendencia á cuanto deseaban los demás, como si no hubiera tenido otra voluntad que la suya, ocultando aun los amagos de su repugnancia, por huir la estimación que de ahí pudiera resultar. Porfias no las había en el Siervo de Dios, porque cedía gustoso, dándose por vencido, significando en el mismo modo de ceder, que á los otros les asistía la razón; que muchos, aunque se dejan vencer, manifiestan bien en el mismo rendirse, que se tienen por victoriosos.

En los lances en que otros mostraban poco aprecio ó desabrimiento de sus cosas, resplandeció grandemente su humildad, dándoles siempre la razón, aunque la tuviese de su parte y humillándose á ellos, como si fuera culpado, aunque estuviese del todo inocente. Ya vimos el sufrimiento y silencio con que, en el Colegio de Buenos Aires, toleró el genio desapacible de aquel sujeto que le tomó por blanco de sus picazones; excedieron de modo que se hicieron reparables, y motivaron á la caridad de los demás, la queja al Superior contra aquella sin razón; pero él, humilde de corazón, ni tuvo labios para la queja, ni aun dió indicios de sentimiento, sino que lo toleraba con su inalterable alegría y se esmeraba en servirle, cuanto el otro en la licencia, y le correspondía con una boca de risa y razones apacibles. Otro condiscípulo suyo, por sobra de viveza, abusaba de su mansedumbre, y experimentaba

más amor y afabilidad, cuanto él más se excedía y llegaba á pedirle perdón como culpado, en lo que el otro, aun por su propia confesión, tenía toda la culpa. A un Superior que le mandó no se qué contra aquello que le había ordenado el Padre Provincial á este Siervo de Dios, le representó con muy buen término y la debida sumisión la voluntad expresa del Padre Provincial; de que se ofendió tanto, que le dijo palabras bien acedas, tomando por agravio lo que en el Padre Julián fué cumplimiento de su obligación. Sin reparar en la sin razón, se postró luego á sus pies, pidiéndole perdón con grande humildad, de la culpa que no tenía y de la ocasión que había dado (aunque no motivo alguno) para tamaña irritación, con el reconocimiento que si realmente fuera culpado. Aunque hubiera habido falta, debiera bastar para templarle esta demostración; pero estuvo tan lejos de aplacarse, que pasó á darle represión pública delante de la Comunidad en aquel mismo día, que era el segundo de Pentecostes, contra lo que se estila entre nosotros, aun con los verdaderamente culpados. Portóse en todo el lance como verdadero humilde de corazón, oyéndolo con apacible serenidad, sin dar la menor señal de sentimiento, ni abrir su boca para quejarse de aquella sin razón al Superior mayor, quien, informado por otros sujetos, aplicó para adelante el remedio conveniente de semejantes demostraciones muy ajenas del paternal gobierno de la compañía, y quedó sumamente edificado en su humilde silencio, al paso que con sus Consultores se enterneció, como él mismo escribe á

dicho Superior, al oír toda la serie del suceso.

Pero sufriendo gustoso sus agravios, sentía por el contrario cualquiera demostración de aprecio y honra que se le hiciese á su persona, sacándole de corrido los colores al rostro, como que su propio conocimiento le hacía reputar indigno de estimación. Del mismo principio tenía origen el tenerse por menos que todos, y cederles en cualquiera materia la ventaja sin afectación, estimando á los demás por mejores, más observantes y perfectos, y como les daba en su juicio esta preparación, les respetaba y se les rendía, como si le fuesen superiores, y la manifestaba en las ocasiones, escogiendo el último lugar; esmerándose en servirles, hablando de ellos con aprecio, haciéndoles toda la reverencia posible, y tratándolos con sumisión apacible. Pero fuera esto menos de admirar, si sólo lo hiciese con sus hermanos Religiosos; usaba lo mismo con el más miserable indio, siendo esta la razón de que, teniéndose por indigno de que Dios le oyese, se recomendaba tan afectuoso en las oraciones de estos pobres, cuando morían, confiado de alcanzar por su medio, el buen despacho que recelaba su humildad obtener por sus oraciones.

CAPITULO XXVII

LLEGA AL SUPREMO GRADO DE OBEDIENCIA QUE ERA SU IDEAL. — OBEDECE Á LA MENOR INSINUACIÓN DEL SUPERIOR. — AMA COMO Á MADRE LA SANTA POBREZA. — EL BORRIQUITO. — SU AJUAR, LA BIBLIA, ETC., ETC. — ENEMIGO DEL DESASEO.

Quien con los iguales é inferiores así se portaba, ¿qué creemos haría con los Superiores? Profesábales el mayor rendimiento, no sólo de voluntad sino de juicio, que es el supremo grado de obediencia. Necesitaba el Superior mirar muy despacio lo que le había de mandar, porque el Padre Julián obedecía á ciegas, sin entenderse con las sutilezas de interpretaciones, ni reconocerse el menor indicio de parecer contrario, como se experimentó en varias ocasiones, que omito, bastando las que ya he apuntado en el discurso de su vida, reglando su celo, con ser tan ardiente, por la pauta de la santa obediencia, que tenía siempre por la norma segura de los aciertos. Por esto acudía á su tribunal con frecuencia, como á regla visible de sus operaciones, sin querer dar paso que no llevase la seguridad en su dictamen, ni emprender cosa, cuyo buen éxito no afianzase en su aprobación. Descubría á sus Superiores los retiros más escondidos de su pecho, sin negar á su noticia las cosas menudas, para que en todas, grandes ó pequeñas, pospuesto su propio arbitrio, se guiase por la obediencia, y más en las espiri-

tuales, donde es mayor el peligro de errar, y por eso deseaba con esas diligencias, que no le gobernase otro impulso que el de los Prelados. En presencia de éstos estaba con tan profunda reverencia, como el Novicio más rendido, el bonete en la mano, los ojos modestamente bajos y atento á sus voces, como si fueran oráculos; por lo cual sin ser necesario orden expresa, le bastaba la insinuación ó el primer indicio de su voluntad, para pasar á obedecer: de aquí es, cómo cierto Superior con menos advertencia en una diligencia árdua que le encargaba, le dijese, si era necesario, se lo mandaba con precepto de santa obediencia, se afligió grandemente, y dijo: "no quiera Dios, que yo necesite de precepto para obrar, bástame la menor insinuación, para obedecer con gusto y prontitud".

En toda su vida no interpuso réplica ó excusa á lo que se le ordenaba, ni jamás las dificultades le dieron embarazo, ni los trabajos pesadumbre, ni los peligros miedo; por todo atropellaba animosamente, siendo la obediencia su conhorto y fortaleza, y la que le inspiraba aquella grande alegría, con que rompía por lo más arduo, como experimentaban en la empresa de los Chiriguanos sus comisioneros, y se vió, con especialidad, cuando penetró la primera vez por sus tierras hasta Parapití, donde padeció grandes trabajos de las inclemencias del tiempo con ánimo invencible, verificándose en él la sentencia del Espíritu Santo: que el verdadero obediente tiene asalariadas las victorias. Como este su rendimiento era tan experimentado de sus superiores, descansaban ellos

en él con la seguridad de que en ningún orden habían de hallar repugnancia y admitía cualquier carga, sin parecerle pesada al grande gusto con que obedecía. En cierto Colegio, donde estuvo de paso unos días, se le ofreció el Padre Rector el deseo de tener copia de un papel de cincuenta hojas en folio de letra bien expresa, para dejar en el Archivo; insinuóselo al Padre Julián con recelo, como quien conocía la dificultad, y bastó eso para ofrecerse gustoso y atarearse, aunque le costó mucho trabajo. Lo mismo se experimentaba en todo lo demás, quitando á los Superiores el trabajo que suele traer el mandar, cuando no se halla en el súbdito prontitud.

Ni solamente á los Prelados de la casa, sino aun á los Hermanos les obedecía á cada uno como á Cristo en las cosas pertenecientes á los oficios, como era siendo estudiante al hermano Bedel y siendo Sacerdote al Hermano Sacristán ó Portero, acudiendo prontísimo adonde lo llamaban. La confianza que con el Venerable Padre tenía el hermano sacristán de este Colegio, le daba mano las veces que en él vivió, para valerse de él en cuanto se le ofrecía en la sacristía ó Iglesia, que pidiese ministerio de Sacerdote, como lavar corporales, bendecir agua, decir la Misa última por impedimento del señalado y semejantes, y á todo cuanto le encargaba como confidente, obedecía el Padre Julián con rendimiento de súbdito, sirviendo en uno la amistad para la importunidad en el pedir, y al otro para ocasión de obedecer, sin ejecutarle jamás, ni mostrar la menor dificultad, si no haciendo su gusto con aque-

lla su natural alegría, que dejaba abierta la puerta al sacristán para repetir el enfado.

Ni fué menos exacto en la observancia de los otros votos religiosos. Amó verdaderamente como madre á la santa pobreza (que es el cariño, con que nuestro Santo Patriarca quiere que le amemos) y en todo parecía el Padre Julián hijo legítimo de esta virtud, en su persona, en sus alhajas, en su aposento y en cuanto le podía servir. Por esta causa se hallaba siempre alegre con el vestido remendado, con la comida escasa y con las otras descomodidades de la vida religiosa. Jamás en su aposento tuvo alhajas ó cosa de estimación, fuera de sus cartapacios, en que guardaba algunos apuntamientos, las reglas de la compañía, el compendio de nuestro Instituto, la Biblia, el Crucifijo para asistir á los moribundos, y una estampa de Jesús, Maria y José, delicias de su corazón. Este era todo su ajuar, sin reconocérsele otras alhajas, ó mas en número ó curiosas, porque éstas ni aun con pretexto de devoción, en que se suele paliar el amor propio, las admitía. Para sí escogía siempre lo peor y tomaba lo menos que podía de las cosas necesarias, y siendo para los demás liberalísimo, sólo consigo mismo andaba siempre escaso. En la comida gozaba de la más pobre, y así, decía, le era más sabrosa, y si se le servía algún manjar especial no lo admitía, diciendo: "Bien le sabría al borriquito, pero no lo ha de probar". Otros aplicarán esto á su mortificación, pero mejor quien lo aplicare á la imitación.

En el vestido exterior cuidaba de la decencia

de aseo; enemigo de una pobreza que más es desatino que pobreza; pero, por el amor de esta virtud, atendía con especial desvelo á conservar el vestido, valiéndose de industrias, para que le durase lo posible; razón por la que solía andar con él muy gastado y lleno de remiendos, que por su propia mano les echaba, pareciéndole entonces gala más rica cuando estaba más raído y remendado. El capote que se suele dar á los Misioneros, estaba tal, que era menester repararle de continuo: serviale en la Misión de Chiriguano de único, y hallándole un día el Padre Rafael Giménez, atarcado en el ejercicio de pegar unos retazos con otros, le vió tan desecho y roto, que le dijo: "Padre Julián, esta ya no es pobreza, sino indecencia". Sonrióse el Siervo de Dios y prosiguió en su costura, para que todavía sirviese. Los borzeguies y zapatos, eran del mismo jaez, y para no verse obligado á usar los nuevos, él mismo se hizo unos de cuero crudo de los Chiriguanos y el sombrero era en aquella Misión del mismo fieltro. Si la caridad de los compañeros, advirtiendo la falta que padecía de zapatos, le decía, que pidiese otros al Colegio, les quería persuadir estaban buenos todavía los que traía puestos; y aun se excusó de usarlos con la misma razón. La otra ropa interior era tal, que cada día le daba que hacer en remendarla. Cama no la usó en muchos años, aunque la tenía de respeto; pero desde que salió del Colegio de Tarija para la Misión, su lecho se reducía á un pellón de lana, que le servía de cojinillo al andar á mula en los viajes, y por cobertor su capote. Aun de aquellas

cosas, que son estimables al espíritu más celoso y austero de los Misioneros, cuales son los rescates y bujerías para ganar las voluntades á los Infieles, ó agasajos á los Neófitos, se deshacía muy fácilmente, y se las daba con liberalidad y gusto á sus compañeros, si se los pedían, diciendo: "que los reparta yo ó que los repartan Vuestra Reverencia, todo es uno". Del amor á esta virtud nació aquel afecto que tenía á tratar con los pobres, siendo por esto su anhelo el vivir entre los pobres Indios y ayudarlos en todas sus necesidades, espirituales y corporales, desentrañándose por ellos ya á sanos con la limosna, ya á enfermos con el regalo y el remedio.

CAPÍTULO XXVIII

SU PUREZA ANGELICAL. — SU ESPÍRITU DE PENITENCIA. — SUS CILICIOS. — MEZCLA SU COMIDA CON CENIZA. — PLAGA DE MOSQUITOS. — COJINILLO POR CAMA. — SU ACHAQUE DE ASMA.

La perfección con que observó el voto de castidad, no se puede expresar mejor que con el testimonio del Padre Rafael Giménez, quien hablando de sus virtudes dice así: "De su pureza Angelical, no puedo decir más sino que antes de partirme del pueblo, donde le dejé, hizo conmigo su confesión general de su vida, que parece previno ser la última; apenas le hallé materia de absolución y no había perdido la gracia bautismal".

Privilegio es éste tan singular de la gracia, que, aunque se dice brevemente no se puede brevemente ponderar, por ser sobre todo humano encarecimiento aquel, conservar la inocencia primera, llegando virgen al sepulcro, sin que al asalto de pensamientos, ó combate de sugestiones sintiese la menor quiebra su recato, ni aun el vago maligno de algún pensamiento, pudiese ajar la flor delicada de su virginal pureza. Es este privilegio tanto más estimable en este Siervo de Dios, cuanto le fué preciso discurrir tantas veces entre gentes desnudas, cuales son los Infieles Chiriguanos; pero su atención vigilante á conservar esta joya tan preciosa, con el recato en la vista, le sacó á salvo de tamaños peligros, favorecido de la Divina gracia. Si alguna vez padecía alguna sugestión del común enemigo en esta materia, con el recurso pronto á Nuestro Señor y á Maria Santísima, ante cuya imagen postrado de rodillas se daba muchos pellizcos, experimentaba pronto el socorro del Cielo.

Uno de los medios más eficaces para conservar la pureza es la mortificación, que siendo la que nos prescribe la regla, continua en todas las cosas posibles, se ajustó á ella el Padre Julián con la exactitud que al cumplimiento de todas las demás. Vivió siempre en fervorosas ansias del Martirio, y á cuenta de ensayarse, se maltrataba siempre con muy penosas asperezas. Los rigores, que aun en el fervor de los estudios usó con el tesón, que vimos, fueron creciendo cada día, sin que remitiese de ellos, aun contraído el molesto achaque del asma, que generalmente le afligía. El asperísimo cilicio, que en forma de jubón, traía

como su prenda sobre su cuerpo, nunca se le quitaba, aun en los caminos y habiendo de discurrir de continuo de unas partes á otras para el ejercicio de nuestros ministerios, bien se deja percibir cuánta penalidad le añadiría. Las disciplinas siempre con los mismos instrumentos insinuados, continuó el resto de la vida, sin dispensarse aun en los caminos, donde buscando con disimulo algún retiro, las tomaba tan rigurosas, que cierto hermano nuestro, que le acompañó y las oyó, asegura que causaba horror. En la comida, fuera de gustar de las más pobres y groseras, le añadía nueva desazón, echándole, cuando podía sin reparo, puñados de ceniza, y una vez, que entre otras lo reparó casualmente uno de los Comisioneros, testifica, que le vió saborearse en aquella aspereza, como pudiera el más goloso en el manjar más dulce y sabroso, y cierto que el que se le servía en aquella ocasión, necesitaba poco de adminículos, para estar muy desapacible al paladar, porque toda la vianda regalada en la Misión de Chiriguano, se reducía á un poco de maíz tostado, que por gracia llamaba sus confites, un tasajo de carne de venado, cocida en agua, sal y aji, que era el mayor regalo, que le hacían los infieles, y aun de aquella carne, se privaba los viernes, sábados y días de ayuno, no queriendo probar otra cosa, que el maíz, que era también su único alimento en el viaje, cuando no llegaba á algún pueblo. Si le daban alguna vianda, á que sentía repugnancia, decía con gracia "Ola, y ¿qué rehusa el borriquito?", y la comía saboreándose: al contrario, si era cosa de gusto, con el modo

que ya dijimos, se abstenía sin probarla. Era intolerable en el pueblo de la Concepción, la plaga de mosquitos y pulgas, éstas muy importunas, cruelísimos aquellos, y ni para estorbarles el paso á que le hiriesen, buscó arbitrio contra los unos, ni contra las otras hacía diligencias para desviarlas: y si compadecidos algunos de los compañeros, le instase á que matase los mosquitos, ó los sacudiese, encubría su mortificación, diciendo: "No hay que hacer caso de ellos, que entonces molestaban menos".

¿Pero qué mortificación no sería aquel andar mojado todo el día en sus expediciones, por lo que padecía en el pasaje de los ríos en tiempo muy fríos, y en llegando á parar, no hallar á veces abrigo, ni otra cama, que su cojinito? Considérelo cualquiera, y conocerá claramente que puede más de lo que se imagina la flaqueza humana ayudada de la gracia, experimentando el favor, de que entonces le acosaba nada su achaque del asma, cuando tenía mayores incentivos, para irritarle. En la tolerancia de éste, y de las otras incomodidades forzosas de esas Misiones campeaba grandemente su espíritu mortificado y, al parecer, muerto al sentimiento, porque ni desplegaba los labios para la queja, ni perdía jamás su inalterable serenidad, sufriendo todo con su natural alegría, que infundía también á los compañeros, y el mismo los consolaba, cuando se afligían de verle padecer. En la mortificación de los sentidos más fáciles, cuales son la vista y el oído, era muy exacto su cuidado, y los traía tan á raya, como si fuera ciego y sordo. Los ojos te-

nia siempre tan á riendas de la modestia, que nunca los divertía á objetos curiosos y apacibles, y comunmente bajos, de manera que dejara á veces quejosa la urbanidad, si su virtud no le sirviera de disculpa. Novedades jamás las preguntaba, ni mostraba gusto de saberlas, y siendo las de la Europa tan apetecidas de la curiosidad en las Indias, como las que mejor saben al afecto natural, nunca le debieron alguna atención á oírlas y parecía haber perdido las memorias de la Patria, que tan dulce es en regiones distantes, pues nunca hablaba, ó inquiría cosa de ella, como ni de otras materias curiosas, gustando sólo de conversaciones espirituales y del Cielo, que eran el más dulce, y único recreo de sus oídos.

CAPÍTULO XXIX

ORA " SIN INTERMISIÓN ". — EL PADRE ZABALA Y EL PADRE CHOINE HABLANDE SU ESPÍRITU DE ORACIÓN.

— SIEMPRE REZA EL OFICIO DIVINO DE RODILLAS.

— SU AMOR POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Acompañó su grande mortificación un perpetuo estudio de la oración, virtud que debe ser de aquella hermana inseparable. Parece que este siervo de Dios, vivía de la oración, según era su aplicación y afecto á este Santo ejercicio. En el siglo la empezó con la dirección de sus padres espirituales, haciéndosele tan dulce aquel socio del alma, que empleaba en él todos los ratos que

podiera dar á otros lícitos entretenimientos, de que suele gustar más aquella edad. Continuó los fervores en la Compañía, donde se aplicó con el mayor empeño, pues aun siendo estudiante atareado á las pensiones Escolásticas, á costa del reposo alargaba el tiempo, madrugando dos horas más, por tener otras tantas más de gusto, y de delicias en el trato con su Dios, sin que la noche pusiese término á sus ansias de este celestial comercio, pues antes de entregarse al sueño gastaba otra hora en este ejercicio, y los días de recreación se hurtaba á ella, por gozar de otra más saave, que le arrebatava el corazón. Después de Sacerdote no es fácil de determinar el tiempo, ni las horas que dedicaba á la oración, y sólo se puede ratificar algo, por lo que afirman los que tuvieron fortuna de vivir en su compañía, quienes aseguran, que distribuido el día en la oración y en ministerios con los prójimos, concedía á la primera cuanto le sobraba de los segundos, y esto siempre que podía, en la Iglesia, que era donde descansaba de sus penosas tareas, tomando alientos en los brazos de su Creador, para volver con nuevo vigor al trabajo, porque este ejercicio era el que daba alma y espíritu á los ministerios exteriores. En orden á esto declara el Padre Lucas Zabala, Rector actual de nuestro Colegio de Tarija lo siguiente: " Viví con el Venerable Padre Julian todo el tiempo, que estuvo la segunda vez en Buenos Aires y reparé que todo el tiempo que le sobraba, de las precisas ocupaciones de Religioso, siempre le hallé ó en el Coro ó en la Iglesia delante del Santísimo Sacramento de rodillas.

nia siempre tan á riendas de la modestia, que nunca los divertía á objetos curiosos y apacibles, y comunmente bajos, de manera que dejara á veces quejosa la urbanidad, si su virtud no le sirviera de disculpa. Novedades jamás las preguntaba, ni mostraba gusto de saberlas, y siendo las de la Europa tan apetecidas de la curiosidad en las Indias, como las que mejor saben al afecto natural, nunca le debieron alguna atención á oírlas y parecía haber perdido las memorias de la Patria, que tan dulce es en regiones distantes, pues nunca hablaba, ó inquiría cosa de ella, como ni de otras materias curiosas, gustando sólo de conversaciones espirituales y del Cielo, que eran el más dulce, y único recreo de sus oídos.

CAPÍTULO XXIX

ORA " SIN INTERMISIÓN ". — EL PADRE ZABALA Y EL PADRE CHOINE HABLANDE SU ESPÍRITU DE ORACIÓN.

— SIEMPRE REZA EL OFICIO DIVINO DE RODILLAS.

— SU AMOR POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Acompañó su grande mortificación un perpetuo estudio de la oración, virtud que debe ser de aquella hermana inseparable. Parece que este siervo de Dios, vivía de la oración, según era su aplicación y afecto á este Santo ejercicio. En el siglo la empezó con la dirección de sus padres espirituales, haciéndosele tan dulce aquel socio del alma, que empleaba en él todos los ratos que

podiera dar á otros lícitos entretenimientos, de que suele gustar más aquella edad. Continuó los fervores en la Compañía, donde se aplicó con el mayor empeño, pues aun siendo estudiante atareado á las pensiones Escolásticas, á costa del reposo alargaba el tiempo, madrugando dos horas más, por tener otras tantas más de gusto, y de delicias en el trato con su Dios, sin que la noche pusiese término á sus ansias de este celestial comercio, pues antes de entregarse al sueño gastaba otra hora en este ejercicio, y los días de recreación se hurtaba á ella, por gozar de otra más saave, que le arrebatava el corazón. Después de Sacerdote no es fácil de determinar el tiempo, ni las horas que dedicaba á la oración, y sólo se puede ratificar algo, por lo que afirman los que tuvieron fortuna de vivir en su compañía, quienes aseguran, que distribuido el día en la oración y en ministerios con los prójimos, concedía á la primera cuanto le sobraba de los segundos, y esto siempre que podía, en la Iglesia, que era donde descansaba de sus penosas tareas, tomando alientos en los brazos de su Creador, para volver con nuevo vigor al trabajo, porque este ejercicio era el que daba alma y espíritu á los ministerios exteriores. En orden á esto declara el Padre Lucas Zabala, Rector actual de nuestro Colegio de Tarija lo siguiente: " Viví con el Venerable Padre Julian todo el tiempo, que estuvo la segunda vez en Buenos Aires y reparé que todo el tiempo que le sobraba, de las precisas ocupaciones de Religioso, siempre le hallé ó en el Coro ó en la Iglesia delante del Santísimo Sacramento de rodillas.

Anduvimos los dos la Misión del partido de Buenos Aires, y nos alcanzó el orden del Padre Provincial Ignacio de Arteaga, para que pasásemos donde estaba la gente del partido de Santa Fe, y en trece días, que estuvimos entre ellos, hubo mil y doscientos Comuniones y siempre reparé que el Venerable Padre Julián, aunque nos recogiésemos después de las doce de la noche, rezaba la letanía de los Santos, que la habían cabido todos los meses y años, y aunque la gente madrugase antes de amanecer (era por Noviembre y Diciembre, en que amanece tan temprano) siempre le hallaban ya levantado, teniendo la oración ordinaria. De suerte, que en casa, el Templo era el lugar en que reposaba su encendido corazón del afán continuo de los ministerios, para volar más alentado á las fatigas, y entre el trabajo de las Misiones campestres, que es por acá más penoso de lo que puede concebir, quien no lo ha visto, después de oír cincuenta y más confesiones de personas poco cultivadas, que una sola vez al año llegan á aquel tribunal sagrado, cuales son las que viven en el campo, destituidas de Párroco y Doctrina, su descanso era después de brevisimo sueño, la oración, como que de ella vivía, y con ella reparaba las fuerzas fatigadas". Lo mismo deponen otros de sus compañeros.

Sin embargo el tiempo, que tenía indefectiblemente destinado para orar cada día, si no lo embarazaba la obediencia, ó necesidad del prójimo, era desde las tres de la mañana yéndose á la Iglesia, y en la Misión de Chiriguanos á una Ramada, que les servía de Capilla, donde perseveraba

inmóvil por tres horas de rodillas, con ser el suelo muy húmedo, hasta que decía la Misa segunda, y después de ella oía en la misma devota postura las otras dos, expuesto á las injurias del viento, del agua, y del frío, sin que sus inclemencias le hiciesen alterar aquella su distribución. A la noche, después de muy fatigado en los trabajos del día, se recogía otra hora antes de cenar á tener oración en la Iglesia, y mucho más tiempo después de tocar á acostar, de manera que su sueño era escasisimo por emplear más tiempo en este importante negocio, siendo en esto tan exacto aun en las expediciones entre Infieles, que rectifica lo siguiente su compañero el Padre Choine: "En nuestros viajes (dice) dormíamos sobre el pellón y sin abrigo, donde nos cogía la noche en los bosques arrimados á un mismo fogón, y casi todas las veces que yo despertaba, veía al Venerable Padre ó de rodillas, ó sentado, y rebozado en su capote, pero orando con ardientes suspiros." Aunque á mi mejor me parece se expresará cuánto oraba este Siervo de Dios, diciendo, que su oración era continua, pues aun cuando pudiera estar más divertido en sus ministerios, no parece se apartaba de su dulce contemplación, siendo incesante en este santo comercio, y teniendo con San Bernardo por perdido el tiempo que en el no se emplea, por cumplir á la letra lo que el Apóstol manda, que oremos sin intermisión: en prueba de esto, se le veía de continuo desahogar el fuego, que en aquella ocupación concebía, en ardientes jaculatorias, y andaba á veces tan fuera de sí, que ni tenía ojos para ver, ni oídos para oír, to-

do recogido en lo interior de su corazón, todo aborrito, y endiosado, sin atención á las cosas exteriores. Cuánto le favoreciese el Señor en su oración, lo recató siempre su humildad, pero de la afición y constante tesón con que perseveró, se puede fácilmente colegir, que era apacentada su alma con celestiales delicias y superiores consuelos, que fortalecían su espíritu y daban alientos á la flaqueza del cuerpo.

En el tributo del Rezo Divino, se portaba el Venerable Mártir tan religioso, que de rodillas siempre, y en la Iglesia postrado en la Presencia del Señor con la mayor devoción y ternura de su espíritu pagaba tan gustoso aquella deuda, que á no ser de obligación, la diera de voluntad, como se probaba bien en lo que de su prerogación añadía, porque era indefectible todos los días en rezar el oficio parvo de nuestra Señora, y el de los difuntos, por la especial devoción que tenía á las benditas almas del purgatorio, siendo tan puntual en ambos, que ni aun fatigado de caminar todo el día en sus excursiones apostólicas, por fragosísimos caminos, omitía algunos de ellos, y cuando estaba en casa había de cumplir esta devoción en el mismo lugar y postura y con la misma reverencia que el rezo divino, portándose en la oración vocal tan recogido y atento, como en la mental, y acompañando á ambas con una devoción suavisima, que llegaba á refundirse desde el ánimo al semblante, añadía á lo dicho varias devociones, con que pagaba tributo á los Santos sus tutelares, para asegurarse su protección con los obsequios.

CAPÍTULO XXX

SU EXTREMA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.
— LO VISITA TRES VECES CADA DÍA. — REVERENCIA CON QUE CELEBRA LA MISA. — SU TIERNA DEVOCIÓN Á LA SAGRADA INFANCIA, Y Á LA FUGA EN EGIPTO. — HIJO AMANTE DE LA VIRGEN SANTÍSIMA. — LA SALUDA Á CADA GOLPE DE RELOJ CON UN "AVE MARÍA". — AFECTO ESPECIAL POR SAN JOSÉ, SAN EUSTAQUIO, SAN IGNACIO Y SAN FRANCISCO XAVIER.

Pero en la devoción que más se esmeraba era en la del Augustísimo Misterio de la Eucaristía, empeñando su gratitud en corresponder á las finezas de Dios hombre, que tanto más aquí resplandecen, cuanto más se oculta con la forma humana que tomó Dios por nuestra salud. Parece que no acertaba á vivir sino á Presencia del Santísimo Sacramento, pues á ella volaba ansioso en sintiéndose libre de otros forzosos embarazos, y si éstos habían de durar por algún tiempo del día sintiendo violencia en aquel retiro, le interrumpía con algún pretexto, y dando una surtida, se iba á presentar al Señor, siendo nueve veces á lo menos cuando hermano estudiante atareado á los cartapacios y funciones de la Escuela, las que repetía esta obsequiosa visita y después de ordenado las que le permitía el lugar y ocupación, no

contento con orar continuamente en el coro, ó en la Iglesia, ni salía ó entraba vez en casa, que no significase su veneración entrañable con sumisión reverente. Ya le vimos siendo hermano estudiante escoger con facultad de los superiores para su reformation los segundos domingos del mes, en que en este Colegio se expone todo el día á la común veneración la Sagrada Eucaristía, y á lo común veneración la Sagrada Eucaristía, y tuvo por motivo especial la elección de este día el poder asistir en su Presencia desde el punto, en que se descubría, hasta que le ocultaban con el velo: esto mismo se le observó siempre que en nuestras casas estaba patente el Santísimo, porque puesto de rodillas, adoraba el Pan del Cielo, y sino es cuando oía confesiones, permanecía inmóvil el resto del día en aquella forma tan reverente, como penosa, cual si fuera estatua inanimada.

De lo dicho se inferirá fácilmente la hambre sagrada que tenía el Venerable Padre de este Pan Divino, en cuyas delicias hallaba únicamente criaturas, siendo en sus caminos la mayor mortificación, carecer de este alimento del Cielo, cuando sentía muy poco la falta de él de la tierra, por lo cual, cuando en los viajes podía lograr comodidad de celebrar, no perdonaba fatigas, y extraviaba caminos para merecer la oportunidad de ofrecer el Sagrado Sacrificio. Pero ¡qué cuidado en disponerse para Él! ¡Qué reverencia tan afectuosa al celebrar! ¡Qué recogimiento tan devoto á dar gracias! Preveníase con sus largas horas de oración, con reconciliaciones cotidianas y con ardientes suspiros, y decía

después la Misa con tal ternura y devoción, que la engendraba en sus oyentes. La medida de la acción de gracias, era por la grandeza del beneficio; con que siendo éste sumo, siempre le parecía, y con razón, quedar corto en cualquiera agradecimiento; pero para hacer lo que podía, alargaba á lo menos su afecto á todo el tiempo que se celebraban Misas en nuestra Iglesia, asistiendo á todas ellas, y en la Misión de Chiriguano á las dos que había después de la suya, y siempre por muchas que fuesen las ocupaciones, perseveraba otra media hora, en que desahogaba los incendios de su pecho, agradecido, sin atención á cosa alguna de afuera, porque únicamente la reservaba de adentro.

Con la Sagrada Infancia de Jesús, era afectuosísima y tiernísima su devoción, regalándose en la contemplación de sus misterios, que penetrados profundamente, le llenaban de ternuras y de fervores, que en su corazón movía la dignación de un Dios Omnipotente hecho niño por los hombres; y para tener siempre presente este incomprendible beneficio, y excitarse al agradecimiento con nuevos incendios de amor, traía siempre consigo la imagen, que diremos, la cual le representaba no sólo Infante, sino padeciendo por los mortales la persecución de Herodes en su Huida á Egipto, con que le recordaba esta fineza más, y le arrebatava todo el afecto á la correspondencia.

Después de la Majestad de Dios humanada, el primer objeto de su amor, y cariños, era María Santísima. Crióse con la leche de esta devoción,

con ella creció, y se perfeccionó en las virtudes. Desde sus primeros años, se profesó siempre amante hijo de esta benignísima Madre y humilde esclavo de esta celestial Señora: y sí como hijo la sacrificaba sus afectos todos, como esclavo le rendía multiplicados obsequios. Su recurso en todos sus trabajos ó aflicciones era á María, con filial confianza, y en ella hallaba el consuelo pretendido, sin que jamás quedase frustrado su deseo. El asilo seguro en los peligros era María, de quien siempre experimentaba propia la protección, sin saber apartarse de su presencia; así, estando en la Estancia de Jesús María, donde se venera la Imágen de esta Señora con su precioso hijo, sentía increíble consuelo en gozar de su vista, y arrebatado de su amor, le decía á un hermano nuestro: "Dichoso mi hermano que puede asistir delante de nuestra gran Madre y Señora: no me quisiera apartar de ella, ni salir jamás de su presencia, y sólo por la obediencia la dejo." Aunque mejor dijera, que en su corazón la llevaba, pues éste le tenía todo consagrado á María, que le asistía en todas partes propicia, siendo su guía favorable en los caminos, y en todo su inseparable compañera.

Sus festividades celebraba con singular ternura, ni es fácil expresar los desvelos, con que para ellas se preparaba, empezando desde las vigílias, variedad de obsequios, ayunos, penitencias y oraciones y esmero particular en imitar alguna de sus prodigiosas virtudes, aunque éste era su estudio continuo, y de su pureza virginal la tenía por especial protectora, reconociendo la conserva-

ción de este inestimable tesoro á los influjos benéficos de la Reina de las Vírgenes, cuyo patrocinio sentía muy presente, si tal vez le acometía alguna sugestión sea con ponerse en su presencia, é implorar su protección. Las devociones, que por tributo ordinario le pagaba cada día, eran varias, y entre otras el oficio parvo, y el saludarla á cada golpe de reloj con una Ave María, suplicándola, que en el cuarto siguiente guardase de culpa, y no alzase la mano de su amparo; pero la corona de todas sus devociones era el Santo Rosario, que rezaba con pausa muy devota, contemplando los Sacrosantos Misterios, para que acompañase el corazón á los lábios, y procuraba á todos persuadirles esta utilísima devoción en cualquiera parte que se hallaba, y repartía muchos Rosarios con celo, de que todos le tuviesen, y por falta de él no dejasen de rezarle.

Finalmente, por el amor tiernísimo que profesaba á María Santísima, era también singularísimo el afecto y devoción con que veneraba á su purísimo esposo San José, prenda tan amada de la Madre Virgen, esmerándose en sus cultos y obsequios, siendo estos tres más excelentes personajes de la tierra Jesús, María y José, las delicias de su amante corazón y por desahogar el ardiente afecto que les profesaba, era todo su anhelo, fundar entre los Chiriguanos una nueva Reducción, de que fuesen titulares, dejando este monumento de su afecto, que con su memoria excitase la devoción á estos tres Soberanos Señores; pero no tuvo efecto su designio, porque quiso el Señor llevarle á la compañía de los tres en el

Paraiso, donde sacie por una eternidad dichosa las ansias amorosas de gozar de su amabilísima vista.

Con otros santos resplandeció también su Religión, implorando de continuo su protección. A San Eustaquio fué muy afecto, experimentando su poderoso patrocinio en la consecución de sus deseos de ser empleado en las Misiones de Indios. De todos los que le habían cabido en suerte los meses y años, que vivió Jesuita, rezaba diariamente letanía, para que continuasen por él su abogacía, y le librasen de peligros de alma y cuerpo con la eficacia de su intercesión. A nuestro gran Patriarca San Ignacio amaba como á Padre con filial afecto, mostrándose hijo verdadero en la semejanza á fuerza de imitarle y pareciéndole no sólo en la profesión, sino en las obras, en la observancia de sus reglas, en que fué exactísimo; y puedo deponer, que en seis años que viví en su compañía, y uno de ellos con la inmediación de habitar un mismo aposento, jamás le ví faltar á ellas en un ápice, ni tuvieron los superiores que imponerle la más leve penitencia por su transgresión, siendo éste el modo verdadero con que este grande hijo apreciaba á su Madre la compañía, de la cual tenía la mayor estimación, y se reputaba dichosísimo por haber sido llamado á ella. Por fin, el Apóstol de la India, San Francisco Javier, era su devoción como de Misionero Indiano, esmerándose en imitar su celo de la salvación de las almas, y aquel ardor prodigioso de llevar el Evangelio á nuevas gentes y convertirlas á costa de su sangre, que mereció

derramar en tan gloriosa empresa, como ardentemente deseó siempre, y suplicaba al Señor, que le otorgó esta gracia para mayor gloria suya, honra de la compañía, y crédito de esta Provincia del Paraguay, que cuando más perseguida, y calumniada de la emulación ciega, ofreció al Cielo esta agradable víctima en testimonio del celo con que sacrifica sus hijos más queridos á los peligros y á la muerte, por dilatar el Imperio de Jesucristo, á quien sea la gloria por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO XXXI

FAVORES QUE HA HECHO EL VENERABLE LIZARDI
Á LOS DEVOTOS QUE Á ÉL SE HAN ENCOMENDADO.

Ana Lamas, natural de la Angostura, mujer de Mauricio Verano, habiendo estado tres días en los dolores del parto, sin que ningún remedio le aprovechase, para parir la criatura ya muerta, y hallándose ya sin fuerzas, Doña Francisca Ignacia de Iriarte y Valdiviezo, entregó á la madre de la doliente una bolsita con varias Reliquias, y entre ellas una carta del Venerable Padre Julián de Lizardi, en la cual ponía toda su confianza la dicha Señora Doña Francisca, y luego que la dicha Ana Lamas recibió al cuello la bolsita con la carta, echó felizmente la criatura.

A Pascuala Vega, mujer de Joachin Martiare-

na, habiéndole venido de repente los dolores del parto, Doña María Ignacia Iriarte y Valdiviezo, aún sin haber reconocido la causa de los dolores que sentía la dicha Pascuala Vega, aplicóle la bolsita con otras reliquias y carta del Venerable Padre Julián de Lizardi, con la confianza que tenía del Venerable Padre, y apartándose de la doliente para buscarle algún remedio, al instante vinieron á avisarle, que la expresada mujer ya había echado la criatura muerta.

Pascuala Casanova, estando en los dolores del parto sin poder librar, vinieron á pedir la bolsita de Reliquias, con la carta del Venerable Padre Julian de Lizardi, cuya eficacia ya se había divulgado para semejantes casos. Doña María Ignacia de Iriarte y Valdiviezo, que entonces se hallaba con el Padre Superior Antonio Breton, le dijo dando la bolsita á la mujer que había venido por ella: Padre Superior, Vuestra Paternidad verá presto un milagro del Venerable Padre Julian; así fué; poco después volvieron la bolsita diciendo que había sido lo mismo aplicarla á la doliente, que echar ésta la criatura.

A Pascuala Mogollón, mujer de Dionisio Casanova, habiéndole dado los dolores del parto, vinieron por la dicha bolsita de Reliquias con la carta del Venerable Padre Julian de Lizardi, para no decir por esta sola, Don Juan Francisco Martiarena del Barranco, marido de Doña Francisca Iriarte y Valdiviezo, que no tiene menos confianza en la intercesión del Venerable Padre Julián, la dió, y luego que la aplicaron á la doliente, que se hallaba muy apretada, y casi sin esperan-

zas de librar, echó felizmente las dos criaturas de que estaba preñada.

De donde se siguió, que ninguna ahora que esté para parir en esta Hacienda de la Angostura, sin que se acuda luego á Doña Francisca, por la carta del Venerable Padre Julián de Lizardi, y así todo lo firma dicha Señora.

Francisca Ignacia de Iriarte y Valdivieso.

Lo mismo firma también el marido de la dicha Señora, á 6 de Mayo de 1737.

Juan Francisco de Martiarena del Barranco.

APROBACIONES Y LICENCIAS

Aprobación del R. P. M. Miguel de Sagardoy, de la Compañía de Jesús, del Gremio, y Claustro de la Universidad de Salamanca, y su Catedrático de Prima Jubilado de Sagrada Teología.

De orden del Señor Lic. D. Gregorio Ortiz Cabeza, Abogado de los Reales Consejos, Protonotario Apostólico, Juez in Curia, y del Número del Tribunal de la Nunciatura, Provisor y Vicario General de este Obispado de Salamanca, he leído *la vida, y virtudes del V. Mártir Padre Julián Lizardi, de la Compañía de Jesús, en la Provincia del Paraguay, escrita por el Padre Pedro Lozano de la misma Compañía y Provincia, con estilo tan terzo y castizo, tan espresivo, y propio, que puede servir de pauta para semejantes asuntos, no menor, que las virtudes del nuevo Mártir de Cristo para las acciones mas heroicas; porque muy lejos de rozarse con las sagradas máximas de nuestra Santa Fé, nos representa reducidos á práctica todos los primores de la perfección cristiana y Religiosa, y una demostración visible, de que no está abreviada la poderosa mano de Dios para multiplicar ejemplos de la Santidad más elevada en su Iglesia. En ella podrán aprender los religiosos, y muy particularmente los Jesuitas, el modo más seguro de corresponder á su alta*

vocación, y cuanto caudal de virtud sea menester, para ejercer dignamente los Ministerios Apostólicos de su divino instituto de llevar la luz del Evangelio á las Naciones mas bárbaras, y convertir almas para Dios, y todos encontrarán los incentivos más eficaces para la virtud: por lo cual juzgo que no sólo se puede, sino que se debe dar la licencia, para que se imprima. En este Real Colegio de la Compañía de Jesús de Salamanca, á 20 de Diciembre de 1740.

J. H. S.
MIGUEL DE SAGARDOY.

Licencia del Ordinario

Nos el Lic. D. Gregorio Ortiz Cabeza, Abogado de los Reales Consejos, Protonotario Apostólico, Juez in Curia, uno de los seis del número, y Tribunal de la Nunciatura de su Santidad en estos Reinos de España, Provisor y Vicario General de esta Ciudad, y Obispado, &c.

Por la presente concedemos licencia á cualquiera de los impresores de esta Ciudad, para que pueda dar á la prensa *la vida y virtudes del Venerable Mártir Padre Julián Lizardi de la Compañía de Jesús, en la Provincia del Paraguay, escrita por el Padre Pedro Lozano de la misma Compañía y Provincia, atento á que de nuestra orden ha sido vista y reconocida, y no tener cosa contra la Santa Fé Católica, y buenas costumbres, y lo podrá ejecutar sin por ello incurrir en pena. Dada en Salamanca, á 7 de Enero de 1741.*

Líc. D. GREGORIO ORTIZ CABEZA.

Por mandato de su merced.

Pedro Vicente.

Censura del R. P. Andrés de Zárate, de la Compañía de Jesús, Maestro de Teología, Secretario que fué de la Provincia de Castilla la Vieja, y Visitador de la Provincia de Quito en Indias, y al presente Rector del Real Colegio de la Compañía de Jesús de Salamanca.

M. P. S.

Obedeciendo al mandato de V. A. he leído con cuidadosa atención el Libro: *Vida y virtudes del Venerable Mártir Padre Julián Lizardi de la Compañía de Jesús, de la Provincia del Paraguay, escrita por el Padre Pedro Lozano de la misma Compañía, y Misionero de la referida Provincia, y no hallo en él cosa contra las buenas costumbres, ni que desdiga de nuestra Santa Fé Católica, antes si un incentivo grande para todos los que le leyeren, de aspirar á una eminente perfección, que principiada desde la niñez la continuó nuestro Venerable Mártir con el mayor desvelo y sollicitud, de crecer siempre en ella, hasta coronarla con las tres aureolas de Apóstol, de Virgen, y de Mártir. Propone el Historiador en esta Vida á la pericia y á la juventud un ejemplar perfectísimo, y no menos suave que fácil de conservar la inocencia, y de aprovechar á un tiempo en virtud y en las letras, que son la devoción y recurso continuo á la madre de la sabiduría, frecuencia de Sacramentos, retiro con Dios, y aplicación á sus tareas. Y prosigue instruyendo con este mismo ejemplar á los que aspiran al Ministerio Apostólico de la predicación, y de la conversión de los Gentiles. Quien no vé aquel fervor tan diligente en el Noviciado de nuestro Venerable Mártir; aquel cuidado de dar siempre la preferencia á la virtud en medio de una aplicación muy intensa á los estudios; aquella ansia de asperezas, y de penitencias; aquella humildad*

tan de corazón; aquel resguardo tan vigilante de sus sentidos, con un examen riguroso de sus afectos á todas horas, para ahogar en su mismo nacimiento, y aun en su origen, cuantos pudieran ser, ó declinar en pasiones. Todo fué fruto de su ardiente devoción regada y cultivada con la lección y estudio de la Sagrada Escritura, y con la oración incesante con que negociaba del Cielo las copiosas lluvias de luces y de influjos que le fueron disponiendo para las empresas sublimes de la mayor gloria de Dios, hasta sellar con su sangre el testimonio de la Fe y de la Caridad, que ardían en su pecho. Cuando se vió superior, ya en las Misiones cultivadas, ya en las de nueva empresa se armó con aquel nuevo escudo de los tres propósitos, en que manifestó su solícita atención de prevenirse para las nuevas ocasiones, y ocupaciones según ellas piden. Mientras fué particular, no necesitó de esta diligencia, porque no había cosa, ni pretexto que le pudiese divertir el cuidado de mirar por sí, y de mirarse á todas horas delante de Dios. Mas luego que se vió en la obligación de atender á todos, halló y juzgó que le era necesaria, ya por el aviso de San Pablo en semejante causa, ya porque no le sucediese lo que á las veces registra la experiencia en las antorchas mas luminosas, que por encender á otras, se apagan, y por alumbrar á los que viven dentro y fuera de la casa de Dios, se transforman en pavesas fatuas, que últimamente paran y se desvanecen en su propio humo.

Pero otro ejemplar no menos ilustre nos da el historiador en esta obra, en que además de afianzar la verdad de cuanto refiere con los monumentos incontrastables de testimonios autorizados y verídicos, observa el orden y disposición la más acomodada para la inteligencia, y un estilo natural, terso y bien limado, que recrea con el candor de sus narraciones al que la lee. Toca puntos y materias bien escabrosas, que como á sujeto de aquella religiosísima y mortificadísima Pro-

vincia del Paraguay, no puede menos de tenerle muy lastimado; y no sería mucho que el dolor y celo le guiasen la pluma á alguna breve descripción de la inocencia oprimida con desafueros; de atentados inauditos conexados con enormes calumnias; una Comunidad Religiosa arrojada con popular violencia de su casa una, y otra vez; imposibilitados los recursos, y desautorizada la verdad á fuerza de imposturas; burlados los efectos de la justicia vindicativa sin más medio, que no ser su sollicitación conforme á los anhelos, y ministerios de los parientes; y la malicia triunfante tan adelantada, y tan sutil, que con sus astucias hace gemir encerrados violentamente dentro de su suprema esfera los ardores y celo de la más alta y más inflexible rectitud. No es lo más duro á los Ministros Evangélicos en aquellas regiones, el vivir entre aquellos bárbaros, ni el lidiar con su rudeza y obstinación, y brutales costumbres, ni el rigor de los climas, ni la hambre y sed, ni la falta de lo necesario, y de todo racional comercio. A las veces el buen celo sirve de torcedor más insufrible, que todo lo dicho, á las ansias de quien ve, que solo la imaginación medrosa hace abultar las dificultades, que sin más trabajo, que llegar á tocarlas, se hallarían vencidas. Otras, y no pocas, la malicia y la emulación al ver la hermosura y perfecciones de una espiritual fábrica, que renueva con exacta imitación las de la primitiva Iglesia, hasta llenar de admiraciones á los mismos herejes, han conspirado contra ella de modo que no contentos con tirar á arruinarla, parece han querido arrancar los cimientos, y aun borrar de toda memoria los diseños por donde llegó á coronarse de los primores Evangélicos que los deslumbran. Todo lo toca el historiador, pero con pluma tan comedida, y abstracta, que sirviendo sólo de índice á los que no lo ignoran, á nadie puede suscitar siquiera un leve fastidio en la grata recomendación en las glorias y virtudes de nuestro venerable Mártir. Y por todo lo dicho soy de

sentir que V. A. conceda la licencia que se pide para imprimir esta obra. Salamanca, y Enero 31 de 1741.

J. H. S.

ANDRES DE ZÁRATE.

Licencia del Consejo

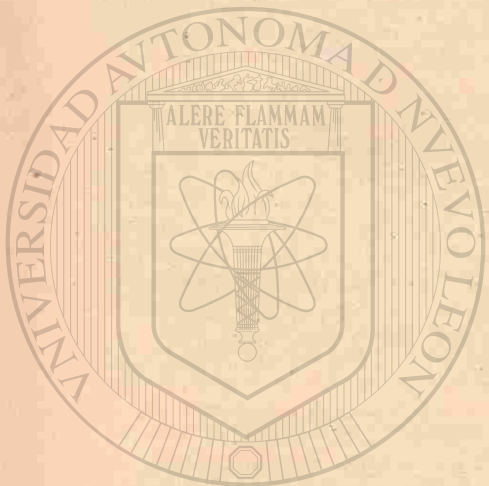
Tiene licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla el Padre Diego de Cardia, de la Compañía de Jesús, Procurador General de la Provincia del Paraguay, para que por una vez pueda imprimir y vender un Libro intitulado: *Vida y Martirio del Venerable Padre Julián Lizardi*, sujeto de la misma Provincia, su autor el Padre Pedro Lozano, de la referida Compañía, y Misionero de la expresada Provincia, guardando en la impresión lo dispuesto por las Leyes y pragmáticas de estos Reinos, como consta de su original despachado en el oficio de D. Miguel Hernández Munilla.

Licencia de la Religión

Francisco de Ravago, Provincial de la Compañía de Jesús, en la Provincia de Castilla: por particular comisión que tengo de N. M. R. Padre General Francisco Reiz, doy licencia para que se imprima un Libro intitulado, *Relación de la vida y virtudes del Venerable Mártir Padre Julián Lizardi*, compuesto por el Padre Pedro Lozano, de nuestra Compañía de Jesús, el cual ha sido visto y examinado por personas graves y doctas de nuestra Religión. En testimonio de lo cual doy esta firma de mi mano, y sellada con el sello de mi oficio. En este Colegio de nuestro Padre S. Ignacio de Valladolid, 26 de Agosto de 1740.

J. H. S.

FRANCISCO DE RAVAGO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

PREFACIO..... VII

DESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS

CAPITULO I

Mi llegada á Tarija. — El chu-chu. — El libro carcomido por la polilla..... I

CAPITULO II

En la cripta. — La vieja tablita. — Excavaciones. — Descubrimiento de los restos del Mártir. 7

CAPITULO III

El dedo índice del Mártir. — Por qué Dios permitió fuese descubierto el santo cuerpo. — Episodio curioso..... 19

CAPITULO IV

Encuentro en Méjico. — Excursión á Asteazú. — Un árbol venerable. — Conferencia en San Sebastián..... 25

CAPITULO V

Carta inédita del Mártir. — Un tierno incidente. 40

CAPITULO VI

El acuerdo de la diputación de Guipúzcoa. 45

CAPITULO VII

Mi vuelta á Tarija. — El Arzobispo Taborga ordena la entrega del cuerpo. — Lucha para hacerla efectiva. — Carta de agradecimiento. 50

CAPITULO VIII

Preparativos para la traslación del cuerpo del Mártir. — Certificado del Cura. — Salvo-conducto. — Los testigos. 58

CAPITULO IX

Salida oculta de Tarija. — Rumores de otra sublevación. — Suceso lamentable. — El tripode. — "El Mártir no quiso mojarse". 66

CAPITULO X

El Mártir restituyó la salud á un moribundo. — La Pampa de Taxara. — En la Quebrada Honda. — Los restos pasan la frontera de Bolivia. 71

CAPITULO XI

Un incidente de la vida del Mártir en Yavi. — El pantano. — La ciudad-juguete. — Fuente milagrosa. — Un descendiente del Inca aloja los restos del Mártir. 76

CAPITULO XII

El grotesco salón escolar. — El Mártir nos protege en una terrible tormenta. — La nube blanca. 82

CAPITULO XIII

Un Sacerdote precipitado al abismo. — La cueva del León. — Sorich aloja los restos del Mártir. — El Paso del Volcán. — Los montes saltaron de gozo. — La protección del Mártir. — Llegada á Jujuy. — Acción de gracias al Mártir. — Sus restos son depositados en el Colegio del Salvador en Buenos Aires. 86

CAPITULO XIV

Calumnias que pudieran indirectamente afectar al Mártir. — Refutación de ellas por el Padre Hernández. — Juicio de don Ildefonso Antonio Bermejo, sobre las antiguas misiones jesuíticas del Paraguay, y subsiguiente defensa de ellas. 95

VIDA Y VIRTUDES

CAPITULO I

Su nacimiento. — Crianza. — Estudios. — Se alista en el número de los congregantes de Nuestra Señora. — Su entrada en la Compañía. 111

CAPITULO II

Fervor de su noviciado. — Lo que dice de él un connoyicio. — Modelo de todos. — Manifiesta su ansia de pasar á las Indias. 114

CAPITULO III

Va á Castilla á Cádiz. — Se embarca para el Paraguay, habiendo hecho los ejercicios de San Ignacio. — Tres meses de navegación. — Terrible borrasca en la boca del Río de la Plata. El demonio aparece al Padre Schmidt. — El hermano Julián sociega las aguas con un "Agnus Dei". — Dos cosas que suceden en su viaje á Córdoba..... 120

CAPITULO IV

Un estudiante ejemplar en el Colegio de Córdoba. — Disciplina de alambre. — Docilidad. — El burro vizcaíno. — Circunspección en las disputas. — Su despertador. — Su trato con Dios. — Su marcada devoción al Santísimo Sacramento..... 125

CAPITULO V

Su aplicación á las letras. — Cómo curaba sus jaquecas. — Recibe las órdenes Sagradas en Tucumán. — Con la dignidad sacerdotal crece en santidad. — Su espíritu anhela el martirio. 132

CAPITULO VI

Su penoso viaje en una carreta de Córdoba á Buenos Aires. — Su sed por la lectura de la Sagrada Biblia. — La sabe casi de memoria. — Lo que dice de él el Rector del Colegio... 135

CAPITULO VII

Vuelve á Córdoba. — El doctor Bejarano cuenta su conducta en el viaje. — Su confianza en Dios

en los peligros. — Una tempestad desvanecida por sus oraciones. — Su libro favorito "Contemptus mundi"..... 139

CAPITULO VIII

Tres meses en Santa Fé. — Pasa á la reducción de Loreto en el Paraguay. — El Padre Benítez cuenta sus trabajos apostólicos en aquel país..... 143

CAPITULO IX

Vuelve á Buenos Aires. — Es nombrado Ministro del Colegio. — El secreto de su paz interior y exterior. — Epidemia entre los indios. — Su caridad hacia los contagiados..... 148

CAPITULO X

Su afabilidad. — Su serenidad le viene del Cielo. — Una prueba admirable. — Por qué es tan devoto de San Eustaquio..... 153

CAPITULO XI

Su viaje de 200 leguas río arriba hacia el Paraguay. — Descripción de sus balsas. — Padece naufragio. — Llega al Paraguay. — Cuatro años es Superior de la reducción del Santo Angel. — Su profesión de cuatro votos..... 157

CAPITULO XII

Tres cosas propuso observar en las Misiones. — El Padre Zacarías decláralas. — Un dicho de Plutarco aplicable al Mártir..... 163

CAPITULO XIII

El belicoso y soberbio carácter de los Chiriguanos. — Se burlaron del ejército español. — Por 150 años resistieron la Luz Evangélica..... 168

CAPITULO XIV

El Cabildo Tarijeño encomienda las Misiones Chiriguanas a los Padres Jesuitas. — Carta en igual sentido de don Sebastián de Toro..... 171

CAPITULO XV

El Padre Julián es nombrado por Misionero de los Chiriguanos. — Su característica carta aceptando el cargo. — Su gozo al creer que va a morir por Cristo. — Su viaje de 600 leguas del Paraguay a Bolivia. — Su detención en Yavi por diez días. — Qué hace durante este tiempo..... 178

CAPITULO XVI

Llegada a Tarija. — La Misión de Concepción. — Guatipayú. — Un caso maravilloso de cómo Dios quiso alumbrar la ceguedad de los Chiriguanos..... 184

CAPITULO XVII

El Padre Julián nombrado Superior de la Misión de los Chiriguanos. — Fervor con que él procuró desvanecer los obstáculos para su entrada. 191

CAPITULO XVIII

El Padre Julián con otros Misioneros entra en la tierra de los Chiriguanos. — Pasa a los de Cuyambuyú, y después a Santa Ana. — Rumores del martirio del Padre Pons. — El Padre Julián atraviesa la Cordillera en busca de él. — Cuánto sufre en estas excursiones..... 196

CAPITULO XIX

Repite el Padre Julián con sus compañeros la entrada a los Chiriguanos. — Nuevos trabajos y peligros..... 202

CAPITULO XX

Un complot frustrado para matar al Padre Julián y sus compañeros. — Padece en el camino penurias innumerables. — Su mula cae con él en una laguna..... 208

CAPITULO XXI

Vuelve a Concepción. — Traslada el pueblo del Valle de Arriba a el de Abajo para la mayor seguridad de los Neófitos. — Desconfía de la conversión de los Chiriguanos, sin embargo resuelve morir en la empresa. — Cláusula de una carta. — La exclamación de su vehemente deseo de padecer por Cristo..... 214

CAPITULO XXII

Dividese en dos la Reducción de los Chiriguanos. — Su predilección por los malvados Chiriguanos de Ingre. — Toma a su cargo el

pueblo de Concepción. — Fervor de los Neófitos. — De día trabaja entre ellos como peón, y de noche se levanta para trabajar por su alma..... 218

CAPITULO XXIII

Su confesión general. — Su inocencia bautismal. — Pronostica su muerte. — San Juan Nepomuceno — Rumores de una invasión al pueblo de Concepción. — El Padre Lizardi no le da crédito..... 223

CAPITULO XXIV

Invasión de Concepción por los Chiriguanos de Ingre. — El Padre Julián prendido en el altar. — Le despojan de sus vestiduras sagradas y de su sotana. — Le maniatan. — Incendian la Iglesia. — Reducen el pueblo á cenizas. — Le llevan con ellos una legua. — Le hacen sentar desnudo en un peñón donde le matan á flechazos..... 225

CAPITULO XXV

Cuándo, dónde y cómo el Padre Pons encuentra el cuerpo del Mártir. — Las alhajas. — Envuelve el cuerpo en un paño. — Lo lleva al Rosario y después á Santa Ana, donde lo deposita en una caja. — Lo lleva á Tarija. — Solemnes recepciones. — Te Deums. — Panegíricos. — El arca se deposita debajo de la credencia del Altar Mayor..... 230

CAPITULO XXVI

Sus virtudes. — Su profundísima humildad. — " Soy un jumento ". — Todo para todos. — Se consideró menor que todos..... 234

CAPITULO XXVII

Llega al supremo grado de obediencia que era su ideal. — Obedece á la menor insinuación del Superior. — Ama como á madre la santa pobreza. — El borriquito. — Su ajuar, la Biblia, etc., etc. — Enemigo del desaseo..... 239

CAPITULO XXVIII

Su pureza angelical. — Su espíritu de penitencia. — Sus cilicios. — Mezcla su comida con ceniza. — Plaga de mosquitos. — Cojinillo por cama. — Su achaque de alma..... 244

CAPITULO XXIX

Ora " sin intermisión ". — El Padre Zabala y el Padre Choine hablan de su espíritu de oración. — Siempre reza el Oficio Divino de rodillas. — Su amor por las almas del Purgatorio..... 248

CAPITULO XXX

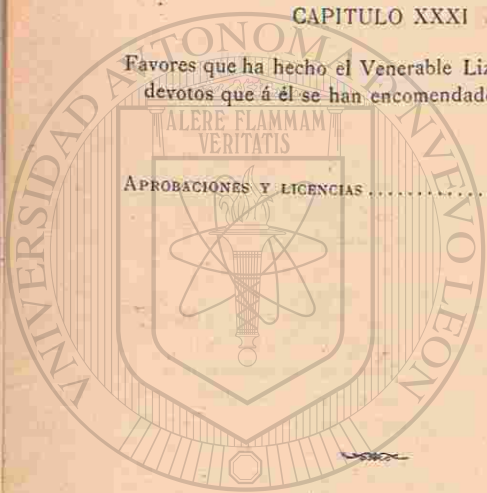
Su extrema devoción al Santísimo Sacramento. — Lo visita tres veces cada día. — Reverencia con que celebra la Misa. — Su tierna devoción á la Sagrada Infancia, y á la Fuga en Egipto. — Hijo amante de la Virgen Santísima. — La

saluda á cada golpe de reloj con un " Ave
María ". — Afecto especial por San José, San
Eustaquio, San Ignacio y San Francisco Xavier. 253

CAPITULO XXXI

Favores que ha hecho el Venerable Lizardi á los
devotos que á él se han encomendado..... 259

APROBACIONES Y LICENCIAS 262



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA